





Imp. y Enc. de J. Rueda.—Huertas, 58.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

UNA SEÑORA COMPROMETIDA

(Novela)

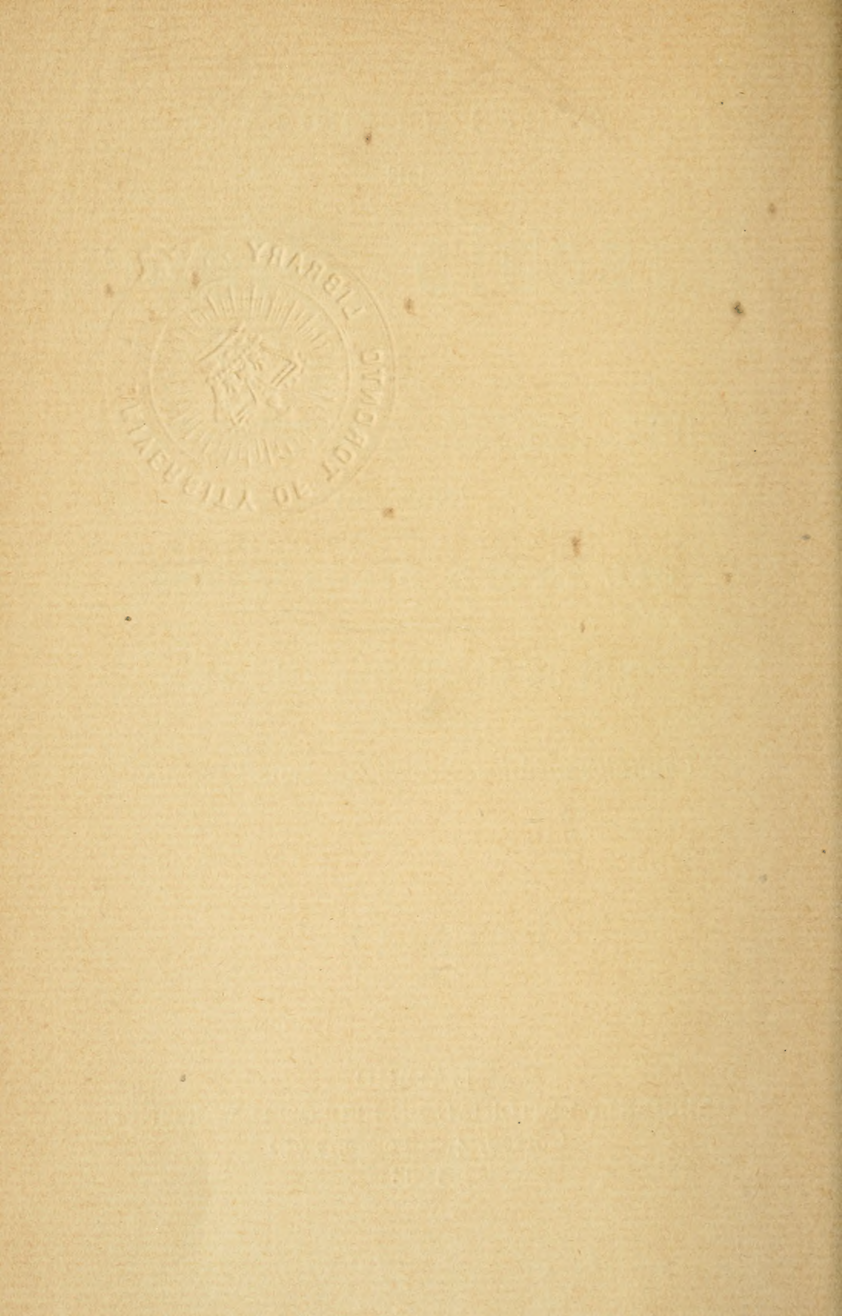
DEL AMOR Y OTROS EXCESOS

DON JUAN EL DEL OJO PITO

Capítulos inéditos. Prólogo de LUIS TABOADA

TOMO II

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791
1903



UNA SEÑORA COMPROMETIDA

NOVELA

AL LECTOR

Al publicarse la segunda edición de una obra, es uso y costumbre de todos los autores hacerlo constar, *so color* de dar las gracias al público.

La primera edición de este libro está completamente agotada.

¿Por qué?

Yo me atrevo á dar una respuesta categórica, á pesar de ser el autor de la obra.

La primera edición se ha agotado porque el lector se ha divertido.

—¡Oh, vanidoso!—dirán los que esto lean.—¡Y como pregona que sabe divertir!

—¡Oh, incauto!—dijera yo de muy buena gana.—¿Puede usted responder de no haber divertido á las gentes alguna vez?

La diferencia entre la diversión que usted procura y la que procuro yo, es la misma que

existe entre el cochero y el que va en el coche; los dos van en coche, pero...

Debo explicarme, y voy á hacerlo.

Divierte á las gentes todo aquello que molesta á los demás.

¿Quién contiene la risa viendo caer á un transeunte que da un tropezón?

¿Quién no se rie viendo á otro en grave compromiso?

¿Pues hay más que referir los apuros de este y del otro para hacer reir á las gentes?

«Solamente al saber que había una señora »*comprometida*, acudieron los lectores á las li»brerías, con gran prisa de saber que compro»misos eran aquellos.

»Supieron, leyendo, que un marido perdía la »mujer, que un atrevido se propasaba con una »señora, que un cura andaba á mojicones con »unos forasteros, y que había palos y bofetadas »en una casa de huéspedes... Decididamente »hay que contar estas cosas para que el públi»co se dé por satisfecho.»

Todo lo que arriba queda escrito entre comillas no es mío. Es del público. Lo he oído por casualidad á dos personas que se ocupaban de la mía.

Siempre que se agota un libro hay quien se empeña en probar sus defectos (1).

A este se le han encontrado á centenares, por dos razones:

Primera: porque los tiene á millares.

Segunda: porque al público le ha parecido que debía adquirirlo.

Yo le diré á usted, que me está leyendo, el secreto de estos agotamientos. Los libros no solo han de alegrar el ánimo, sino que han de cumplir con la cortesía.

El lector, antes que lector, es un desconocido á quien hay que hablar con respeto, y el lenguaje del autor ha de ser siempre decoroso.

Divertir á las gentes no es cosa imposible, ni difícil, ni rara: lo difícil, lo raro, es no ofenderlas ni aún con la intención.

Ponga usted este libro en cualquier sitio de su casa, señor y lector mío; no importa que lo cojan los muchachos ni las niñas casaderas que tiene usted, y que Dios le conserve; no hay en él ni palabras groseras, ni frases de doble sentido; no aprenderán nada que no sepan, ni se pondrán coloradas por culpa mía.

¿Le parece á usted poca garantía en un país donde todos los años se hacen tantas ediciones

(1) Aplíquese el *sus* como mejor convenga.

de Paul de Kock, á quien llaman popular los editores españoles?

Por lo demás, no crea usted que el libro tiene otra cosa de particular sino el haberse agotado la primera edición. Esto no prueba nada desde que se han agotado doce ediciones del libro de cocina española y americana que publica el editor López.



I

Primera estación.

El tren acababa de llegar á la estación de...

Los viajeros, aprovechando los veinte minutos que la empresa les concedía, comían, más de prisa de lo que quisieran, el veneno que les iban sirviendo los camareros de la fonda.

Un caballero alto, guapo, elegante, entró en el comedor cuando ya los viajeros llevaban despachada la mitad de la comida.

Saludó con un movimiento de cabeza á algunos viajeros.

Después se sentó al lado de una señora.

La señora sonrió.

Luego se apartó un poco, para que el recién venido se colocara cómodamente.

Esta es una suposición gratuíta, por cierto.

—Gracias,--dijo el viajero comiendo la sopa.—Gracias, amabilísima compañera.

—No hay de qué,—contestó ella.

—¡Vaya si hay de qué!—dijo él.

Y ella, como si no hubiera oído la frase, continuó:

—Ha llegado usted un poco tarde.

—Sí; me entretuve un instante...

—¿Con algún amigo?

—Con el jefe de la estación, que es amigo antiguo.

—Acaso no tenga usted tiempo suficiente para comer.

—Tenemos todavía siete minutos.

—Poco tiempo es.

—No lo crea usted.

—Ya veremos si se queda usted en tierra.

—¡Bah! Cuando uno sabe calcular bien el tiempo...

—¿Se precia usted de listo?

—¿Decía usted, señora?...

—Que si se precia usted de listo.

—Un poco.

—¡Hola! Bueno es saberlo.

—Veo, querida compañera, que es usted algo aficionada al equívoco.

—No lo crea usted.

—¿Me permitirá usted que le ofrezca esta aceituna?

—Muchas gracias.

Y la señora aceptó la aceituna.

—Le serviré á usted agua,—dijo el viajero.

—Muchas gracias.

Hubo tres segundos de silencio.

—Cuidado, que se va usted á manchar con ese plato.

—Muchas gracias.

—¡Señora, por Dios, nada de cumplimientos! Al cabo de seis horas que há que nos conocemos, creo que ya puede haber franqueza entre nosotros.

—¡Caballero!

—¿Qué?

—Que vive usted muy de prisa.

—Como usted me ha indicado que le agradaba que yo fuera un poco listo...

—No he dicho tanto.

—¿Eh?

—Ó si lo he dicho, no he querido decirlo.

—Usted ha dicho... ¿Qué fué lo que dijo usted? ¡Ah, ya! Dijo usted: «Bueno es saberlo.»

—¡Pues!

—Luego en resumidas cuentas...

—¡Basta! ¡basta! Dejemos eso ya.

—Como usted guste, señora. ¿Tomará usted café?

—Sí; adoro el café.

—Lo mismo me pasa á mí. Lo tomo tres veces al día.

—Y yo.

—¡Que casualidad! ¡A ver, muchacho!

—Señorito...

—¡Dos cafés, volando!

—¡En seguida!—gritó el mozo.

El comedor había quedado casi desierto.

Solamente permanecía en él la señora, el

caballero, y un joven que se disponía á salir en aquel momento.

Él compañero de la señora habíase quedado callado.

Ella miró al reloj, y exclamó:

—¡Faltan cinco minutos nada más!

—¿Eh?—dijo él, como asustado, saliendo del estado de reflexión en que se hallaba.

—Que faltan cinco minutos nada más.

Sonrió el viajero.

—¡Bah!—dijo.—No hay prisa.

—¿Cómo qué no hay prisa?

—En llegando á tiempo...

—¡Es que ya se han marchado todos los viajeros á los vagones!

—Bueno; déjeles usted que se vayan.

—No, no; me parece que me voy sin tomar el café.

—¡Si ya le traen!

—Pero, hombre...

—¿Ve usted? Ya está aquí el café. ¡Buena cara tiene!

—Pero...

—Voy á servirle á usted; no hay prisa.

La campana de la estación dió el aviso.

—¡Vámonos!—gritó la señora.—¡Que se va á ir el tren!

—No se va, señora, no se va todavía.

—Que nos va á suceder un chasco.

—Calma, calma, querida amiga. ¿Quiere usted más azúcar?

—Sí, un poquito más.

—¿Más?

—No, basta. Gracias.

—¡Ay, señora! Yo no sé en qué consiste, pero á medida que adelantamos en nuestro viaje, siento una pena y un placer á un tiempo...

—¿Pena y placer á un tiempo?

—Sí señora, sí; placer de intimar con usted, y pena de pensar que muy pronto vamos á separarnos.

—Caballero, eso es ya más que una galantería

—Es muy posible, señora. A veces suele uno traspasar los límites de la galantería y entrarse como Pedro por su casa en el terreno de la pasión.

—¿De la pasión ha dicho usted?

—¡Qué! ¿Le ha sabido á usted mal que haya dicho tanto? Pues bien, me callaré, y usted dispense; pero tiene usted unos ojos, señora...

En aquel momento se oyó un prolongado silbido.

—¿Ve usted?—gritó la señora levantándose.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Lo que yo me temía!

—Pero ¿qué ha sido?

—¡Qué ha de ser! ¡Que el tren acaba de partir!

—¡Caramba! Pues es verdad.

—¡Me ha divertido usted!

—Lo celebro, señora.

—¿Habráse visto desfachatez parecida?

—Pero ¿no quiere usted que me alegre de haberla divertido? Eso prueba, por lo menos, que le he hecho á usted gracia.

—¡Mire usted qué demonio!

—¿En dónde está?

—¿Quién?

—Ese demonio que me dice usted que mire.

—Es inútil hablar con usted.

—Protesto.

—¡Y el tren marchándose!...

—Y lo peor es que aunque echemos á correr, me parece que no podremos alcanzarlo. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Mire usted, mire usted como se pierde de vista.

—Me parece á mí que usted es el que se pierde de vista.

—Gracias. Ea, señora, estamos en el caso de tomar una medida... gorda, una resolución heróica.

—¡Qué contratiempo!

—¿Y qué remedio? Vámonos otra vez al comedor, y ahoguemos la pena en café, si usted lo cree oportuno.

—Veo, caballero, que es usted tan listo como parecía.

—¡Señora... allá veremos!

II

Comienza la franqueza.

Volvieron, pues, los dos viajeros al comedor: mohina y cariacontecida ella, y dispuesto él á reanudar el roto diálogo.

Hubiérale reanudado sin duda, á no haberle suplicado su compañera que se informase de la hora á que pasaba por allí otro tren, en el cual pudieran seguir la interrumpida marcha.

Llamó el viajero á un mozo, y le preguntó lo que la señora deseaba saber.

—Hasta las doce de la noche no pasa otro tren que el de mercancías.

Tal fué la respuesta del mozo.

Eran las cinco y media de la tarde.

Había que esperar, pues, seis horas y media.

La viajera pareció disgustarse mucho; tanto, que su compañero de viaje renunció á decirle piropos mientras le durara la desazón de que aparentaba ser presa.

—¡Oh!—exclamaba la señora, destrozando

una miga de pan con sus delicados dedos.—¡Si yo me hubiera figurado esto, no bajo del vagón á fe de Teresa!

—¿Se llama usted Teresa, señora?—se atrevió á preguntar el viajero.

La señora respondió suspirando:

—Sí.

—¡Precioso nombre!

—Ni precioso ni no precioso. De cualquier cosa saca usted partido.

—No, si es que á mí me seduce muchísimo un nombre bonito, porque como el mío es tan feo...

—Hombre, ¿pues qué nombre es ese?

—¡Señora, si me da vergüenza decirlo!

—¡Ave María!

—En fin, ya que usted se empeña...

—No, no me empeño; no vaya usted á creer...

—Pues bien, no importa, lo diré. Yo, con perdón de usted, me llamo Anastasio. ¡Qué barbaridad! ¿Eh?

—¿Anastasio?—preguntó Teresa un poco sorprendida.

—Sí, señora,—dijo él, fingiendo un gracioso llanto.

Y luego añadió:

—¿No es verdad que el hombre que se llama así parece que está obligado á ser un mamarracho?

—¡No sé por qué! Mi marido se llama lo mis-

mo, y no le tengo por mamarracho, como usted dice.

—¡Ah! Perdone usted; yo ignoraba completamente que...

Anastasio pensó:

—¡Es casada!

Y se empezó á rascar la cabeza con el dedo índice.

—Vamos á ver, señor mío,—dijo Teresa muy seria y levantándose:—¿qué hacemos?

El aludido se la quedó mirando y respondió:

—¡Lo que usted quiera!

Teresa comenzó á pasearse muy agitada á lo largo del comedor. Estaba impaciente, desesperada, nerviosa.

Anastasio pagó el importe de los dos cubiertos y de los dos cafés y se dirigió á su compañera de viaje con aire resuelto.

Su compañera de viaje le miró asustada.

—Son cerca de las seis,—dijo él.—El sol comienza á ocultarse y la noche se acerca á buen paso. Si á usted le parece, podemos acercarnos á la habitación del jefe de la estación, que, como he dicho á usted antes, es un antiguo amigo mío, y allí podremos aguardar la llegada del tren de la noche. Esta es mi opinión; ahora, si usted ha pensado otra cosa, yo estoy completamente á sus órdenes.

—Me repugna entrar en la habitación del

jefe, á quien no conozco,—dijo Teresa secamente.

—Pero si es una persona muy fina y muy...

—¡No importa! No está bien que yo entre ahí... por muchas razones.

—¿Quiere usted decirme una siquiera?

—Sí, señor. Yo soy de un pueblo cercano á éste, y es muy posible que el jefe me conozca, porque cruzo la línea con frecuencia, y porque... ¡Nada! ¡nada! Piense usted otra cosa.

—Usted es quien ha de mandar y yo quien ha de obedecer.

—Pues bien, la noche será serena, creo yo, porque á fines de Agosto como estamos, no puede hacer mucho frío.

—Es verdad.

—Lo más prudente es alejarme de donde me puedan conocer.

—Perfectamente.

—Y evitar un disgusto en mi casa, porque ya le he dicho á usted que soy casada.

—Admirabilísimamente.

—Y entretener el tiempo hasta que venga el otro tren.

—¡Extraordinariamente admirable!... Señora, tiene usted más talento que un arzobispo metropolitano.

—¡Jesús qué hombre! Podemos dar un paseo hasta el pueblo que está allí á la falda de ese montecillo. Desde aquí se ve. ¿Le parece á us-

ted que poquito á poco vayamos y volvamos?

—Me parece extrajudicialmente admirable y fenomenalmente pensado.

—¡Vaya, acabará usted por hacerme reir!

—De eso trato, porque yo no deseo más que proporcionarle á usted alegrías.

—Muchas gracias, caballero; es usted muy amable.

—Usted podía serlo conmigo haciéndome un favor.

—Si es posible...

—¡Ya lo creo!

—Veamos.

—En lugar de decirme á cada momento «caballero», podía usted decirme «Anastasio». ¿Eh? ¿Se aprueba ó no se aprueba?

—¿Continúa usted siendo partidario de la franqueza?

—¡Siempre!

—Pues si no es más que eso, comencemos nuestro paseo, señor don Anastasio.

—Suprima usted el *señor* y el *don*, porque no me sirven.

—¡Já! ¡já! ¡já!

Y Teresa soltó la carcajada sin poder contenerse.

—¡Se ríe usted!—exclamó Anastasio.—¡Oh, qué fecilicidad! ¡Oh, qué ventura! ¡Oh, qué gozo! Oh, qué cosa tan grande!

—¡Basta, hombre, basta! ¿Conque comenzamos nuestro paseo?

—En seguidita. ¿Quiere usted el brazo?

—Gracias.

—¡Que hay muchas piedras por el camino! Apóyese usted, hágame usted el favor.

—Por no oirle á usted hay que acceder á su deseo: me apoyo, pues.

—¡Eso es! Así se hace menos penoso el camino. *Andiamo*.

III

El marido.

Mientras la pareja se perdía en la obscuridad de un estrecho sendero que conducía al pueblo, el tren donde debieran haber seguido su camino llegaba al pueblo inmediato.

En la estación había varias personas, esperando viajeros, sin duda.

Llegó el tren, se paró y comenzó el movimiento, y el ir y venir, y el subir y bajar.

—¡Tres minutos!—gritaron los empleados varias veces.

Dos ó tres viajeros bajaron de los vagones y fueron á reclamar sus equipajes.

Un señor gordo, viejo, muy colorado y muy feo, se acercó al andén y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Teresa! ¡Teresita!

Ya puede figurarse el lector quien era el indivíduo que iba y venía desde la locomotora al

furgón y desde el furgón á la locomotora, gritando:

—¡Teresa!

Pero Teresa no respondía. ¿Cómo había de responder?

—¿Estás ahí?—volvió á gritar el hombrecillo, mirando á un vagón y preguntando á todo el mundo por el objeto de sus gritos.

—A ver, señores, ¿hay en ese vagón una señora?

Nadie respondió.

—Llámenla ustedes. ¡Tal vez estará dormida!

—Aquí no hay más señora que yo,—dijo una *tía* asomándose por la ventanilla de un vagón de tercera.

El atribulado sujeto fué á otro vagón.

—¡¡¡Teresaaaaaa!!! — gritó ya escandalizando.

Un joven se asomó á la ventanilla de un vagón de primera.

Casi todos los viajeros estaban asomados á las ventanillas, porque el viejecillo había llamado ya la atención de todos.

—¿Ha perdido usted algo?—le preguntó uno.

—¡Sí, señor; mi mujer!—respondió el angustiado marido.

—¡Dichoso usted!—exclamó un viajero riendo.

—¡Quién pudiera decir otro tanto!—dijo otro.

—¡Póngala usted en el *Diario de Avisos!*—añadió un tercero.

—¡Viajeros al tren!—gritaban los mozos de estación.

Y se oyó la campana.

—¡Hola, don Anastasio!—exclamó un individuo extraordinariamente gordo, desde un vagón.—¿Usted por aquí? ¿Qué es eso?

—Que mi señora debía venir en este tren, y no la veo.

—¿Debía llegar hasta aquí?

—¡Es claro!

—¡Pues mucho me choca!

—¿Por qué?

—Porque como la he visto quedarse en la estación inmediata...

—¿Qué está usted diciendo, hombre?

—Lo que usted oye. Que se ha quedado en la otra estación con un caballero.

—¡¡¡Con un caballero!!!—exclamó el marido.

—¡Bueno, bueno, bueno!—gritaron los viajeros de buen humor.

—¡Eso es mentira!—decía don Anastasio, poniéndose de color de chocolate.

—¡Hombre, muchas gracias! Después que le aviso á usted, todavía me insulta.

—¿Y quién era ese caballero?

—¿Qué sé yo? Yo creí que era de la familia. Comían juntos...

—¿Ha oído usted eso, amigo?—le dijo al marido un estudiante desde el interior de su vagón

Don Anastasio estaba verde.

La locomotora, como si le hiciera burla, dió al aire dos ó tres silbidos, y el tren partió como alma que lleva el diablo.

Varios viajeros que vieron quedarse á don Anastasio con un palmo de lengua fuera, le gritaron al marcharse:

—¡Mucho ojo, amigo, mucho ojo!

—¡Oh! ¡Qué situación tan grave!

IV

¡Cuando le digo á usted que la adoro!

....

....

—¡Qué hermosa noche! ¿Verdad, Teresa?

—¡Magnífica!

—Con esa luna tan grande y tan clara...

—Es un precioso adorno para noche tan tranquila.

—No hay tal cosa.

—¿No hay tal cosa?

—No; el más bello adorno de esta noche es la diosa que la preside, y que en este momento se apoya en mi brazo.

—Veo, amigo mío, que no puede usted pronunciar una palabra, sin que esta palabra sea una galantería.

—¿Y sabe usted en qué consiste eso?

—No sé.

—Pues consiste en que usted me inspira.

—¿Y qué le inspiro á usted?

—¡Psth! Palabras, amiga mía; nada más que palabras.

—Siento no poder inspirar más que eso; pero no es mía la culpa, ¿verdad? Si una ha nacido así...

—¡Hola! Me pone usted en el caso de decir lo que no he dicho antes por temor de ofenderla.

—¡Cuidado con lo que se dice!

—No hay cuidado. Algo más que palabras me ha inspirado usted, desde que he tenido el gusto de conocerla, pero aquél *¿qué?* con que ha interrumpido usted la frase que yo había comenzado á pronunciar, me ha obligado á desviarme de la senda que yo me había trazado.

—¿Es usted periodista?

—¿Por qué es la pregunta?

—Porque eso de la senda que usted se había trazado, es frase de periódico.

—¡Já! ¡já! já! ¡Tiene gracia! ¿Lee usted periódicos?

—Algunas veces.

—¡Pues crea usted que mi lenguaje era exacto, acerca de la senda y del sendero; ó si no, repare usted en donde estamos y verá que la senda que seguíamos ha desaparecido.

—¡Calla! ¡Es verdad! ¿Dónde me lleva usted, caballero?

Estas palabras las pronunció Teresa con cierta gravedad; es decir, con gravedad no, con cierta expresión de miedo.

Pero al autor le parece que era un miedo... hasta cierto punto.

Puede que ésta sea una suposición gratuita, como la del capítulo primero.

—¿Dónde me lleva usted?—había preguntado Teresa.

Y Anastasio respondió.

—A dar un rodeo delicioso. Conozco este sitio como si fuera mi país natal. Sé de un lugar un poco apartado donde hay una fuente.

—Poetizamos, ¿eh?—dijo Teresa sonriendo.

—Una fuente—continuó él—murmuradora como una portera, y clara como un chocolate de convite.

—¡Jesús! ¡Qué imágenes tan detestables.

—¡Ah! ¿Prefiere usted lo de siempre? ¿Lo que están diciendo los poetas desde que existe la poesía? ¡Bueno! En ese caso, le diré á usted que la fuente murmura como...

—¡Basta! ¡basta! Comprendo hasta donde lleva usted su originalidad.

—¿Me cree usted original, señora?

—¡Mucho!

—En cambio, usted es una copia...

—¿Cómo?

—Una copia de la Virgen de Murillo, ó de la Venus de Milo.

—Es favor...

—Es justicia. Ea, ya hemos llegado. Dígame usted ahora si este sitio no es delicioso.

En efecto, el lugar donde los dos nuevos amigos se encontraban no podía ser más agradable.

De lo alto de una peña brotaba el agua, saltando de piedra en piedra hasta perderse en la corriente de un arroyo que de la fuente misma naciera.

Juncos y cañas crecidos alrededor de la fuente formaban una plazoleta pequeña, que era como el centro de varias sendas, que los piés de los aldeanos habían formado, en fuerza de ir éstos cuotidianamente á buscar el agua que de la peña brotaba.

El ruído monótono, pero agradable, de aquella cascada en miniatura; el silencio de la noche, interrumpido solamente por algún cantar lejano; la luz de la luna, que inundaba el campo, y la soledad del campo mismo, eran capaces de inspirar pensamientos atrevidos á cualquier español, aunque este español se llamase Anastasio.

Teresa se sentó sobre una piedra que cerca del arroyo había, y lanzó un suspiro.

Anastasio se figuró que Teresa respiraba de cierto modo y manera, ó quiso hacer que se lo figuraba, para dar más expresión á las palabras que pronunció, y que fueron éstas:

—¿Qué tiene usted? Ese suspiro...

La interpelada cargó sobre el suspiro la responsabilidad de lo que iba á decir, y contestó:

—¿Le parece á usted que no tengo motivo? Mi marido me estará esperando, y cuando llegue el momento, para él tan deseado, ¿cual no será su extrañeza?

—Sí, es verdad,—dijo Anastasio, contrariado al ver que el marido empezaba á servir de pantalla en la conversación;—es verdad, su esposo de usted la estará esperando con los brazos abiertos...

—¡Caballero!

—¡Ah! ¿No? Dispense usted. Su marido, he querido decir, estará esperando con los brazos cruzados...

—¡Anastasio!

—¡Ah! ¿Tampoco es eso? Pues bien; ese feliz esposo, que espera á su mitad con las manos en los bolsillos...

—¡Basta de bromas! ¡No consiento que mi esposo sirva de pretexto para decir tonterías!

—Perdóneme usted, Teresa, y no me hable de una manera tan dura. Al oír hablar de un marido en momentos como éstos; al oír el nombre del que me impide decirle á usted lo que me callo, crea usted que no he podido menos de disgustarme, y él ha sido la víctima de una broma con que he sustituído palabras más inconvenientes acaso que han estado á punto de salir de mis labios.

—Suplico á usted qne hablemos de otra cosa.

—¡Ah! ¿Le repugna á usted hablar de su es-

poso? Lo comprendo, y no sé por qué, adivino que es usted la víctima inocente de algún oso con pantalones.

—¡Acabará usted de disparatar?

—¡Ah, señora! ¡Hay tantas en el mismo caso que usted! Conozco á una mujer que está casada con un empleado de rentas estancadas, y que no puede saludarme cuando me encuentra en la calle.

—¿Por qué?

—Porque su marido, que es muy celoso, le ha prohibido que salude á ningún hombre; y una noche en que yo tuve la malhadada ocurrencia de regalarle una pera en dulce, tuvo valor el muy caribe de pegarla un pescozón en pleno café Suizo, que le hizo arrojar cuanto había comido. ¡Y esto á la vista de todo el mundo!

—Pero...

Y continuó Anastasio:

—¡Ya ve usted que esto es horrible! Pues no paró ahí, sino que en cuanto llegaron á casa la encerró...¿Dónde dirá usted que la encerró? ¡Vamos, si no lo quiero decir!

—¡Hombre, por Dios, basta.

—Bien, señora, me callaré; pero hágame usted el favor de decirme si mi tocayo es uno de esos maridos moscas que no dejan vivir á sus mujeres.

—Mi marido es un buen marido, y nada más.

—¿Y *nada más?* Pues eso no es bastante.

—A mí me basta.

—¡Oh! Si yo fuera su marido de usted...

—¿Qué haría?

—Obsequiarla, cuidarla, complacerla en sus más insignificantes caprichos; adorarla, en una palabra.

—¡Oiga! No es eso lo que más abunda por ahí...

—Yo sería un modelo.

—¿Es usted soltero?

—Sí señora, soltero.

—¿Y lo siente usted?

—Con toda mi alma.

—Cásese usted, pues.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque me divorciaría á los dos meses de matrimonio.

—Pues ya no lo entiendo.

—Teresa, voy á ser franco con usted, como pudiera serlo con una hermana.

—Soy toda oídos.

Anastasio se acercó un poco más á la viajera, y dijo lo siguiente:

—Yo tengo un carácter sumamente variable. Lo que hoy me distrae, me aburre mañana. Hoy como á la española, mañana á la francesa, pasado mañana á la oriental, y al otro á la hotentote. Hoy me acuesto temprano, y dentro de dos días no me acuesto, y al día siguiente duer-

mo veintidos horas. No puedo ir dos semanas al mismo café, ni al mismo teatro, ni á la misma reunión, ni al mismo paseo. En cuanto paso dos meses en una población, me aburro soberanamente y me veo precisado á marcharme á otra parte. En una palabra: yo detesto la rutina, odio la monotonía, no puedo hacer una misma cosa dos veces. Obligarme á vivir con una persona eternamente, en la misma ciudad, bajo el mismo techo, sería matarme. No puedo, por consiguiente, ser casado.

Teresa exclamó:

—¡Cuando digo que es usted un ente original!...

—Lo seré tal vez, pero no es menos cierto que soy muy desgraciado.

—Lo creo. Eso de no poder vivir como vivimos todos los mortales...

—¡Oh! Es muy triste. Por eso cuando llega una ocasión en que puedo aprovechar algunas horas para ser dichoso, no la pierdo. Para mí, la dicha está comprendida en un número de horas determinado. En pasando del límite que me impone mi carácter mudable, la dicha se convierte á mis ojos en hastío. Por eso hoy, cuando he entrado en el vagón y la he encontrado á usted, tan bonita, tan hechicera, tan amable; cuando he comprendido que podía sentir por usted esa pasión que por tantas otras he sentido, y que nunca ha hecho noche en mi corazón, he

dicho para mis adentros: «Ea, Anastasio, se te presenta una ocasión propicia, si el viaje es largo y tu compañera va contigo hasta el final de tu carrera; vas á ser completamente feliz, supuesto que esas doce ó catorce horas que suele durar tu entusiasmo, las vas á pasar á medida de tus deseos. Pero si tu compañera no va hasta donde tú piensas ir, si por desgracia se queda en el camino, eres hombre perdido.» Usted me indicó que pensaba quedarse en el pueblo inmediato; fragüé mi plan, la detuve á usted en esta estación, y de aquí á los doce de la noche... faltan seis horas.

—¡Qué infamia!—exclamó Teresa, levantándose y queriendo huir del lado de Anastasio.

—¡Perdón!—dijo éste aproximándose á ella ¡Perdón!—Y si alguna simpatía he podido merecer de usted en el corto tiempo que há que nos conocemos. concédame el último favor que voy á pedirle.

Teresa miraba con los ojos muy abiertos al viajero.

Estaba asombrada, confundida, estupefacta.

—¿Será un loco?—pensaba.

Anastasio la contemplaba extasiado, embelesado.

Estaba esperando una palabra de los labios de aquella mujer, á la cual (créanlo ustedes ó no) amaba ya con toda su alma.

—¿Qué desea usted, en fin?—preguntó Teresa.

—Que me ames por algunas horas tan sólo,— contestó el original viajero, arrodillándose sobre las piedras que formaban el cauce del arroyo.

No era Teresa una mujer vulgar, ni se dejaba llevar, como casi todas, de la impresión del momento.

Si todas las mujeres reflexionaran, mejor andaría el mundo.

Porque es preciso que se desengañen ustedes, amigas mías: piensan ustedes poco, y ese poco, de prisa.

Otra mujer, en el caso de Teresa, Dios sabe lo que hubiera hecho: alguna tontería, probablemente.

Pero Teresa obró con talento.

En aquellos momentos apuradísimos para ella, pensó lo que podría sucederle si se oponía á los deseos de Anastasio.

Pensó que acaso éste era un maniático, cuyos accesos podían ser terribles.

Pensó que si huía de él, él echaría á correr detrás de ella.

Pensó que si perdía el tiempo en palabras inútiles, en declamaciones ó en lágrimas de rabia; si, en una palabra, no se acomodaba al carácter de su compañero de viaje, acaso no podría emprender de nuevo el camino cuando llegara el tren de las doce, y... ¡quién sabe lo que podría sucederle!

Así pues, en cuanto vió á Anastasio arrodillado, lo primero que hizo fué prorrumpir en una estrepitosa carcajada.

—¡Qué!—dijo.—¿No era más que eso lo que usted deseaba?

—Nada más.

—Pues bien; accedo.

Y alzando suavamente al enamorado, que estaba todavía de rodillas, se apoyó en su brazo.

—¡Ah! ¡Gracias!--exclamó Anastasio brincando de gozo.—Soy feliz, refeliz, recontrafeliz, estrepitosamente feliz.

Teresa dijo:

—Me es usted simpático, porque no se parece á ninguno de los hombres que hasta la fecha he conocido.

—Eso me satisface y me enorgullece.

—¿Y dónde vamos ahora?

—Al pueblo.

—Es muy tarde.

—No; faltan cinco horas todavía para las doce. Podemos entrar en el pueblo y visitar al cura, que es un antiguo amigo mío.

—¡Pero, hombre, por el amor de Dios! ¡Dice usted unas cosas tremendas! Eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—¿Cómo he de entrar yo en casa del cura?

—¿Qué importa? Podemos decir que viene usted recomendada á mí desde...

—No, hombre, no; eso es un disparate.

—Entonces... ¡Ah! Ya sé, ya sé. El cura no me ha visto hace dos años... Le diré que me he casado.

—¡Anastasio!

—Eso es lo mejor.

—¡Que no quiero!

—Sí, sí; vas á pasar por mi mujer.

—¡Calla! ¡Y me tutea!

—Sí, te tuteo, porque entramos ya en el pueblo y es preciso que nos ensayemos.

—Pero...

—Cállate, mujercita, cállate.

—¡Señor, esto es horrible!

—¡Qué ha de ser horrible!

—Yo no puedo consentir...

—¡Chist! ¡Que estamos ya cerca!

—¡Dios mío! ¡Y mi marido que me estará esperando!

—Que espere sentado.

—¡Y estará incomodadísimo!

—Que beba agua.

—Yo no paso de aquí.

—¿Pues no has de pasar, boba? Te lo suplica tu marido, tu maridito, que soy yo.

—¡Por favor!

—Cállate, hija mía.

—¡Por piedad!

—Ea, ya estamos en la casa.

—¡Anastasio, es usted un miserable!

—¡Silencio, vida mía, silencio, por las once mil vírgenes y unas pocas más!

Y al decir estas palabras, Anastasio llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una mujer desde la ventana.

—¿Está el señor cura?

—Aquí está.

—Dígale usted que un amigo antiguo desea darle un abrazo.

Y se retiró de la ventana.

—¡Anastasio,—exclamaba Teresa, presa ya de la mayor inquietud,—esto no puede ser, esto me repugna, esto es abusar de mi debilidad!

El viajero, que parecía cuidarse muy poco de las palabras de su compañera, tarareaba una canción italiana y sonreía maliciosamente mirando á la víctima de sus extravagancias.

Teresa sudaba.

Se había resignado ya á no decir nada; sin duda había comprendido la imposibilidad de convencer á un hombre, que, según ella creía, estaba loco de remate.

La mujer que antes desapareció de la ventana, volvió á asomarse.

—¡Eh!—dijo.—¡Caballero!

Anastasio miró hacia arriba.

—¿Cómo se llama usted?

—Anastasio Pérez.

—¿Cómo?

—¡Anastasio Pérez!

—Voy á avisar al señor cura.

—¡Bueno!

La mujer se retiró otra vez, y á los cuatro minutos abrióse la puerta de la casa, y Teresa y Anastasio subieron á la presencia del cura.

Como se ve, la cosa se iba complicando de una manera notable.

La situación no podía ser, ni más cómica, ni más dramática.

Teresa subió las escaleras respirando fatigosamente.

Estaba la pobre sin saber lo que le pasaba, y pensando en lo que le podía pasar.

Veamos lo que le fué pasando.

V

Trescientos embrollos en un minuto.

Si alguno de mis lectores se ha visto alguna vez en una situación verdaderamente comprometida, puede figurarse el apuro que pasaría Teresa al encontrarse en presencia del señor cura.

Fué una impresión de las más tremebundas que recibió en su vida la buena de Teresita.

—¿Y por qué?--me preguntará el lector ahora·

¿Por qué? Figúrese usted qué sorpresa recibiría la infeliz al reconocer en la cara risueña del presbítero la misma risueña cara del sacerdote que dos años antes había estado de párroco en el pueblo donde ella residía con su marido!

Pues no fué ésto lo peor.

Lo peor fué que el demonio de Anastasio, de buenas á primeras, y después de saludar al

cura, dándole cuatro ó cinco abrazos que me lo estropeó, le dijo con la mayor desfachatez del mundo:

—Tengo el gusto de presentarle á usted mi esposa...

Y la esposa... se quedó fría y quieta, y sin movimiento, como una estátua.

El caso no era para menos.

El cura abrió un palmo de boca.

Un palmo de boca, que agregado á dos que tenía, eran tres.

—¿Cómo puede ser eso?—exclamó.—Señora doña Teresa, ¿cuándo ha muerto su marido de usted?

Esta vez fué Anastasio el que se quedó como un rey de aquellos que hay en el Retiro.

Lo comprendió todo en el momento, y se vió perdido.

Pero en otro momento se resolvió á jugar el todo por el todo, porque Anastasio era así; perdido por mil, perdido por mil quinientos.

Si Anastasio hubiese sido criminal, habría empezado por robar un pañuelo y hubiera concluído por comerse un administrador de loterías en ayunas.

Así es que antes de que Teresa pudiera hablar ó el cura recelar, le dijo á éste:

—¡Pues qué, amigo mío! ¿ignoraba usted la desgracia?

—Sí señor, ignoraba completamente...

—¡Pues si hace dos años que Teresa es viuda, y dos meses que se ha casado conmigo!

Teresa, que ya no sabía qué hacer ni qué decir, y estaba que se la podía ahogar con un cabello, se echó á llorar como una desesperada.

Entonces Anastasio, acariciándola con toda la honestidad que el caso requería, exclamó:

—¡No te afectes, pobrecita mía! ¡Si ello ya no tiene remedio!

Y dirigiéndose al cura:

—¿Ve usted? Siempre que se acuerda de su difunto, se pone que da pena verla.

El cura tragó la píldora perfectamente.

—Venga usted, señora mía, venga usted,—díjo á Teresa.—Tal vez el cansancio y la fatiga, y... todo puede contribuír... ¡Eh! ¡Nicolasa!

El ama del cura apareció en el cuarto; es decir, no apareció, entró por la puerta.

—Conduce á esta señora á otra habitación y cuídala como á mí mismo.

Llevóse el ama á Teresa consigo, y la pobre viajera, confundida, casi exánime, se dirigió al aposento que con tanta amabilidad le ofrecían, no sin lanzar antes una desesperada y expresiva mirada á su esposo prestado; mirada que el autor traduce al lenguaje vulgar de este modo:

—Señor don Anastasio ó don Porra, me está usted haciendo pasar la pena negra, y me está usted dando una desazón de padre y muy señor mío. Si esto dura mucho, estallo.

Y ya no se acordaba Teresa ni de la hora, ni de que se iban á quedar otra vez en tierra, ni de nada.

Estaba trastornada

Verdad es que el paso no era para menos.

El autor cree, sin embargo, que todo lo que le pasaba á esa señora le estaba muy bien empleado.

Porque ninguna necesidad tenía de haber empezado á gastar bromitas con Anastasio en el comedor de la fonda, ni de darle franqueza, ni de celebrar sus chistes.

Ustedes, señoras mujeres, son muy propensas á las bromitas y á la conversación.

Y luego resulta... lo que resulta.

¡Pues anda, Teresa, toma bromitas!

¡Bonita noche vas á pasar!

Y no es eso lo más malo, sino que me parece á mí que tu marido te va á dar un solfeo que te va á poner azul.

Todo por dar alas á los hombres.

¡Ah, mujeres, mujeres, mujeres!

Continuemos la historia. Oigamos la conversación del cura y de su amigo.

VI

Siempre hay quien se trague la píldora

Sentados ambos, uno enfrente de otro, y apoyados los brazos en una mesa del tiempo del rey que rabió, sacó el cura de un bolsillo una cajetilla de tabaco picado, de ese que hace llorar á las piedras, y un librito de papel de *la Pantera* y se puso á hacer un cigarrillo, diciendo al mismo tiempo:

—¡Válgame Dios, mi buen don Anastasio! ¿Quién había de pensar verle á usted por aquí á estas horas?

El interpelado no contestó, porque estaba urdiendo y combinando una sarta de mentiras para salir del apuro en que su sobrada locuacidad le había colocado.

Continuó el señor cura:

—¿Quiere usted un cigarrito? ¡Vamos, hombre, fume usted y no se ponga triste! La indisposición de la señora no vale la pena. Y á propósito: cuénteme usted, cuénteme usted...

—¡Ah, sí, sí, sí señor!... Dispénseme usted,

estaba pensando... ¿Me había usted preguntado algo?

—Sí; decía que me contara usted cómo fué la muerte del tocayo, y el matrimonio de usted con mi señora doña Teresa.

—¡Bah!—exclamó Anastasio, puesto entre la espada y la pared.—¡Qué quiere usted! ¡Cosas del mundo!

—¡Pero, hombre, si el difunto estaba tan robusto y tan...

Anastasio se decidió á empezar el diluvio de embustes que había estado pensando.

—Verá usted lo que pasó,—dijo.—Pues señor, el bueno de mi tocayo, que era muy aficionado...

—Ya sé lo que me va usted á decir,—interrumpió el cura.—Aficionado á la caza.

—¡Eso es!—repitió Anastasio.—¡A la caza!

—Tengo corridas muchas con él.

—¡Ya lo creo!

—Porque yo soy también muy aficionado, mucho.

—Sí, ya sé. Pues, como digo, llevado de su extremada afición á cazar, se levantó un día muy temprano, se puso su chaqueta y su sombrero bajo...

El cura interrumpió.

—Un sombrero hongo, blanco, de fieltro, con unas alas muy anchas, ¿verdad?

—Eso es, aquel sombrero fenomenal.

—¡Ya me acuerdo, ya!

—Se vistió, decía, cogió la escopeta, llamó al perro inglés...

—¡Hombre, me extraña mucho!

—¿Qué? ¿Que llamara al perro?

—Sí, porque no tenía perro inglés ninguno.

—Sí, hombre; tenía un perro inglés magnífico. Se lo regalé yo.

—¡Ah, vamos! ¿Y era tal vez un perro de esos de dos narices?

—¡De cuatro ó cinco! Un perro fenómeno que hablaba en inglés y sabía bordar en cañamazo.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye.

—¿Y dónde venden esos perros?

—En París. ¿Quiere usted uno? Yo pienso ir dentro de poco...

—Hombre, sí; se lo agradecería mucho.

—Pues le traeré á usted uno, porque allí los hay que hasta escriben periódicos y son electores, y...

El cura estaba asombrado.

Lo que Anastasio quería era distraerle del objeto principal de la conversación, pero no pudo lograr su intento, porque el cura le dijo:

—Continúe usted la relación de la desgracia de nuestro pobre amigo. Salió de la casa...

—¡Ca! No señor; ahí está lo grande, en que no tuvo á lo menos el placer de morir matando...

—¿Eh?

—Matando dos ó tres liebres, quiero decir.

—¡Ya!

—Sucedió lo siguiente. La criada de su casa...

—¿La Antonia?

—¡Justamente! La Antonia había colocado la noche anterior en el patio, y al pie de la escalera, un gran barreño lleno de tierra muy blanda y mojada, donde pensaba plantar albahaca para hacer un tiesto; don Anastasio bajaba llamando al perro; el pobre animal subía la escalera precípitadamente, meneando la cola y dando saltos de alegría; la mañana estaba obscura y mi hombre, sin saber cómo, tropieza con el perro que se le enreda en los piés, pierde el equilibrio, rueda por la escalera, cae sobre el barreño, y mete la cara en barro.

—¡Jesús!

—En la caída se le dispara la escopeta.

—¿Y se hirió?

—No señor, porque la bala fué á darle en la nariz á un Garibaldi de yeso que había en el piso bajo.

—¡Hombre, me alegro!

—No paró ahí la cosa. El perro ladraba como un condenado; don Anastasio se levantó, renegando de su casta, y echó á correr furioso; pero como tenía los ojos tapiados con el barro, en lugar de dirigirse á una puerta, se dírigió á una ventana muy baja, echó un pie hacia adelante, y ¡cataplum! se cayó en el pozo.

—¡En el pozo!

—Así como suena.

—¡Señor, si parece imposible!

—Pero no lo es. De allí le sacaron que daba lástima verlo.

—¡Saldría estropeado!

—¿Estropeado? ¡No, hombre!

—¿Pues cómo?

—Salió muerto.

—¡Ya decía yo!

—Figúrese usted qué disgusto para la familia

—¡Es claro!

—La pobre viuda lloró como una Magdalena; y aun ahora, cada vez que ve un pozo, cada uno de sus ojos parece una cuba.

—El caso no fué para menos; pero...., vamos, al fin y al cabo, parece que no ha tardado mucho en consolarse.

—¡Psth!

—Su boda con usted... ¿eh?

—La gratitud, amigo mío, la gratitud. Ésta ha sido una boda especial.

—Cuénteme usted, cuénteme usted...

—Yo me había encargado de hacer los funerales al difunto; yo procuré que los asuntos de la casa no se malograsen después de aquella catástrofe inesperada; en una palabra, mi comportamiento en aquella casa fué tal, que Teresita me cobró afición, y un día la declaré que la quería con buen fin.

—Pues señor,—dijo el bueno del cura, echando al aire una bocanada de humo,—yo celebro en el alma haber tenido una nueva ocasión de ofrecer á usted mis servicios, y espero que usted y su señora pasarán á mi lado...

—Perdone usted, amigo mío,—dijo interrumpiéndole Anastasio.—No podemos permanecer aquí el tiempo que quisiéramos. En honor de la verdad, nuestra visita á su casa de usted tiene más de casual que de intencionada. Nos detuvimos más de lo necesario en la estación, se marchó el tren, y nos vimos precisados á molestar á usted por algunas horas.

—En ese caso,—continuó el cura,—no puedo permitir que se vayan ustedes hasta mañana. ¿Qué menos han de conceder á mi amistad que un día? ¡Pues no faltaba más, hombre!

Anastasio reflexionó breves momentos.

Por una parte, le parecía violento burlar segunda vez á Teresa, obligándole á retardar su viaje hasta el día siguiente.

Por otra, el deseo que tenía de seguir la aventura comenzada le inclinaba á dejar transcurrir el tiempo sin que la viajera pudiera darse cuenta de ello, y decirle después como le había dicho antes: «El mal no tiene ya remedio; esperemos al tren, que pasará mañana temprano.»

Optó por lo segundo.

—Acepto su amable ofrecimiento,—le dijo al cura.

—Ea,—repuso éste,—pues ya es hora de recogerse; yo voy á rezar mis oraciones. Nicolasa le guiará á usted al cuarto de su esposa. Que ustedes duerman bien, y hasta mañana si Dios quiere.

—Buenas noches,—dijo Anastasio.

Y se dejó guiar al aposento de su esposa.

Ésta se había acostado ya, porque no podía resistir el peso de tan fuertes emociones.

Pero todavía la esperaban otras mayores.

¡Anda, hija, anda, toma bromitas con los viajeros!

VII

¿Qué hubiera hecho el lector en este caso?

Cuando Anastasio entró en el cuarto y vió á Teresa acostada, hizo un gesto, como diciendo:

—Esto es hecho; no nos marchamos.

Y cuando Teresa le vió entrar, se arrebujó entre las sábanas y preguntó con voz dura é imponente:

—¿Adónde va ùsted, caballero?

—¡Chist!—hizo Anastasio, cerrando tras sí la puerta.—Nada de gritos, amiga mía, ó se descubre el pastel y hay un escándalo en el pueblo.

Teresa bajó la voz y dijo:

—¡Salga usted de aquí!

—Pero...

—¡En seguida!

Anastasio sonrió de una manera especial.

—Ello no tiene remedio,—exclamó sentándose

en una silla, á respetable distancia de la cama. —Paciencia, y aguardemos á que salga el sol.

—¿Sale usted de aquí ó no?—decía Teresa más exasperada que nunca.—Caballero, me ha colocado usted en una situación gravísima, y mi marido lo sabrá todo, yo se lo aseguro á usted.

—No, señora; un marido no debe saber nunca ciertas cosas. Además, ¿está usted segura de que él no ha faltado á su deber mientras ha estado usted ausente de su lado?

—¿Eh? — respondió Teresa, como diciendo: «Puede ser.»

Pero luego hizo otro gesto, que quería decir: «Es demasiado feo para que le quieran.»

Anastasio volvió á tomar la palabra.

—Teresita,—dijo,—necesariamente esta aventura ha de tener un desenlace. Si no paso la noche en este cuarto, el señor cura y su ama creerán que somos uno de esos matrimonios á la moda. Así pues, de aquí no me muevo; ó mejor dicho, me muevo.

Y adelantó un paso hacia Teresa.

—¡Atrás!—gritó ella.

Y se hizo un ovillo.

—¡No grite usted!—dijo Anastasio.

Y Teresa, de miedo, calló.

Su alevoso compañero esperó dos minutos la solución de situación tan grave.

A poco rato oyó la respiración entrecortada de Teresa.

Luego oyó un gemido, luego otro, luego varios sucesivos.

Por último, vió que Teresa se agitaba violentamente en el lecho, y ya no pudo quedarle duda de que aquello era una convulsión, pero una convulsión horrorosa.

¿Qué iba á hacer Anastasio en tan apurado trance?

El asunto se complicaba de un modo lamentable.

Nada hubiera sido más sencillo que llamar al ama del cura, ó al cura mismo.

Pero Teresa parecía dispuesta á no sostener por más tiempo su fingido papel de esposa, y Anastasio tuvo miedo de una catástrofe.

En aquel momento se apagó la luz.

Teresa pataleaba y se retorcía cada vez más.

Anastasio no tenía fósforos.

El remedio corría prisa.

Se dirigió á tientas hacia la puerta, la abrió sin hacer ruído y se dirigió por la derecha, con las manos hacia adelante, para no tropezar.

En toda la casa reinaba una obscuridad espantosa.

Allá, á lo lejos, Anastasio creyó distinguir la luz de una brasa.

—Allí está la cocina,—pensó.

Y se dirigió de puntillas á aquel sitio.

Sin darse cuenta de lo que hacía, porque es-

taba ya mareado, dirigió la mano hacia aquel objeto.

Un largo bufido se dejó oir, y Anastasio sintió que le agarraban por las narices.

Lo que parecían brasas no eran sino los ojos del gato del cura, que acababa de divertirse con las narices de nuestro hombre.

Desesperado, confundido, arañado, tembloroso y hecho una lástima, Anastasio volvió á poner las manos hacia adelante y continuó su camino buscando la luz tan deseada.

A los tres pasos tropezó con una puerta.

—Aquí debe ser,—murmuró.

Y abrió en seguida.

La misma obscuridad; el mismo silencio.

Dió tres pasos más, y oyó un débil quejido.

Entonces calculó que se hallaba otra vez en el cuarto de Teresa.

Extendió la mano, la bajó... ¡y cogió una cara!

No bien había hecho esto, cuando le descargaron tan soberana puñada en el rostro, que todo se lo bañaron en sangre.

—¡¡¡Ay!!!--gritó ya sin poderse contener, furioso y dolorido.

Y comenzó á sacudir el brazo á derecha é izquierda.

—¡Al que pille debajo lo parto!—seguía gritando.

—¡Ay! ¡Socorro! ¡socorro!—exclamó una voz.

Era el ama del cura, á quien Anastasio

le había dado una bofetada de mucho mérito.

—¡Aquí, señor cura, que me están matando! —gritaba el ama.

—¡Aquí, aquí,—decía Anastasio tocándose la cara por todas partes,—aquí es donde me has dado, grandísima bribona!

—¡Alto!—repuso otra voz entonces.—¡Al que se mueva le pego un tiro!

Y era el señor cura, que venía armado de todas armas.

Anastasio, viéndose perdido, cogió á tientas una silla y la arrojó adelante; después agarró la mesa como Dios le dió á entender y la puso también delante del sitio por donde sonaba la voz del presbítero, y éste que no se paraba en barras, comenzó á disparar tiros á diestro y siniestro, gritando:

—¡Fuego! ¡Ladrones! ¡Vecinos! ¡Socorro! ¡Que hay veinte hombres en casa! ¡Socorroooo!

El gato bufaba, lloraba el ama, blasfemaba Anastasio, y Teresa en su cuarto, con su convulsión cada vez más grande, daba pataleos y hacía zapatetas, y se había quedado en pelota encima de la cama. Todo era ruido y confusión, y obscuridad, y zambra, y jaleo. Aquello era *la fin* del mundo, como dice la gente.

Por fin entró la vecindad en la casa.

Uno de los ciudadanos más valientes del pueblo se resolvió á subir por la ventana y penetró en el aposento con un trabuco naranjero

en la mano y una linterna atada á la cintura.

Entonces se vió el cuadro que presentaba el cuarto.

El ama estaba debajo de la cama con la cabeza metida en un cofre sin tapa.

El cura, con la escopeta amartillada y en calzoncillos y con las piernas en figura de A, ocupando todo el ancho de la puerta.

Anastasio, con los pelos en los ojos, la cara ensangrentada y las narices como un melón, y defendiendo el cuerpo con un barreño que tenía entre las dos manos.

El gato encima de un San Joaquín de madera.

Quiso Dios que se restableciera la calma.

Se retiraron los vecinos, ofreciendo sus servicios con grande urbanidad y cortesanía.

El señor cura, escamado de una manera muy visible, le dijo á su huésped, que saliera inmediatamente de aquella casa.

Anastasio quiso disculparse y decir... ¡que sé yo lo que hubiera dicho! Pero el cura no atendía á razones, y Teresa, que había vuelto en sí y se había vestido á toda prisa, daba ídem para largarse de allí con viento fresco.

No hubo, pues, más remedio que liar el petate.

Anastasio iba rechinando los dientes de rabia, y sin hacer caso de Teresa, que comenzaba de nuevo á reconvenirle agriamente, murmuraba con un acento de convicción profunda:

—¡No, pues la mano que á mí me dió el guantazo era demasiado pesada!

Y no cesaba de pensar en ello.

....

....

....

VIII

Sigue la desolación de D. Anastasio el feo.

La tarde que todo esto había sucedido en casa del señor cura, un hombre embozado en una ancha capa, y aún más que ancha larga, había llegado á la estación donde comenzó esta historia, y había dirigido varias preguntas á los empleados.

Como eran las once y media y el hombre había venido á pie. pareció sospechoso á la pareja de la guardia civil.

Así es que se le pidió su cédula de vecindad con gravedad amenazadora.

Pero el hombre venía prevenido.

Sacó su cédula y la presentó á los guardias.

Después recorrió toda la extensión del edificio y entró en la casilla del guarda-aguja.

Después recorrió la vía á buen paso, se alejó como unos cien, anduvo por el campo en todas direcciones, y manifestó con varios movimientos de cabeza el estado de su espíritu.

Por último, se dirigió hacia el pueblo.

El hombre menos observador hubiera comprendido, al contemplar al que nos ocupa, que buscaba algo.

—¿Se le ha perdido á usted algo?—le preguntó un guarda-aguja.

—¡Sí, señor, mi mujer! —gritó el hombre desesperado.

Ya puede figurarse el lector quién era aquel sujeto.

¡Pobre don Anastasio!

¡Pobre Anastasio segundo!

¡Venía á pie, desde su pueblo, á ver qué le pasaba á su mujercita.

Diez minutos hacía que había sucedido la catástrofe en casa del señor cura, cuando don Anastasio se dirigía á la misma puerta por donde acababan de salir su mujer y el otro.

¡Oh, desdichado mortal! ¿Por qué no te los has encontrado en el camino?

¿Por qué no te has detenido un poco más en la estación para verlos venir juntos y del brazo?

El silencio se ha restablecido, el pueblo está tranquilo, el desconocido da dos fuertes aldabonazos en la puerta de la casa del cura.

El ama del cura, que todavía no las tiene todas consigo, sospecha que Anastasio quiere volver á las andadas.

Sin consultar con su amo lo que debe hacer, se dirige á la cocina y coge un cántaro de agua.

En seguida abre la ventana que da á la calle y pregunta:

—¿Es usted don Anastasio?

—¡Sí!—contesta él, como diciendo: «¡Abra usted pronto!»

Apenas ha acabado de dar el *sí* fatal, el ama le suelta el más espantoso roción que ha llevado hombre nacido.

¿Quién pudiera pintar la desesperación de aquel excelentísimo sujeto, al verse lo mismo que una rana?

En vano sería describirlo.

Don Anastasio gritaba, ladraba, mugía..... sí señor, mugia como un toro.

—¡Abra usted, grandísima indecente!—gritaba.—¡Abra usted, que le voy á enseñar educación á garrotazos!

El ama dijo para sí:

—¡Caramba! Pues ésta no es la voz del otro. ¿Quien será?

Y llamó en seguida al cura.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó.—¡Que hay ahí un hombre que es don Anastasio y no es don Anastasio!

—¡No puede ser!—dijo el bueno del cura.—¡O lo es, ó no lo es!

—¡Pues venga usted corriendo!

El cura fué corriendo á la ventana.

—¿Quién es?—preguntó.

—¡Soy yo! ¡Don Anastasio Botín!

—¡Jesús!...—exclamó el cura, dando un paso hacia atrás y cayendo medio desmayado sobre el ama.—¡Es un alma del otro mundo! ¡Don Anastasio resucitado! ¡Trae el hisopo, hija mía, trae el hisopo!

Y el ama fué y trajo el hisopo, y el cura, desde la ventana, comenzó á hisopear y á decir:

—*¡Fugite! ¡fugite!*

—¡Los fúgites serán ustedes!—gritaba don Anastasio, hecho una pantera.—¡Abran en seguida la puerta, y no me hagan perder la paciencia, que no estoy para bromas!

—Pero, hombre de Dios,—exclamó el cura desde la ventana,—¿no se había usted muerto?

—Hombre...no me haga Vd. tragar más saliva!

—Entérese usted bien, don Anastasio. ¿Está usted vivo?—dijo el ama.

—¡Por vida de mi padre, que ya no aguanto más!

Y ésto diciendo el desesperado marido comenzó á pedradas con el ama, que si no se retira pronto, creo que sale con algo roto.

Por fin el señor cura, queriendo llegar á una explicación pacífica, gritó:

—¡Alto el fuego! Hablemos en calma.

Don Anastasio cesó de apedrear la casa.

—Mire usted,—dijo,—estoy en una situación desesperada. Vengo á pie desde mi pueblo... por que me ha sucedido una gran desgracia.

—¡Ya lo creo!

—¿Qué quiere decir eso de... *¡Ya lo creo*?

—Que efectivamente es una gran desgracia morirse.

—¿Volvemos otra vez á las bromas?

Y don Anastasio buscó una piedra por el suelo

—¡No, hombre, no! Siga usted hablando.

—Pues bien, ábrame usted la puerta.

—No en mis días,—dijo para sí el cura.

Y luego añadió en voz alta:

—Es el caso, que se ha llevado la llave... ¿A que no sabe usted quién?

—¿Quién?

—¿Quién? Su mujer de usted.

Esto fué un rayo de luz para el pobre don Anastasio.

Él, que no habiendo encontrado á su mujer en la estación se había dirigido á casa del cura, único amigo que tenía en el pueblo, para descansar y esperar el día, ¿cómo podía figurarse que allí le habían de dar noticias de lo que venía buscando?

—¿Qué me cuenta usted?—preguntó muy asombrado.

—Lo que usted oye.

—¿Mi mujer ha estado aquí?

—Sí señor.

—¿Sola?

—No.

—¿Con quién?

—Con su marido.

—¿Qué marido ni qué ocho cuartos? ¡Pues si yo vengo ahora!

—Pues ella trajo marido.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién, ella? Teresa. ¿No lo sabe usted?

—¡El marido, hombre! ¡Ese sujeto á quien usted llama el marido!

—¡Ya! Pues se llama Anastasio.

—Hombre, si no mirara su estado de V. y el en que yo me encuentro, le pegaba fuego á la casa.

—¡Canastos!

—¡Es claro! ¡Si parece que se quieren ustedes divertir conmigo! ¡Pues conmigo no se divierte nadie!

—Pues yo le digo á usted que su mujer ha venido aquí con un amigo mio, persona muy formal, que me ha dicho que se había casado con ella, y que usted se había caído en un pozo.

—¿Y en dónde están, en dónde están esos infames?

—¡Se han ido!

—¿Cuánto hace?

—Un cuarto de hora.

—¡Abur!

—¡Divertirse!

Y don Anastasio echó á correr como un loco, y el cura cerró la ventana, diciendo al ama:

—Vámonos á dormir, y allá se las compongan. ¡Y si yo vuelvo á abrir á nadie de noche, que doscientos demonios me lleven!

IX

¡Siga la broma!

Teresa había salido de aquella casa en tal estado de agitación, que apenas podía darse cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

A pesar de los motivos de enojo que con su compañero de viaje tenía, se apoyó en el brazo de éste y le preguntó varias veces:

—¿Llegaremos á tiempo?

—¿A tiempo de qué?—decía él.

—De poder alcanzar el tren de las doce.

—Se hará lo posible.

Y esto diciendo, Anastasio se dirigió á un arroyo para lavarse la cara, que todavía la llevaba bañada en sangre.

Aprovechemos este momento para dar la última pincelada al retrato de Anastasio.

Mis lectores habrán podido juzgar á su gusto el carácter de este extraño personaje.

Sin embargo, el autor se cree en el deber de decir lo que se ha dejado en el tintero.

Anastasio era uno de esos hombres en los cuales el amor, más que una pasión, era una enfermedad, un vicio, como el de fumar ó de ir á los toros.

Enamoradizo hasta la pared de enfrente, y propenso á aburrirse al mismo tiempo, se encontraba siempre en el caso forzoso de amar á cuantas mujeres se le ponían á tiro.

A pesar de su carácter decidor, alegre y travieso, era muy desgraciado.

Y su desgracia capital, la desgracia magna de su vida, consistía en que una vez que se aburrió menos que de costumbre, cometió la debilidad de casarse.

Sí, lector: Anastasio era casado, y casado con una mujer hechicera que se llamaba Luisa.

Al poco tiempo de haberse casado con ella, se hastió y pensó en el divorcio.

Pero dijéronle sus amigos que el divorcio daría pasto á la maledicencia, y no se divorció.

Hizo algo todavía peor.

Hastiado de su mujer, y con ánimos bastantes para amar á otras, vivió con la propia para que el mundo no murmurase, pero amó á las demás, sin importársele gran cosa de lo que dijera el mundo.

Hay mujeres que soportan con la paciencia del mártir las infidelidades de sus maridos.

Pero hay otras que no están por eso, y pagan al marido en la misma moneda.

Luisa era de las primeras.

Amaba á su marido, adoraba en él, y sufrió con heroica resignación los deslices de aquel pícaro.

Todos los pícaros tienen fortuna.

¿No debía Luisa haberle pagado en la misma moneda?

Anastasio profesaba una máxima muy especial.

—¡Si siempre lo he dicho!—murmuraba.—Las mujeres son los entes más caprichosos de la tierra. No hay más que presentarse á ellas de un modo original y raro para que le quieran á uno.

Estas palabras de Anastasio harán comprender al lector por qué nuestro héroe, al intentar la conquisto de Teresa, había comenzado por presentarse en toda la desnudez de su carácter, en lugar de aparecer como un hombre verdaderamente apasionado y capaz de amar á una sola mujer por toda la vida.

Confiaba en que la descripción que de sí mismo había hecho, inspiraría simpatías á la viajera.

Y... ¡qué sé yo, qué sé yo! Puede ser que no se equivocara Anastasio.

X

Ahora si que la cosa es grave.

Llegaron á la estación nuestros dos personajes; mohina como nunca ella, cariacontecido él como nunca.

En aquel mismo momento llegaba el tren deseado, y los empleados anunciaban tres minutos de detención.

Anastasio corrió al despacho de billetes y dijo precipitadamente:

—¡Dos de primera para Morata!

En seguida le fueron entregados.

Ya estaba Teresa en un vagón.

Anastasio la buscaba en la obsuridad y la llamaba en voz alta.

—¡Aquí!—gritó ella.

Y su compañero subió al vagón, y el tren echó á andar en aquel momento.

Anastasio no se atrevía á decir nada.

Ella estaba callada.

Ninguno de los dos sabía qué decir.

Ninguno de los dos sabía cómo disculparse.

Y la verdad es que los dos necesitaban disculpa.

Él pensaba:

—¿Qué le voy á decir á esta mujer, cuando yo he sido el que la ha comprometido y la ha obligado á hacer mal papel á los ojos de su marido?

Ella pensaba:

—¿Qué le voy á decir á este hombre, cuando yo tengo la culpa de todo lo que sucede? La verdad es que si yo no le hubiese hecho caso y hubiera seguido mi camino, ahora estaría en mi pueblo al lado de mi esposo.

Los dos tenían razón.

Seguía el silencio.

Anastasio respiraba con fuerza.

Teresa parecía que sollozaba.

Como la noche estaba obscura, gracias á la inoportuna ocurrencia de una nube que se echó encima de la luna, nuestros viajeros no pudieron reparar en sus compañeros de viaje.

Y eran dos nada menos.

Eran un caballero y una señora.

Un caballero y una señora, que hacían dúo al *tric-trac, tric-trac*, de la máquina, con el *¡grrr! ¡grrr!* de sus ronquidos.

¡Qué cosa tan poética es un ronquido! ¿Verdad, lector?

....

....

El farolillo del vagón estaba... como es uso y costumbre, casi apagado.

Estos vagones de los ferrocarriles españoles son muy cómodos.

Su luz no estorba nunca para dormir.

Teresa seguía haciendo tristes reflexiones.

Anastasio, ídem ídem.

Y á ella le empezaba á gustar él.

Y á él hacía mucho rato que le gustaba ella.

Porque desengañémonos: al cabo de tantas horas juntos y de tantos sustos y quebrantos, ya era hora de tomarse cariño.

El trato lo engendra, según el proverbio.

Y á Teresa le iba ya gustando el desembarazo de Anastasio, y la *sans façon* de Anastasio, y los ojos de Anastasio, y los bigotes y la perilla de Anastasio.

En fin, que le gustaban á ella las cosas de Anastasio.

Eso no se puede remediar.

En cuanto á él, pensaba, pensaba, pensaba y no cesaba de pensar.

Aquella mujer, encontrada así, de aquella manera, en aquellas condiciones; aquella mujer parecía sensible, parecía buena; no era tosca en sus modales, ni mucho menos; tenía buena conversación.

—¡Qué lástima de mujer! Encerrada en un pueblo, casada con un vejestorio...—pensaba Anastasio.

Luego... ella empezó á ver figuras siniestras delante de sí.

Veía á su marido en mangas de camisa, con cabeza de jabalí y un palo en la mano, corriendo de un lado á otro dando bufidos.

Veía al rededor una porción de amigas suyas, riéndose estrepitosamente.

Y en los aires, blanca, muy blanca, una figura rara y misteriosa que se parecía á ella: una figura que enviaba un beso con la mano á un joven muy guapo, que se veía en lontananza.

....

Anastasio también era presa de mil extrañas visiones.

Se veía en medio de una rueda de mujeres cuyas fisonomías recordaba.

Eran sus novias de tiempos anteriores.

Todas le decían denuestos, y le enseñaban cartas, y retratos, y mechones de pelo.

Pero él no hacía caso.

Tenía los ojos fijos en una figura medio velada por una extraña neblina; una figura que era una copia fiel de Teresa.

Anastasio quería avanzar hacia ella, pero no podía, porque sentía que unos dedos delgados y fuertes le apretaban el cuello y le destrozaban la nuez.

Eran los dedos de una mujer.

¡De la suya!

Anastasio quería gritar; pero no podía, y la

figura velada y misteriosa se alejaba un poco, luego un poco más, luego más todavía...

....

De pronto un golpe y un ruido despertaron á Teresa y á su compañero.

Habían estado soñando.

Cuando abrieron los ojos, un torrente de luz inundaba el paisaje.

—¿Dónde estamos?—preguntó Teresa ante todo.

Pero antes de que Anastasio contestara, se oyó en el andén esta frase:

—¡Tres minutos, *Vallecas*!

Figúrese el lector la cara que Teresa pondría.

Estaba á treinta leguas de su pueblo.

Distaba de Madrid nada más que media hora.

Anastasio quiso morirse de repente.

Pero no se murió, ni mucho menos.

Convengamos en que lo que desde ahora va á pasar, merece capítulo aparte.

XI

No es casa de huéspedes.

—Mire usted, caballero, lo que me pasa con usted no me ha pasado con nadie; y tenga usted entendido que lo que suceda en adelante lo va usted á pagar muy caro.

Esto lo dijo Teresa en voz alta y echando fuego por los ojos.

De donde resultó que se enteraron las personas que iban en el vagón.

El caballero que roncaba cuando Anastasio y Teresa entraron en el coche, se volvió á mirarles ahora, y puso una cara como si quisiera decir:

—¿Estamos seguros?

La señora miró á Teresa haciendo un gesto, que bien se podía traducir con estas palabras:

—¡Jesús! ¡Qué mujer tan ordinaria!

En cuanto á Anastasio, se vió tan en evidencia, que no supo qué decir.

Y para salir del paso, quiso echarle el muerto al señor de los ronquidos.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—preguntó dirigiéndose al viajero.—¿Qué le ha hecho usted á esta señora?

—¿Yo?—exclamó el otro.

—Sí, señor, usted.

—¿Se ha dirigido usted á mí, señora?

—No señor,—respondió Teresa;—me he dirigido á él, que no sabe cómo disculparse. Figúrense ustedes que yo iba á mi pueblo, que está en la mitad del camino; el señor me ha detenido en una estación, me ha hecho perder tiempo, y ahora me aleja de mi pueblo y me zampa en Madrid. ¡Esto es una infamia! ¿No es verdad, caballero? ¿No es verdad, señora?

—Figúrense ustedes,—dijo á su vez Anastasio,—que esta señora se ha dormido y no se ha despertado hasta ahora. ¿Tengo yo la culpa de que se haya dormido? ¡Me parece que no! ¿Verdad, caballero? ¿Verdad, señora?

Los dos viajeros se reían y no contestaban.

—¡Es que todos los hombres abusan!—exclamó Teresa.

—¡Eso sí que es verdad!—repuso la señora.

—¡Poco á poco!—dijo Anastasio.

—¡Según y conforme!—añadió el viajero.

—¡Señores!—exclamó Anastasio poniéndose de pie y echándose hacia atrás el sombrero.—

Todo es discutible en el mundo. Esta señora que viene conmigo es una señora muy guapa y muy amable, como pueden ustedes comprender fácilmente. A mí me gustó; sí, señores, me gustó mucho; me hizo lo que llamamos los inteligentes *tilín*. Pues bien; entretenido con su amena conversación, me olvidé de que el tren iba á marcharse. Cuando menos lo esperábamos, el tren empezó á hacer *¡puf! ¡puf! ¡puf! ¡puf*! y nos dejó con un palmo de narices. ¡Incidente grave, obstáculo inesperado, contratiempo terrible! Hubo necesidad de aguardar al tren de la noche; pero hé aquí que cuando el tren de la noche llega, y logramos alcanzarlo y meternos en él, Morfeo, ese pícaro de Morfeo á quien ustedes deben de conocer personalmente, se apodera de esta señora... ¡Ah, señores! Faltan conceptos con que expresar la angustia de que es presa mi corazón al considerar cuánto daño he causado á un ángel; porque esta señora es un ángel; y usted, viajera, que me escucha, también es otro ángel; y usted, caballero, también es un angelito.

Una carcajada general interrumpió á nuestro héroe.

Hasta la misma Teresa, no pudiéndose contener, soltó el trapo; y el mismo Anastasio se reía ya como un descosido.

En una palabra, lo que empezó con exabruptos acabó con bulla y escándalo de risa.

—¡Nada! ¡Es inútil!—dijo Teresa.—Con este hombre no se puede una incomodar.

—¡Qué buen humor! ¡Qué gracioso!—decía el caballero.

—¡Qué ocurrente! ¡qué ocurrente!—decía la señora.

—¿Y van ustedes á Madrid?

—¡Por fuerza!—exclamó Teresa.

—Así me sucede á mí,—dijo la señora.

Y dirigiéndose al caballero:

—¿Verdad, don Felipe?

—¿Se llama usted don Felipe? — preguntó Anastasio.—¡Hombre, bien! Es una gran idea. ¿Con que don Felipe?

—¿Le choca á usted?

—¡Y lo envidio, don Felipe! ¡Qué felicidad! ¿Y desde cuándo se llama usted don Felipe!

—¡Toma! Desde que nací.

—¡Dichoso usted que nació!

—¡Pero, hombre! ¿Usted no nació?

—No, señor, no; á mí me nacieron.

La conversación se fué haciendo cada vez más animada y divertida.

Los viajeros habían simpatizado con Anastasio.

Don Felipe gozaba oyéndole.

Se reía de tan buena gana, que Teresa, la otra señora y Anastasio mismo, se reían de verle reir á él.

—Don Felipe, tiene usted cara de rico.

—¿Cree usted...

—Sí, señor, tiene usted cara de millonario.

—No estoy muy mal, pero no es tanto lo que...

—Mire usted su señora como se ríe.

—Esta señora no es mi esposa, caballero.

—Soy viuda, caballero,—dijo la aludida.

—¿Viuda?

—Sí, viuda.

—Y además parienta de don Felipe, ¿verdad? ¡Vamos, si este don Felipe es el hijo de la dicha!

—No, señor, no soy parienta de este caballero, sino que me han recomendado á él...

—Eso es,—dijo el viajero.

—¡Ah, ya! ¿Y van ustedes por mucho tiempo á Madrid?

—Yo pienso quedarme allí para siempre,—repuso don Felipe.

—¡Bien hecho! A pasarlo bien y divertirse, ¿verdad? Don Felipe, sabe usted más que Lepe.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Yo estaré poco tiempo,—dijo la viuda,—porque tengo que volver á Sevilla, que es mi país.

—¿Es usted sevillana?

—Sí.

—¡Hombre!

Y Anastasio se acercó á la viuda.

—¡Sevillana,—exclamó,—y viuda y joven y guapa! Señora, haga usted el favor de mirarme un poco á la cara.

—¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡jí!—hacía don Felipe, riendo de tal modo, que tenía que apretarse el vientre con las manos.—¡Jí! ¡jí! ¡Qué hombre tan gracioso!

La viuda se reía también de muy buena gana.

—¡Vaya unos dientes bonitos que me está usted enseñando, señora!—decía Anastasio.—¡No cese usted de reirse, por Dios!

—¡Gracias!

—¡Sevillana, joven, viuda, guapa! ¡Pues es una friolera! ¿Y cómo se llama usted?

—Socorro.

—¿Sí? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!—empezó á gritar Anastasio.

Y se empezaron á asomar los víajeros á las ventanillas de los vagones.

—Pero ¿qué está usted haciendo?—dijo la viuda.

—¡Pedir Socorro! ¡Necesito Socorro!

—¡Ja! ¡ja!

—¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡Qué salero tiene este hombre!—gritaba don Felipe.

Y se caía boca abajo en el asiento.

—Vamos, no sea usted bromista,—decía la viuda.

—¡Déjelo usted!—contestaba don Felipe.

—¡Sí, déjeme usted!—repetía Anastasio.

Y continuó la conversación y las bromitas!

Teresa... el autor tiene que decirlo todo; Teresa estaba rabiando.

Pero no por hallarse lejos de su pueblo, no.

Por otra cosa... que comprenderá el lector fácilmente.

A Anastasio empezaba á gustarle la viuda.

No le digo á usted más.

Llegó el tren á Madrid.

Llegó ese supremo momento en que los empleados piden los billetes, las puertas de la estación se abren de par en par, los carabineros mandan abrir los baúles, las familias se agolpan á las puertas de entrada y los mozos de los ómnibus gritan y vociferan, ofreciendo coche.

—Mire usted,—dijo don Felipe dando una palmada en el hombro á Anastasio,—yo sé de una casa muy buena que *no es casa de huéspedes*, y donde podrán ustedes estar muy bien.

—Yo voy también allí,—añadió la viuda.

—Pues nosotros también,—repuso Anastasio.

Y dirigiéndose á Teresa.

—¿Eh?

Teresa se encogió de hombros.

Diez minutos después, un coche de cuatro asientos conducía á los cuatro viajeros á la calle de la Reina, núm. 40.

XII

Lo que es el corazón y las cosas del mundo

Pues señor, ya tenemos á Teresita en Madrid.

¿Quién se lo había de haber dicho á ella?

¡A ella, que volvía tranquilamente de los baños de Alhama para comenzar su *vegetación* en Morata!

En Morata, un pueblecillo tranquilo y sosegado, donde el marido de Teresa era una persona principalísima y gozaba de consideración y aprecio.

El autor no la censura ni la elogia; la deja entregada al buen criterio de los lectores de ambos sexos.

El autor seguirá la historia, y nada más.

La casa donde habían ido á parar los cuatro viajeros, era una de tantas como anuncia *La Correspondencia* con esta incomprensible nota:

NO ES CASA DE HUÉSPEDES.

Y ni lo entiendo ni me sospecho que lo pueda entender algún día.

La casa recibe huéspedes, alimenta (digámoslo así) huéspedes, y sin embargo, no es de huéspedes.

—¿Qué significa eso?

Una vez estuve á punto de comprender lo que significaba un anuncio de estos á que me refiero.

Subí á un cuarto anunciado de este modo, y en efecto, no era casa de huéspedes.

Era de *huéspedas*.

No haré ofensa al cuarto donde fueron á parar Teresa y compañeros mártires, suponiéndolo del género de aquél que me dió chasco.

Al contrario, puedo asegurar que era un cuarto bastante decente, donde anidaban una porción de señoras y caballeros.

Nuestros viajeros llegaron rendidos.

A Teresa le dieron un cuarto que daba á la calle.

A Anastasio, el cuarto de al lado.

A don Felipe, uno cuya ventana daba enfrente del cuarto de Teresa.

Y á la viuda, el de al lado de don Felipe.

Es decir, y para que el lector me entienda mejor: la casa tenía un patio, y los cuartos de nuestros cuatro personajes tenían ventanas á este patio, dispuestas de modo que á un lado había dos y enfrente otras dos; el patio era pequeño, y desde las ventanas de los cuartos sólo se disfrutaba la poco halagüeña vista de un caballo, que solía limpiar, cantando, un asistente,

y un pozo de donde sacaban agua los criados de la casa.

Así que nuestros viajeros llegaron, la patrona, que era una señora de buen ver y conversación larga, les fué colocando y haciéndoles preguntas.

Teresa estaba muy callada y como aturdida.

Pidió recado de escribir y comenzó una carta.

Anastasio se lavó y se peinó y se vistió de limpio en un momento, y acercándose á la puerta del cuarto de Teresa, le dijo:

—Querida amiga, dispénseme usted; vuelvo en seguida, voy á saludar á un amigo y á cobrar una letra. Inmediatamente estoy á las órdenes de usted.

—No me hace usted falta para nada, caballero.

—¡Ay, Jesús, Jesús, Jesús, y cuánto enojo!

—Mientras yo esté en Madrid y en esta casa, que confío en que no llegue á veinticuatro horas, me hará usted el favor de no molestarme más con su presencia.

Anastasio hizo un ligero saludo y se retiró, diciendo:

—Hasta luego.

Teresa dijo para sí:

—¡Y se va!

Para que ustedes vean lo que son las cosas. Ya sentía que se fuera.

La viuda se acababa de poner un traje dife-

rente del que habia llevado en el viaje, y estaba viendo desde la alcoba de su cuarto á Teresa, que se había sentado y se disponía á escribir.

Don Felipe se había acostado y ya roncaba.

—Esa mujer...—pensaba la viuda sin quitar ojo á Teresa,—esa mujer es guapa.

Teresa no miraba á la viuda ni al cuarto de ésta, pero también pensaba:

—Esa viuda es muy guapa.

Y tan preocupada estaba, que en lugar de escribir «*Querido esposo*», empezó la carta así:

«*Guapa, 15 de Junio. Querida viuda...*»

Rompió el papel, impaciente.

Estaba nerviosa.

—¡Válgame Dios!—exclamó.—¡Qué disparates estoy haciendo desde ayer tarde!

La viuda murmuraba:

—¿A quién le estará escribiendo? Esa mujer es una cosa rara. Cuidado que venirse desde Morata á Madrid con un desconocido!...

Teresa escribía muy despacio.

Estaba dirigiendo una carta á su marido. ¿Qué le iba á decir?

La verdad es que no supo qué decirle y dejó la carta empezada.

Tiró de la campanilla.

Vino la patrona.

—¿Qué se ofrece, señora? ¿El almuerzo? ¿Agua para lavarse?

—No señora, no. ¿A qué hora sale el tren de Zaragoza?

—¡Qué! ¿se va usted á marchar?

—Sí.

—¡Pero, señora!...

Y empezó á sospechar la patrona.

—Sí, me quiero marchar esta misma noche.

—Como su esposo de usted me ha dicho que venían ustedes por una temporada...

—¿Mi... esposo?

—Sí señora.

—Pues se ha equivocado. En fin, déjeme usted; ya llamaré.

—Como usted quiera, señorita.

Y Teresa se quedó diciendo:

—¡Vamos! ¿A que ha dicho aquí también que soy su mujer?

—¿Cómo vamos, vecina?—preguntó en aquel momento la viuda, asomándose á la ventana del patio.

—¡Adiós, señora!—Contestó Teresa.—Parece que nos han colocado cerca.

—Sí, parece que nos vamos á hacer el amor, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—¿Ha descansado usted?

—No señora, ni es posible; yo no puedo descansar mientras no esté en mi pueblo de vuelta.

—¿Qué prisa tiene usted?

—Estoy impacientísima.

—¡Qué pícaro sueño! Si no se hubiera usted dormido...

—¡Calle usted, señora, si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie!

—Y *él* parece un buen muchacho.

—Sí...

—Sobre todo, muy gracioso.

—Demasiado.

—¿Demasiado?

—Es decir... no lo digo por nada malo.

—Se comprende.

—Pero me ha comprometido.

—Eso sí.

—Yo podía estar ya en el seno de mi familia.

—¿Es usted casada?

Teresa tosió.

Y no estaba constipada; pero la tos le daba tiempo para pensar la contestación.

—Soy casada,—dijo por fin.

—¡Ah!

Esta exclamación de la viuda fué muy significativa.

Parecía una reconvención.

Teresa lo comprendió y quiso disculparse.

—¡Ya ve usted!—dijo.

Y la viuda repuso sonriendo:

—La cosa es algo grave.

—Por eso digo que me ha comprometido.

—¡Qué demonio de muchacho!

—Es un loco; dice flores á todo el mundo.

—¡Bah! Eso no es falta.

—¿Cree usted?...

—¡Claro!

—Pero no se fija en ninguna mujer.

—Es que á veces el que menos se fija, cae más pronto.

—Pero él no tiene fundamento.

—Puede ser que no haya encontrado su tipo.

—Puede ser.

—Los hombres recelan siempre.

—¡Desde luego!

—Pero si la mujer los sabe entender...

—¡Es verdad!

—Por eso digo...

—¿Qué?

—Nada.

—Creí entender...

—Abur, señora.

—Que usted descanse.

Y Teresa se retiró á su cuarto, murmurando:

—¿Se habrá enamorado de él?

Y la viuda se retiró de la ventana, diciendo:

—¡Qué mujer! ¡Olvidarse de que es casada y venirse á Madrid con un hombre!

Teresa cayó de bruces sobre una cama.

Estaba llorando.

—¿Por qué lloraría?

XIII

Los huéspedes

La patrona de la casa iba y venía por un lado y por otro, dando órdenes á los criados para que tuvieran las cosas arregladitas; porque á la patrona, que con perdón de ustedes, se llamaba Zoa, le gustaban las cosas muy arregladitas.

—Vamos, vamos,—decía dirigiéndose á la cocinera,—que no se pase el *punto* del arroz; y esas patatas que estén bien doraditas, bien doraditas. ¡A ver, rellenar bien esos calabacines!

—¡Hombre! ¿hay calabacines? ¡Me alegro!—dijo un caballero asomándose á la puerta de la cocina.

—¡Hola, don Andrés! Sí señor, hoy tiene usted calabacines rellenos; porque yo no me olvido de que le gustan á usted.

—Gracias, gracias. ¿Y cómo andamos de novedades, doña Zoa? ¿No han venido hoy mujeres?

—Sí, señor; hoy tiene usted dos huéspedas nuevas, muy reguapas.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡Eso me gusta! póngamelas usted cerquita en la mesa. ¿Y quiénes son, quiénes son?

—Yo no sé, han venido con dos caballeros.

—Eso ya no me gusta.

—¡Doña Zoa, que me entren agua!—gritó otro huésped desde el pasillo.

—¡Allá van, don Manolito, allá van en seguida!

Don Manolito se acercó á la cocina.

—¿Hablaban Vds. de mujeres *nuevas?*—dijo.

—¡Jesús! ¡Qué demonios de hombres!—exclamó doña Zoa.—¡Siempre están pensando en lo mismo!

Don Andrés era un caballerote alto, seco, de ojos muy vivos; llevaba toda la barba y usaba tirantes; andaba por la casa en mangas de camisa, tenía treinta y ocho años y aseguraba que tenía veintiocho; siempre estaba acechando por los agujeros de las cerraduras, sobre todo en los cuartos donde había señoras.

Don Manolito era un estudiante de quinto año, muy travieso y muy guapo; se divertía en hacer rabiar á doña Zoa, dando de cuando en cuando una vuelta por la cocina y comiéndose los postres antes de que pudieran sacarlos á la mesa; retozaba con las criadas y tenía aburrida á la vecindad con sus cantos y sus tarareos; en los ratos que le dejaba vacante el estudio, tocaba la flauta.

—Ya pronto van ustedes á comer,—dijo doña Zoa.

—Me alegro, solamente por conocer á la gente nueva,—contestó Manolito.

Don Andrés añadió:

—¡Y yo!

En aquel momento dijeron desde otro cuarto:

—¡Gracias á Dios que ha cesado usted de tocar la flauta!

—Ese es el oso,—repuso Manolito.

Y yéndose de puntillas hasta la puerta del cuarto de donde había salido la voz, puso la boca en la cerradura, y con toda la fuerza de sus pulmones hizo:

—¡¡¡Pum!!!

Y echó á correr de puntillas.

Se abrió la puerta, y apareció un señor en calzoncillos con un bastón en la mano.

—Por Dios, señor de Cortés,—dijo doña Zoa, —no le haga usted caso, que como es tan bromista...

—¡Le voy á romper el alma!—gritó el señor de Cortés, que tenía la cara torcida y vizcaba del ojo izquierdo.—Se ha propuesto divertirse conmigo, y créame usted, señora: ¡yo mato á ese hombre!

—Cálmese usted,—dijo don Andrés.—Son bromas de muchachos.

—¡Pues le mato!

—¡Ca, hombre!

—¿Que no? ¡Y á usted también, si se empeña en contradecirme!

—No, no, si no le contradigo á usted.

—Como dice usted que no le mataré...

—Hombre, yo creo...

—¿Que no? ¿Qué se apuesta usted á que le mato?

—¡Bueno, hombre, bueno!

El señor de Cortés, cerró la puerta de golpe.

—¡Pues no se ha puesto poco furioso!—dijo don Andrés.

—¡Oh!—exclamó la patrona.—¡Tiene mucho genio el señor de Cortés! Ayer por la mañana vino uno á cobrarle una cuenta, y le cogió por el cuello y le metió de cabeza en la jofaina.

En tal punto estaba la conversación, cuando llegó Teresa con una carta en la mano.

—¿Hay quién lleve esta carta al correo?—preguntó.

Antes de que doña Zoa contestara, don Andrés se puso por delante, diciendo:

—¡Pero señor! ¿Es posible? ¿Usted en Madrid, señora mía? ¡Qué sorpresa tan grata!

—¡Cañizares!—gritó Teresa.

Y se le cayó la carta de las manos.

Don Andrés no lo notó, porque no cesaba de mirar á Teresa cara á cara.

Por último dijo:

—Pero dígame usted: ¿qué es esto? ¿Cuándo ha llegado usted?

—Venga usted á mi cuarto.

—¡Ya lo creo! Hasta luego, doñaZoa. Vamos allá, Teresita, y cuénteme usted, porque yo estoy asombrado.

Doña Zoa se fué detrás.

—¡Vaya! ¿Conque se conocían ustedes? Vea usted por dónde... ¡Vamos, si suceden unas casualidades en el mundo...

—Déjenos usted,—dijo Teresa.

Doña Zoa se retiró.

—¿Y don Anastasio?—preguntó el huésped.

—Por allá queda; siéntese usted.

—No, perdone usted, me voy á poner una levita, porque estoy en mangas de camisa y no me parece...

—No importa, no importa; tenemos que hablar mucho y el tiempo urge.

—Pero, señora...

Nada, nada, siéntese usted.

—Como usted quiera.

Teresa cerró la puerta, y en menos de diez minutos le contó á don Andrés todo lo que estaba sucediendo.

Don Andrés era muy amigo del marido de Teresa.

Por de pronto no hizo muy buena acogida á la relación que ésta le hizo.

Él pensaba, y no iba muy descaminado, que si la mujer de su amigo se había atrevido á venir (como quien no dice nada)hasta Madrid, con

un caballero particular, habría sido porque le diera la gana.

Y como don Andrés era un camastrón muy aficionado á la caza mayor, empezó á hacer castillos en el aire.

—Bien. ¿Y qué desea usted, mi buena amiga?—dijo.

—Volver en seguida á mi pueblo.

—Me parece muy bien.

—Pero en seguida, Andrés, en seguida.

—Mire usted, señora, á mí no me parece bien que vaya usted sola.

—¿Y qué?

—Que voy yo á acompañarla á usted.

—¿De veras? Pero eso va á ser una molestia muy grande.

—No hay tal molestia. Yo estoy en Madrid de temporada, porque mis negocios van despacio: por un día que me ausente no me perjudico en nada. Salimos esta noche, llegamos al amacer á Morata, y yo le digo á su esposo de usted: «Querido Botín, ahí tienes á tu mujer, que no te ha faltado ni es capaz de faltarte; y solamente por un descuido ha podido sucederle este retraso.»

Teresa, muy animada, dijo:

—Crea Vd. que me haría un favor muy grande.

—Pues manos á la obra; son las cinco y media; dentro de media hora sale el tren. Voy á vestirme para el viaje y hasta luego.

Esto diciendo, don Andrés salió del cuarto.

Al pasar por el de Manolito, tocó con los dedos en la puerta.

—¿Qué ocurre?—dijo el estudiante en voz baja y asomándose.

—¡Que me voy de viaje con una de las mujeres que han venido.

—¿Eh?

—Sí, señor; he sido más listo que usted y ya tengo mi aventurilla.

Y se marchó sin decir más.

—¡Canastos!—se quedó diciendo el estudiante.—¡Pues á listo no has de ganarme!

Y salió y fué á buscar á doña Zoa.

—Oiga usted, doña Zoa...

—¡Ah, condenado! Váyase usted de aquí, que va á salir el señor de Cortés y le va á dar á usted una paliza.

—¡Quiá!

—¡Que está furioso!

—Bueno, que beba agua. Diga usted, ¿con qué mujer se marcha don Andrés?

—¿Qué está usted diciendo, hombre?

—Él dice que se va de viaje con una de las que han venido hoy.

—¿Es posible? Don Manolito, ¿se quiere usted divertir conmigo?

—¿Usted no sabe nada?

—Nada.

—¿Nada?

—¡Nada, hombre, nada!

—¡Pues hasta luego!

Doña Zoa se quedó hecha una estátua.

—¿Qué caramba sucede aquí, que todos andan como locos?

Y se puso á mirar al suelo.

La carta que había dejado caer Teresa estaba allí todavía.

Doña Zoa la cogió.

¡Qué curiosas son las patronas! Son más curiosas que las mujeres.

Rompió el sobre y leyó la carta.

Parece mentira tanto descaro ¿verdad?

La carta no decía más que esto:

«Querido esposo mío: Comprendo que estarás en brasas, y te escribo para que no pases cuidado.

»Ayer al entrar en el vagón, me dormí, y cuando desperté me encontré ya muy lejos de nuestro pueblo. No tuve, pues, más remedio que llegar hasta Madrid, de donde saldré hoy mismo para volver á tu lado y pedirte perdón por mi torpeza.

»Adiós, querido esposo mío; mañana te abrazará tu

Teresa.»

Doña Zoa se quedó más confundida que antes de leer la carta.

—¿Pues no dice ese caballero que ha venido con ella, que es su esposo?—pensó.

Estando pensando en esto, oyó que sonaba la campanilla de uno de los cuartos más próximos á la cocina.

Doña Zoa fué á ver quién llamaba.

Era don Felipe.

Don Felipe, que acababa de despertarse, y pedía agua con azúcar.

—¡En seguida!—dijo la patrona.

—Diga usted...

—¿Qué se ofrece?

—Esas señoras ¿duermen?

—No sé decir á usted. ¿Voy á verlo?

—No; pero si acaso las ve usted, pregúnteles de mi parte si han descansado.

—Yo creo que no, caballero.

—¡Pues cómo!

—Una de ellas ha estado escribiendo.

—¿Cuál?

—La... esposa del otro caballero.

—¿De Anastasio? ¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¿Y qué hace Anastasio? ¿Está ahí?

—No, señor, ha salido esta mañana, y aún no ha vuelto.

—¡Jí! ¡jí! ¡jí!

Don Felipe se reía solamente con acordarse de Anastasio.

—Su señora está hablando con un caballe-

ro...—dijo la patrona, con la intención de un toro portugués.

Cuando don Felipe oyó aquello de *su señora,* pensó.

—¡Vamos, ese demonio de hombre la ha hecho pasar por su mujer!

Y empezó á reirse con toda su alma.

—¡Qué alegre se pone usted de que la señora hable con un caballero!—dijo doña Zoa.

—No, no, si no es eso.

—Como se ríe usted tanto...

—Me río porque... porque Anastasio me hace mucha gracia. ¡Jí! ¡jí! ¡jí!

En aquel momento pasó la viuda por el pasillo.

Don Felipe saltó de la cama gritando:

—¿Cómo vamos, señora?

La viuda no se cortó de ver á don Felipe en calzoncillos.

Cuestión de práctica.

Se detuvo en su camino, y contestó:

—Muy bien. ¿Y usted?

—Perfectamente. ¿Y nuestros compañeros de viaje?

—¡Psth! *Ella* está hablando ahí con *uno.*

¿Comprende el lector todo lo que la viuda quería decir?

—¿Y usted ha descansado?—dijo don Felipe.

—Poca cosa; he estado pensando...

—¿En qué?

—Ya le diré á usted...

La patrona se retiró.

Don Felipe y la viuda comenzaron á hablar en voz baja.

—Don Felipe,—dijo ella,—cuando nuestro común amigo Pérez me recomendó á usted en la estación de Zaragoza, me prometió usted servirme en cuanto se me ofreciera.

—¡Pues ya lo creo!

—Bien; yo no conozco á nadie en Madrid; por consiguiente, necesito molestar á usted.

—Usted no me molesta. ¡Todo lo contrario!

—Gracias. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar al cuarto de esa doña Teresa y enterarse de una cosa?

—¿De qué?

—De...

Y la viuda se detuvo.

Don Felipe la miraba muy fijamente.

—De... de si efectivamente está casada con Anastasio.

—¿Pues no sabe usted positivamente que no?

—Es verdad. Quiero decir... de si está enamorada de Anastasio.

—Señora, ¿qué encargo me hace usted?

—¿Le parece á usted mal? Bueno, bueno; no he dicho nada.

Don Felipe se las echaba de muy fino.

Aunque el encargo le parecía un poco grave, más grave le parecía no cumplirlo.

—No se incomode usted,—dijo;—yo iré...

—No, no; si le es á usted violento...

—No... es decir... voy...

Y don Felipe empezó á aturdirse.

Y como estaba aturdido, fué y se plantó en calzoncillos en el cuarto de Teresa.

—¿Se puede?—dijo cuando estaba ya en medio del cuarto.

Teresa, que estaba de espaldas á la puerta, dió un grito asustada.

—¿Qué es esto?—dijo.

—Señora, usted me ha de dispensar...

—Pero ¿qué manera es ésta...

—Yo le diré á usted...

—¿Quiere usted irse de aquí, caballero?

—Señora, no grite usted, que van á figurarse...

Y don Felipe entornó la puerta.

—Caballero ¿qué es lo que usted intenta?

—Que me haga usted el favor de responderme...

—Pero ¿á qué?

—¿Usted está enamorada de Anastasio?

—¡Váyase usted de aquí, imprudente!

—Señora, es un encargo.

—¿Cómo un encargo?

—Sí, un encargo que me han hecho.

—¿Quién?

—La viudita.

—¿Esto más? !Salga usted!

Don Felipe salió.

Doña Zoa, que estaba en la puerta de la cocina, dió un respingo al verle.

—¡Jesús!—exclamó.—Antes entró uno en mangas de camisa; ahora sale otro en calzoncillos. ¿Adónde vamos á parar?

Teresa, entre tanto, se disponía á pasar al cuarto de la viuda.

La viuda había oído la conversación entre don Felipe y Teresa, y se había vuelto á su cuarto murmurando:

—¡Este don Felipe es estúpido!

Don Manolito volvía en aquel instante á la cocina.

—Doña Zoa,—dijo,—¿ha averiguado usted ya con quién se va don Andrés?

No, señor, pero me lo figuro.

—¿A ver?

—Debe ser con la señora que habita aquel cuarto (y señaló con el dedo al de Teresa). ¡Y qué señora don Manolito! Primero entró en su cuarto don Andrés en mangas de camisa...

—¡Canastos! Eso es grave.

—Después ha entrado don Felipe, que es otro huésped nuevo, en calzoncillos.

—¡Agua va! Pues ahora voy yo.

—Don Manolito, ¿qué va usted á hacer?

—Déjeme usted.

—¡Cuidado!

—Déjeme usted.

—¡Que no quiero!

—¡Caramba!

Y el estudiante se desasió de doña Zoa y se dirigió á la puerta del cuarto de Teresa.

En tal instante salía ella, de muy mala cara.

El estudiante no se paraba en barras.

Tenía fama de atrevido, y merecida.

—Señora,—dijo,—usted dispense, pero tengo que dar á usted un recado...

—¿Eh?—preguntó Teresa, mirándole de arriba abajo.

—Sí, es un encargo que me han dado para usted esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, señora. ¿No es usted la señora que ha llegado esta mañana á Madrid?

—En efecto; pase usted.

Manolito entró en el cuarto y cerró la puerta por dentro.

—¡Santa Virgen de la Paloma!—gritó doña Zoa.—¡Esto no se puede ver! ¡Esto es horroroso!

Y se fué corriendo á buscar á don Andrés, que estaba haciendo el baúl á toda prisa.

—¡Don Andrés,—le dijo,—tiene usted unas amigas atroces!

—¿Cómo?

—¡Que tiene usted unas amigas... muy inconvenientes!

—Pero ¿á qué viene eso?

—¿A qué? Vaya usted al cuarto de doña Teresa, y verá usted.

—Pues ¿qué pasa?

—Después de usted entró don Felipe, casi en paños menores; después ha entrado don Manolito como Pedro por su casa.

—¡Cáscaras!—gritó don Andrés.

—Sí señor, allí está.

—¿Ahora?

—Ahora, ahora.

Don Andrés se fué corriendo al cuarto de Teresa.

—Sin más explicación abrió la puerta de par en par, y encontró á Manolito departiendo amigablemente con la esposa de Botín.

—Señora,—dijo don Andrés, que era bastante grosero,—no cuente usted conmigo para nada; y en cuanto á su marido de usted, yo le escribiré lo que hace al caso.

—Caballero, ¿qué quiere decir eso?

—¡Nada, no digo más!

—¡No sea usted grosero con una señora!—dijo Manolito.

—¿Y á usted quién le da vela en este entierro?

—¿Me insulta usted?

—¿Qué cuarto es éste, donde entran Felipes en calzoncillos?

Don Felipe tenía la ventana abierta y oyó el exabrupto.

—¡Oiga usted, señor mío,—dijo,—yo he entrado porque me lo ha indicado una señora!

Y vino al cuarto de Teresa echando fuego por los ojos.

—¡Salgan ustedes todos!—gritó Teresa.

—Yo necesito enterarme de lo que aquí sucede,—dijo don Andrés.

—¿Con qué derecho?—exclamó Teresa.

—¡Eso es! ¿Con qué derecho?—vociferó Manolito.

—¡Con el de la amistad!

—¿Y usted quién es?—exclamó don Felipe.

—¡Una persona decente!

—¡Lo dudo!

—¡Le voy á matar!

—¡Salgan ustedes de mi cuarto!

—¡Orden!

—¡Esto es un escándalo!—gritó doña Zoa.

—¡Cállese usted!

—¡Que le doy á usted un silletazo!

En tal punto se abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés, y saliendo éste con un garrote, cuyas dimensiones no me atrevo á decir á ustedes, la emprendió con todos de tan buena gana, y empezó á dar garrotazos á diestro y siniestro con tal furia, que doña Zoa vino á caer atravesada delante de la puerta; don Felipe, al querer huir, tropezó con ella y dió con las narices en el suelo; Manolito se escudó poniendo por delante á don Andrés; éste recibió un palo en un ojo, que

se le quedó colgando; Teresa empezó á gritar y á pedir *socorro*, y al oir la viuda la palabra, creyó que la llamaban, y vino, y quiso calmar al señor de Cortés, quien dándole un empujón que la hizo caer patas arriba, se volvió á su cuarto y se encerró con llave, gritando como un energúmeno:

—¡He de acabar por matarlos á todos, desde la patrona hasta el perro! ¡Y los mato! ¡Lo que es como me empeñe, los mato!!

XIV

¿Y el señor de Botín?

Mientras se restablece el orden en la casa de huéspedes que no es de huéspedes, bueno será que retrocedamos algunas leguas.

Quiere el autor hacer esto, porque teme que sus lectores le pregunten:

—¿Y el marido? ¿Y el señor de Botín? ¿Qué es de ese apreciable sujeto?

¡Ah, señores! No tengo palabras con que explicar á ustedes todas las angustias de que era presa el corazón de aquel hombre inocente é inofensivo.

Hay seres que nacen con desgracia.

Sin ir más lejos, ahí tienen ustedes al señor de Botín, honrado y pacífico ciudadano que ha sido juez de primera instancia y mayordomo de dos cofradías, y que adora en su mujer y que no sale nunca de su paso; ahí lo tienen ustedes, víctima de un acontecimiento imprevisto, como si dijéramos.

Lo que le había dicho el cura le tenía fuera de sí.

Y estaba en medio del camino, con los brazos en jarra y el sombrero tirado hacia atrás, y hablando solo.

—¿Dónde habrá ido esa infame?—decía,—¿Qué motivos tiene para jugarme esta mala partida? ¿La he tratado yo mal? ¿La he disgustado por algo? ¿La he dado algún mal rato? Hace año y medio que me casé con ella, á gusto suyo y de sus padres.... ¿Qué malos tratamientos ha recibido de mí para portarse de ese modo? ¡Vamos, si es cosa de cogerla por el cuello y darla de cabezadas! ¿Y dónde estará? ¿Qué camino habrá tomado? ¿Dónde la busco yo? ¿Habrá ido á Madrid? Pero ¿á qué? ¿Quién es ese hombre que va con ella? A ese hombre es al que quiero yo coger por mi cuenta. Pero ¿cómo voy á lograr dar con ellos, cómo? ¡Esto es horrible, horrible, horrible, muy horrible, mucho, mucho, muchooooo!...

Y daba patadas en el suelo, y se le caía el sombrero hacia atrás, y le temblaba la barba.

Pensando y dando paseos á lo largo del camino, le sorprendió la luz del día; aquella misma luz que sorprendío á Teresa y á su compañero de viaje cuando soñaban en el rincón del coche.

La estación se divisaba á unos cincuenta pasos, blanca como una paloma.

—Acaso allí.. —pensó don Anastasio.

Y se dirigió á la estación.

El jefe dormía.

Los mozos cantaban, limpiando unos trastos de hierro, con unos trapos impregnados de aceite.

—Buenos días,—dijo don Anastasio.

—Buenos días,—le contestaron.

—¿Quién es el empleado que despacha los billetes?

—Está durmiendo,—respondió un mozo.

—¿Tardará mucho en despertar?

El mozo miró el reloj que había en la pared.

—No puede tardar mucho,—dijo,—porque dentro de una hora viene un tren de viajeros.

—Esperaré,—dijo don Anastasio.

Y comenzó á pasearse por el andén.

En la media hora escasa que tardó en despertarse el billetero, pensó don Anastasio tantas cosas que ya le dolía la cabeza.

Por fin el empleado apareció en una puerta con los ojos muy irritados, arrugado el uniforme y la gorra abollada, dando á entender á cualquiera que había dormido vestido.

Don Anastasio se acercó á él.

—Usted me ha de perdonar,—le dijo,—pero... pero quisiera que me hiciera usted un favor.

—Usted dirá.

—Pues yo deseaba saber si anoche tomaron billetes aquí un caballero y una señora.

—Anoche... anoche...

Y el empleado se puso á pensar.

—Creo que sí,—dijo.

—¿Y para dónde?

—Para dónde... para dónde...

Y volvió á pensar el empleado.

—Deje usted, deje usted que me acuerde. Anoche precisamente no tomaron billetes más que cuatro personas.

—Un caballero y una señora...

—Sí, me parece que si... para Zaragoza.

—¿Para Zaragoza?

—Ó para Madrid, no estoy seguro.

—¡Caramba! Pues los puntos no pueden ser más opuestos.

—Yo sé que anoche vendí nada más que cuatro billetes, dos á un caballero y una señora, y otros dos á otro caballero y otra señora. Una de las parejas marchó en un tren, y otra en otro... En fin, ó para Madrid ó para Zaragoza; bajo ese pie puede usted caminar.

Y el empleado se metió en la estación bostezando, y don Anastasio se quedó en el andén con la boca abierta.

Se dirigió á uno de los mozos.

—Diga usted, ¿á qué hora pasa el tren de Madrid

—A las nueve.

—¿Y el de Zaragoza?

—A las once.

—Gracias.

Y ahí tienen ustedes á don Anastasio sin saber á qué atenerse.

Sin saber si ir á Madrid ó á Zaragoza.

Sin saber si ir á Zaragoza ó á Madrid.

Continuemos

XV

Se va arreglando el asunto.

Cuando el señor de Cortés se metió en su cuarto, la casa quedó algunos minutos en silencio.

El que más y el que menos de nuestros apaleados personajes procuró escurrirse bonitamente, por lo que pudiera suceder.

Don Andrés se empezó á poner paños de árnica en el ojo, que le tenía que daba lástima verlo.

Don Felipe, encerrado con llave en su cuarto, se disponía á arreglar su equipaje para buscar en seguida otra casa que fuera de huéspedes, y donde al menos, ya que no le trataran bien, no le dieran de garrotazos.

Manolito, que tuvo la fortuna de salir ileso, se volvió á su cuarto y se puso á tocar la flauta.

En cuanto á las mujeres, Teresa lloraba más desconsolada que nunca, la viuda hacía gestos á solas, pensando para sus adentros que *aquella mujer* tenía la culpa de todo lo que estaba pa-

sando; y doña Zoa, colorada como un tomate y casi en estado de congestión, aviaba muy de prisa la cocina, murmurando:

—¡Esto es un escándalo! ¡En mi vida he tenido yo en mi casa gentuza como ella! ¡Y no la quiero tener más, no señor! ¡Prefiero tener el cuarto desocupado, á ocuparlo con pájaras parecidas!

En éstas y las otras se vino la noche encima.

El reloj dió una campanada.

Lo raro del caso era, que siendo la costumbre de la casa comer á las siete, y siendo ya las ocho y media, nadie pedía la comida.

Doña Zoa, aunque estaba furiosa, conservó un resto de sentimientos humanitarios, y fué preguntando de cuarto en cuarto si los señores querían comer.

¡Cosa notable! Todos querían comer en su cuarto.

Nadie quiso salir al comedor.

Solamente el señor de Cortés, más serio que una pared maestra y retorciéndose el bigote, salió á la mesa redonda y pidió la comida con voz tranquila y grave.

Doña Zoa le sirvió primero que á nadie.

Doña Zoa, en casos tales, servía ella misma la comida á sus huéspedes.

Al entrar con un plato de sopa en el cuarto de don Andrés, le preguntó éste, poniéndose la mano en el ojo:

—¿Qué hace doña Teresa?

—No sé,—respondió la patrona.—La he preguntado si quería comer y ha dicho que no. Está sola y á obscuras en su cuarto. Parece que llora.

Don Andrés tenía el codo izquierdo apoyado en la mesa, y la correspondiente mano en el ojo.

Doña Zoa entró la sopa á la viuda.

—¿Ha visto usted?—dijo ésta.—¿Ha visto usted qué mujer?

—¡Ya, ya!—contestó la patrona.—Asustada estoy, señora; porque yo, que gracias á Dios no estoy acostumbrada á estas cosas...

Y fué á llevar el cocido á don Felipe.

El señor de Cortés comía y callaba sin levantar la vista del plato.

Era guapote el señor de Cortés.

Sus penetrantes ojos, su color moreno y sus bigotes retorcidos, le daban cierto aire de coronel ó cosa por el estilo, á pesar de su ojo extraviado y de su cara mirando como quien tuerce á la mano.

Doña Zoa, viéndole sin resoplar, que era el síntoma grave de la irritabilidad de aquel caballero, se atrevió á preguntarle:

—Y la señora... ¿no come hoy?

El señor de Cortés no contestó una palabra.

Doña Zoa fué á llevarle la sopa á Manolito.

—Diga usted,—le preguntó éste,—¿qué es eso de si la señora no come?

—La señora del señor de Cortés.

—Pero... ¿ese hombre tiene señora?

—¡Y muy guapa que es!

—¡Pues no sabíamos nada!

—¡Si no sale jamás del cuarto! Un mes hace que está en mi casa y todavía no ha pisado la calle.

—¡Vaya! ¡vaya! ¡vaya!—exclamó el estudiante.—Pues me alegro de saberlo, *por si pega.*

Fueron acabando de comer todos los huéspedes y quedó la casa en silencio.

El pasillo estaba á obscuras.

Solamente allá, en el cuarto de Teresa, se divisaba una raya de luz por debajo de la puerta.

Pasó una hora.

Se oyó abrir la puerta de la habitación y volverse á cerrar.

—Apuesto cualquier cosa—murmuró la patrona—á que este demonio de don Manolito se ha marchado, dejándose, como siempre, la vela encendida.

Y fué al cuarto del estudiante.

El estudiante estaba acostado, vestido y fumando un cigarro.

—¿Pues quién se ha ido?—murmuró la patrona.

Al pasar por el cuarto de Teresa pensó:

—Y esta señora...¿no come?

Abrió la puerta y preguntó:

—¿No va usted á comer?

Teresa no respondió.

Doña Zoa pasó á la alcoba.

—¿No va usted á comer?—preguntó de nuevo.

Idéntico silencio.

Teresa no estaba allí.

Teresa había desaparecido.

XVI

¡Ahora es ella!

Excuso decir á mis lectores cómo se quedaría doña Zoa al ver que Teresa no estaba en su cuarto.

Se le ocurrió lo que se le hubiera ocurrido á cualquiera. Que cuando sonó la puerta fué porque Teresa había salido de casa.

Teresa no había traído más equipaje que un saco de noche.

Como su equipaje iba facturado para Morata, y ella no pudo sospechar que se vería obligada á ir hasta Madrid, no pudo, al llegar á la casa de huéspedes, ni siquiera mudarse de traje.

Pero la patrona recordaba que Teresa había traído un saco de noche en la mano.

Y buscó el saco por el cuarto y no le encontró.

No le cupo ya ninguna duda de que Teresa se había ido para no volver.

Como las mujeres no pueden hacer comenta-

rios solas, doña Zoa necesitaba hablar con alguien de lo que sucedía.

Por eso, sin duda, se coló de rondón en el cuarto de la viuda y le contó lo que acababa de ver, ó de no ver, mejor dicho.

—¿Se ha marchado?—preguntó la viuda.

—Tal parece.

—¿Y adónde?

—¡Vaya usted á averiguar!

—Pero... ¿y su... marido?

—¿Su... marido?—preguntó doña Zoa marcando mucho la palabra.

—Sí.

—¡Qué se yo! Allá se las arreglen. Por mi parte, no pierdo nada, ni siquiera ha hecho gasto de dos reales la buena señora...

—¿Conque se ha ido?

—¡Y me alegro! ¡Crea usted que me alegro con toda mi alma! ¡Vaya á dar escándalos al cuerno!

La viuda se quedó sonriendo.

Doña Zoa se fué á la cocina.

Al poco rato, la viudita abrió la ventana y miró al cuarto que había ocupado Teresa.

No sé qué idea le daría, pero ello es que salió de su cuarto, y andando de puntillas se fué al de enfrente.

¿Querria ver si Teresa se había dejado algo? El autor no lo sabe.

Lo único que sabe el autor es que estando So-

corro en el cuarto de su presunta rival, sonó la campanilla de la puerta.

Fué á abrir doña Zoa, y vió que era Anastasio el que llegaba.

Ya está ahí Anastasio, lector. ¿Te hacía falta?

Todo el dia lo había pasado fuera el bueno de Anastasio.

Pero hay que hacerle justicia; no se había olvidado de Teresita.

Y en prueba de ello, que lo primero que hizo al entrar fué preguntar á la patrona, con su *sans façón* de siempre:

—¿Y mi señora?

Doña Zoa no se quiso meter en explicaciones.

—No sé si está ahí...—dijo.

Y se volvió á su rincón.

Anastasio entraba diciendo:

—¡Caramba! ¿No hay luz en esta casa? ¡Qué economía!

Y á tientas casi, llegó á la puerta del cuarto de su compañera de viaje.

—Está usted á obscuras, Teresita?—preguntó.

Se oyó una cosa parecida á un suspiro.

—Perdóneme usted, si he tardado tanto,—dijo Anastasio, — pero he tenido mucho que hacer.

La viuda, con esa voz con que hablamos en la iglesia y que no puede dar idea de nuestra voz natural, empezó á hablar, diciendo:

—¡Chist! Más bajito.

Anastasio empezó á hablar también como si estuviera en la iglesia.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Que hay ahí una persona que me conoce, y no quiero que me oiga ni me vea; y por eso he apagado la luz.

(¿Sería lista la viuda?)

—¡Ah, ya!—dijo Anastasio.—¿Y quién es? ¿Se puede saber?

—Un don Andrés Cañizares, íntimo amigo de mi esposo.

Como se ve, la viuda, que había oído por la tarde desde su cuarto la conversación entre don Andrés y Teresa, sacaba ahora partido en provecho propio.

—¡Cáscaras!—murmuró Anastasio, siempre en voz muy bajita.

—¡Ay!—dijo suspirando la viuda—¡Cuánto me hace usted sufrir!

—Señora, yo...

—Si usted supiera lo que ha pasado aquí esta tarde...

—¿Qué?

La viuda empezó á contar todo el escándalo promovido.

—¿Y qué ha hecho usted?—preguntó Anastasio.

—Hacerles salir á todos, y quedarme aquí encerrada.

—¿Ha comido usted?

—No.

—¡Qué horror! Voy á mandar que en seguida...

—¡Quieto! Si no quiero...

—Pero ¿se va usted á acostar sin comer?

—¿Acostarme? Caballero, ¿usted ignora que me marcho?

—¿Adónde?

—A mi pueblo.

—¿Sola?

—Sola.

—Teresa, ya no sé qué decirle á usted; pero, créalo usted ó no, si usted se marcha, yo me voy detrás.

Si hubiese habido luz en aquel momento, ¡qué pálido se hubiera visto el rostro de la viuda!

—Me marcho dentro de dos horas,—dijo.—Quédese usted en Madrid, y no piense más en mí. ¿Acaso no tiene usted en quién pensar?

—¿Yo?

—¿Cree usted que no he advertido con qué afán y diligencia procuraba usted hacerse simpático á nuestra compañera de viaje?

—¡Ah! La viuda ..—murmuró Anastasio.

Y se quedó callado.

Algunos segundos después, dijo:

—Señora, efectivamente ha sido una locura lo que hemos hecho, ó mejor dicho, lo que he hecho yo. La he puesto á usted en evidencia, la he comprometido á los ojos de su esposo y... He

sido un botarate. Perdóneme usted todo, y ojalá que al volver á los brazos de su marido, encuentre en ellos la paz que á mí me falta.

La viuda respiró con fuerza.

—No la ama,—pensó.

Y dirigiéndose á él.

—¿Es decir,—murmuró,—que nada he inspirado á usted? Que...

—Ea señora,—dijo Anastasio en voz muy alta,—¿en qué quedamos? ¿La quiero á usted ó no la quiero? ¿Se vuelve usted á su pueblo ó se queda conmigo?

—¡Chiiist!—hizo la viuda tapándole la boca.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés y una sombra se deslizó por el pasillo, en dirección al cuarto donde estaban nuestros dos interlocutores.

—Pero, señora,—decía Anastasio en voz medio baja, medio alta,—¡si yo no la comprendo á usted! La detengo en el camino, se marcha el tren, nos quedamos solos en medio del campo, le hago á usted una declaración, y usted me dice: «Acepto». Confiado yo, la llevo á usted á casa de mi amigo el cura, y una vez allí, comienza usted á recriminarme y á hablarme de su esposo... Salimos otra vez, entramos de nuevo en el vagón, y tan pronto celebra usted mis bromas, como me insulta delante de todo el mundo. Esta mañana, al llegar á esta casa, le ofrezco á usted mis servicios, y usted los rehu-

sa, y me envía enhoramala. Paso todo el día fuera, vuelvo, voy á hablarla á usted, y parece que siente usted marcharse y que deplora mi indiferencia. ¿Qué es esto? ¿Cómo no he de asombrarme y de decirle por segunda vez: »En qué quedamos? ¿La quiero á usted ó no la quiero? ¿Vuelve usted al lado de su marido, ó se queda usted conmigo?»

La viuda no sabía qué responder.

Se había colocado en una posición falsísima.

Si hablaba fingiéndose Teresa, tenía que tronar con Anastasio, y dar por acabada la conversación.

Y ella quería hablar, hablar mucho.

Si se descubría, era pasar á los ojos de Anastasio por una mujer sin pudor.

—¿Qué haré?—pensaba.

Y entre tanto, la sombra que se había deslizado por el pasillo estaba en la puerta del cuarto, un poco inclinada y con oído atento.

Doña Zoa roncaba en la cocina.

Don Andrés se estaba poniendo paños de árnica en el ojo.

Don Felipe salía en aquel momento de su cuarto.

Al pasar junto á la puerta del que ocupaban la viuda y Anastasio, oyó ó casi adivinó la voz de éste.

Le entraron unas ganas de reir á don Fe-

lipe, que tuvo que sacar el pañuelo y taparse la boca.

Y se detuvo.

No quería él salir de casa sin pasar antes un buen rato oyendo lo que Anastasio dijera.

A todo esto, Manolito, harto de fumar y de estar tendido, quiso salir á distraerse un poco haciendo rabiar á doña Zoa, pero al entrar por el pasillo, le pareció oír un leve ruido y se detuvo.

Comprendió que había gente por allí y se quedó parado para oír lo que sucediera.

—¿Qué pasa?—le dijeron al oído en voz muy baja.

Era don Andrés, que salía á buscar agua para sus paños y tropezó con él.

—¡Chiiist!...—hizo el estudiante—¡Cállese usted! Aquí pasa algo, pero yo no sé lo que es. Debe de ser cosa en que anden mujeres.

—¿Por qué?

—Porque he oído crujir un vestido de seda.

—¡Pues quietos aquí!—murmuró don Andrés, siempre con su mano en el ojo.

Y en esto se empezó á oír de nuevo la voz de Anastasio

Todos los curiosos se inclinaron y se pusieron la mano, hueca, en el oído.

Es decir, que en la obscuridad del pasillo había nada menos que cuatro personas, y la viuda cinco escuchando lo que iba á decir el joven alevoso.

XVII

Cosa inesperada.

—Señora,—dijo Anastasio,—concluyamos de una vez. Durante todo el viaje he estado alegre, decidor y bromista, pero las cosas han variado por completo.

—¿Pues qué ha ocurrido?—preguntó la viuda, siempre en voz muy bajita, muy bajita.

—Muchas y muy graves cosas para mí.

—¿Pueden saberse?

—¿Por qué no? Así como así, las ha de saber pronto todo el mundo... Pero antes de decírselas á usted, antes de hablar de mí, es necesario que hablemos de usted misma. Yo la he obligado á usted, ó poco menos, á seguirme hasta la corte. ¿Qué efecto he causado yo en usted? ¿Qué es lo que usted siente por mí, señora? Necesito saberlo; crea usted que necesito saberlo.

La viuda... (el autor sabe de buena tinta que la viuda estaba, como vulgarmente se dice, con

el agua al cuello) hubiera dado seis meses de su vida en aquel momento por poderse marchar á doscientas leguas.

Sudaba la gota gorda.

Pero ya no había remedio. Era preciso seguir la broma, si broma podía llamarse aquello.

Anastasio estaba impaciente.

—Pero ¿qué es esto?—dijo,—¿Se ha vuelto usted muda?

Y añadió:

—Voy á encender un fósforo.

La viuda se abalanzó á él.

En la obscuridad, y sin saber á punto fijo dónde estaba su interlocutor, quiso cogerle por la mano, pero se equivocó y le cogió por las narices.

—¿Me va usted á sacar los ojos?—dijo Anastasio.

Don Felipe estaba reventando de risa.

Se apretaba el vientre con una mano y la boca con la otra.

—¡Por Dios!—murmuró Socorro.—¡No me comprometa usted!

Y arriesgando el todo por el todo, se salió del cuarto, procurando que Anastasio no la oyera.

Pero al salir la adivinó Manolito en la obscuridad.

Con la mayor suavidad del mundo la cogió de la mano y le dijo:

¡Chiiist!

La viuda lanzó uno entre quejido y grito, pero grito ahogado.

—¿Quién es?—preguntó.

—¡Silencio! — le dijo el estudiante. — Siga usted.

Y la viuda, porque no la oyera Anastasio, calló y siguió al estudiante, que empezó á andar por la obscuridad del pasillo.

A todo esto don Felipe, que oyó ruido alrededor de sí, extendió los brazos para que no le dieran un trastazo, y la viuda, que iba, como se ha dicho, siguiendo al estudiante, sintió que don Felipe la tocaba en un hombro.

Don Felipe debió conocerla, porque dijo en voz baja:

—¡Socorro!

Y ella entonces murmuró:

—Véngase usted detrás, que no sé dónde me llevan.

Y cogió á don Felipe por la manga.

Y así los tres, uno detrás de otro, cogiditos de la mano, se fueron perdiendo en la obscuridad, andando de puntillas.

Anastasio, cuando se sintió cogido por la naríz, había preguntado:

—¿Me va usted á sacar los ojos?

Y don Andrés, al oír esto, se echó la mano al ojo que le quedaba sano, por lo que pudiera suceder.

Anastasio, también por lo que pudiera suceder, echó la mano adelante para atrapar á la viuda por donde mejor pudiera.

Y ahora tengo que decir al lector, que á pesar de que la viuda acababa de salir del cuarto, Anastasio pescó una mano suave, una mano de mujer, y de mujer que olía á gloria.

Esto del olor no lo debió notar nuestro personaje, que estaba por demás preocupado.

—¡Mire usted, señora,— exclamó, —por las once mil vírgenes le suplico que acabemos! Si usted quiere volver á su país, yo la llevo inmediatamente, pero ha de ser inmediatamente, porque no quiero tampoco permanecer un instante más en la corte. Iremos á su pueblo de usted, entraremos en su casa, y yo seré el primero que me expondré á las iras de su marido de usted. Le explicaré lo ocurrido, y si se conforma, bien, y si no se conforma, mejor. ¡Ojalá me haga pedazos! De todos modos, estoy en una situación que no puede prolongarse. No crea usted que me he enamorado de la viuda esa, no. No crea usted que todas estas palabras mías son declamaciones para interesarla á usted más, suponiendo que usted se haya interesado por mí; tampoco es eso.

Un silencio sepulcral fué la respuesta de las palabras de Anastasio.

Éste continuó:

—Voy á ser con usted todo lo franco que pu-

diera ser con un amigo de la infancia, con un pariente, con un hermano. Sufro atrozmente; en dos ó tres horas he cambiado de genio por completo; el tiempo que he estado hoy fuera de casa ha sido más que suficiente para transformarme.

¿Se acuerda usted de mis bromas de ayer, de mis chistes, de mis ocurrencias, de mis burlas á todo el mundo? Pues ya no hay nada de eso, nada, absolutamente nada. Aquéllos eran momentos de expansión que yo he estado buscando durante mucho tiempo, engañándome á mí mismo y engañando á los demás. ¡Ah, señora! Yo soy un desgraciado, ó mejor dicho, yo soy un miserable.

Calló un momento.

Se oyó un suspiro.

—¿Suspira usted?—dijo Anastasio.—Eso me anima á contárselo todo; sea del género que quiera el interés que mi relación le inspire, yo lo agradezco y lo agradeceré eternamente. Oígame usted, y juzgue de mi estado.

Ayer, cuando usted me preguntó si era soltero, le dije que sí.

Mentí, señora. Yo soy casado.

Soy casado,—continuó Anastasio,—y casado con una mujer hechicera, con una mujer cariñosa y buena, con una mujer que debió unirse á quien no la hubiera hecho tan desgraciada como yo la he hecho. Yo soy voluble, lo he sido siempre; la inconstancia me domina, me hace infeliz

pero infeliz como no es posible que lo sea nadie en el mundo. Hace mucho tiempo que he abandonado á mi esposa, y ella...

Aquí Anastasio se detuvo, porque... estaba llorando.

—Ella,—siguió el joven,—ella no imitó mi conducta. La he faltado... y ha sufrido en silencio devorando su pena.

Esta tarde cruzaba yo la Carrera de San Jerónimo; un amigo, á quien no veía hace algunos años, me sale al encuentro y me saluda con efusión.

Después de las cariñosas frases naturales en tales casos, me pregunta por mi esposa.

Sin saber qué responderle, intento variar de conversación, pero él insiste diciéndome:

—No te empeñes en ocultarme lo que pasa; lo sé todo... ¡y más!

—¿Y *más?*—pregunto yo.

—Sí,—me responde;—puede que sepa más que tú.

—¡Habla!—exclamo yo impaciente.

Y mi amigo me cuenta toda una historia de lágrimas.

—Tu esposa—me dice—quedó sola cuando tú saliste de tu pueblo.

—Sí, sola con dos criados.

—Tú te marchaste á poco de haberos separado.

—Sí.

—Fuiste tan malo (y perdóname que te recrimine), que te olvidaste hasta de los más imprescindibles deberes. Tu mujer estaba pobre; tú no te acordaste de que necesitaría algo para vivir. La dejaste, pues, á merced de la Providencia. Faltándole todo, pudiera haber prescindido de todo respeto social y lanzarse en una senda viciosa, pero tu esposa no se olvidó de respeto ni deber alguno. Hubiera muerto de hambre, pero hubiera muerto honrada. Por fortuna, encontró quien la tomase bajo su custodia.

—¿Y quién fué?—pregunté yo entonces, interesado en el relato.

—Don Rafael,—me contestó mi amigo.

Don Rafael es un antiguo amigo de mi casa; un hombre con cuya amistad se honraba mi padre, y cuyos buenos sentimientos son generalmente conocidos.

Cuando me casé fué padrino de mi boda; conocía desde niña á mi esposa y la estimaba en lo que valía.

Figúrese usted qué efecto me harían las palabras de mi amigo.

—¿Don Rafael?—le dije.

—Sí, don Rafael.

—Y entonces...

—Don Rafael ha velado por tu esposa, la ha recogido; la ha amparado... En cuanto á ella, no ha hecho más que llorar desde que tú la has dejado. Su vida es un tormento incesante; ni sale,

ni se distrae, ni es feliz con nada... ¡Pobre Luisa!

Las palabras de mi amigo me han hecho una impresión tal, que en vano podría explicar á usted lo que pasa en mi corazón.

Yo había creido hasta hoy que mi esposa me había sido infiel, que había imitado mi conducta, que... ¡Dios sabe cuánto la he calumniado!

¡Y cuando pienso que acaso ayer mismo, cuando yo reía y cantaba, y la llevaba á usted de brazo por el campo, mi pobre mujer estaría pensando en mí; cuando recuerdo que mientras he pasado noches en vela entre vino y mujeres, ella pensaría en mi cariño perdido... ¡Ah, Teresa, amiga mía! ¡Perdóneme usted este desahogo, pero yo no puedo más, me está ahogando la pena!...

Nada contestó la figura invisible á las palabras de Anastasio.

Sin embargo, éste sintió que la mano que apretaba entre las suyas, temblaba convulsivamente... luego sintió que le arrastraba hacia sí, y oyó el ruido de un cuerpo que caía sobre un mueble.

—¡Teresa!—dijo Anastasio.

Solo obtuvo sollozos por respuesta.

—¿Qué es esto?—exclamó Anastasio.—¿Qué misterio hay aquí?

Y no quiso esperar más.

Sacó un fósforo, lo encendió, y vió una mujer desmayada; una mujer, que no era Teresa; una

mujer encantadora, pálida como la muerte; una mujer á quien él reconoció, y que le hizo prorrumpir en este apasionado grito:

—¡Luisa! ¡Luisa de mi alma!

Era su mujer.

Era la sombra que había salido del cuarto del señor de Cortés y se había deslizado á lo largo del pasillo.

Porque ha de saber el lector que el señor de Cortés era el don Rafael de quien había hablado Anastasio.

Don Rafael Cortés, que había llevado á Luisa á Madrid hacía un mes, diciendo que era su señora á las personas que no la conocían.

Luisa había oido desde su cuarto la voz de Anastasio cuando éste entró preguntando: «¿Y mi señora?»

Y una feliz casualidad había reunido á los dos esposos.

¡Cosas del mundo, lector, cosas del mundo! Donde menos se piensa, salta la liebre.

XVIII

Otro escándalo.

—Luisa, Luisa mía,—decía Anastasio, enjugando las lágrimas de su mujer, que acababa de volver en sí.

—Ni una palabra, ni una sola de disculpa,—dijo ésta;—te lo perdono todo.

—¡Oh! Eres demasiado buena. ¡Puedo jurarte fidelidad eterna!—murmuraba Anastasio.

Y el lector no se asustará si le digo que le dió diez ó doce besos.

Me parece que entre marido y mujer no tiene nada de particular.

A todo esto comenzaron á oirse unos gritos tan penetrantes y destemplados por el pasillo, ó acaso más lejos, que Luisa y Anastasio no pudieron menos de percibirlos.

Se oía chillar, pedir favor, sonaban bofetadas ytiros; en fin, aquello debía ser cosa grave.

¡Ya lo creo que lo era!

Verá usted lo que había sucedido.

El estudiante, la viuda y don Felipe se habían ido, como sabe el lector, cogiditos de la mano como tres niños zangolotinos.

Manolito, que era el mismo demonio, había ideado un plan que no podía menos de dar resultados prontos y positivos.

Si él hubiera ido solo con la viuda, ya habría sabido lo que tenía que hacer, y el lector puede figurárselo fácilmente tratándose de un estudiante tuno y de una viuda guapa.

Pero Manolito había oído que la viuda se traía á alguien detrás, y él dijo para su coleto:

—¿Sí? Te traes un escudero por si acaso, ¿eh? Pues os voy á divertir á los dos.

Y fué y con mucha suavidad abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés y metió dentro á don Felipe y á su amiga.

En seguida volvió pasos atrás, y buscando á tientas á don Andrés, le dijo:

—Amigo, no dirá usted que no le protejo. Allá en el cuarto de Cortés, que está desocupado, tiene usted una señora solita, y la puerta abierta.

Y don Andrés, que era muy aficionado á estas cosas y pensó que cuando Manolito se había acercado al cuarto de Cortés sería porque éste no estaría en casa, echó á andar de puntillas siempre con la mano en el ojo, y se coló de rondón en el cuarto.

En seguida Manolito le dió dos vueltas á la llave, que estaba por fuera, y se volvió á su aposento, riéndose con una satisfacción que daba gusto verle.

El señor de Cortés, á quien con el berrinche que tuvo por la tarde se le había indigestado la comida, estaba acostado y dormía en aquel momento.

Pero como las tres personas que entraron en el cuarto, aunque no hablaban, hacían ruido; y don Felipe tropezó con un lavamanos y lo volcó, haciendo el estrépito consiguiente, se despertó el caballero de la cara torcida, creyó que serían las dos ó las tres de la mañana y habrían entrado ladrones en el cuarto, y por vía de exordio, lo primero que hizo fué alargar la mano á la mesa de noche, coger el revólver y disparar un tiro á quemarropa, que le abrasó á don Andrés el ojo sano.

La viuda comenzó á gritar, don Felipe á dar alaridos, don Andrés chillaba, puestas ya las dos manos una en cada ojo, y el señor de Cortés, echaba sapos y culebras por la boca, fué disparando las ocho balas que el revólver tenía.

No hay para qué decir el escándalo que esto produjo.

—¡Ese es don Rafael!—dijo Luisa.

—¡Vamos allá!—gritó Anastasio.

Y los dos se dirigieron á la puerta del cuarto,

donde ya estaba doña Zoa, dando voces y gritando: «¡Ladrones!»

Y el ruido crecía, y dominándolo todo, se oían las estrepitosas carcajadas de Manolito, que solo en su cuarto, estaba boca abajo en la cama y con dolor de tripas de tanto reirse.

—¡Alto!—gritó Anastasio.—¡Alto, don Rafael! ¡Reconózcame usted! ¡Soy yo, Anastasio!

—¡Abra usted!—gritaba Luisa.—¡Que está aquí mi marido y nos hemos reconciliado!

—¡Que venga un inspector,—gritaba doña Zoa,—y que se los lleve á todos á la cárcel!

Por fin Anastasio, con dos ó tres patadas, hizo saltar la cerradura y se abrió la puerta, y á favor del velón que doña Zoa tenía en la mano, se vió á don Andrés chorreando sangre por los ojos y pegado á un rincón; á don Felipe abrazado á la viuda y con un chirlo en la cara, y la señor de Cortés en camisa, con la peluca por careta y un paraguas cerrado en la mano, repartiendo leña en todas direcciones.

Abrirse la puerta y echar á correr como demonios don Andrés, don Felipe y la viuda, fué cosa que ni hecha al vapor.

Y el señor de Cortés, olvidándose de todo, hasta de su traje, y fijándose solamente en que Luisa había encontrado á su marido, abrazaba á éste con toda la fuerza que Dios le dió, que no era poca, exclamando:

—¡Venga usted acá, so libertino, so pícaro!

¡Ya era hora de que volviera usted á la buena senda!

Doña Zoa, con su velón en la mano, y más sofocada que nunca, decía:

—¡Es menester que se vayan ustedes de mi casa!

Y fué al cuarto de la viuda, que por cierto estaba llenando de insultos á don Felipe, cuya cara parecía una carnicería, y les apostrofaba á los dos diciendo:

—¡Ahora mismo se van ustedes de mi casa!

Y luego fué al cuarto de don Andrés, que estaba ya completamente ciego, y le gritaba:

—¡Largo de mi casa!

Y en aquel momento salió Manolito de su cuarto, y con la mayor extrañeza preguntó á la patrona:

—Pero, señora, ¿qué casa es ésta? ¿Qué escándalo es éste? ¿Se puede saber lo que ha ocurrido?

La buena de doña Zoa se lo contó todo, y el pícaro del estudiante se santiguaba muy asustado.

XIX

Preparación para el epílogo.

A los dos días de suceder lo que queda dicho, los periódicos de Madrid publicaron una noticia originalísima; una noticia que le viene al autor como de molde para referir á sus lectores el desenlace de esta verídica historia.

El lector estará deseando saber qué fué de Teresa, ¿no es cierto?

Salió de la casa de huéspedes que no era de huéspedes... ¿y adónde fué?

¿Adónde había de ir sino á la estación del ferrocarril?

Pero estaba de Dios, sin duda, que los compromisos de aquella señora de mis pecados no acabaran nunca.

Como no había estado nunca en Madrid, no sabía por dónde iba.

Como iba tan preocupada y tan aburrida, anduvo, anduvo, anduvo, y llegó hasta la plaza de Isabel II.

¡Digo! ¡Desde la calle de la Reina!

Al llegar allí, se acordó de que cuando entró en la corte don Felipe dió las señas al cochero y no hubo necesidad de más explicación.

Teresa vió una fila de coches de alquiler en la plaza de Isabel II.

Se acercó á uno, y dijo al cochero:

—¡Al ferrocarril!

Era la hora de la salida de los trenes del Norte, y el cochero, sin enterarse de más, fué y la zampó en la estación del Norte.

Teresa pidió en el despacho un billete para Morata.

El empleado se echó á reir.

Teresa preguntó por qué era la risa, y entonces el empleado tuvo que decirle que Morata estaba en otra línea, y que la estación del Mediodía estaba al otro extremo de Madrid.

Teresa se desmayó. ¡Lo de siempre!

Cuando volvió en sí se encontró...

¿Dónde dirán ustedes que se encontró?

Aquí copio la noticia que publicaron los periódicos.

«Un suceso, entre grave y cómico, ha tenido lugar en Zaragoza.

»Parece ser que una señora que se había desmayado en la estación del ferrocarril del Norte, en Madrid fué recogida por un caballero, que la metió en uno de los vagones.

»Al poco rato y cuando la señora volvió en sí,

se puso furiosa, diciendo al caballero que ella no pensaba viajar por aquella línea; á lo que el caballero contestó, que habiéndola encontrado desmayada en la estación en traje de viaje y á la hora precisa de salir el tren, creyó que si no la metía en el vagón se iba á quedar en tierra.

»La cosa no paró ahí, sino que el caballero, echándola de galante, se empeñó en acompañar á la señora adonde fuera, y tuvo que dar un rodeo bastante regular, supuesto que la señora debía ir á Morata, que como saben nuestros lectores, es un pueblecito de la línea de Zaragoza.

»Pero no es esto lo más grave, sino que al detenerse en Zaragoza los dos viajeros, muy obsequioso él y muy desesperada ella, llegó el tren de Madrid, y de uno de los vagones bajó un caballero, que en cuanto vió á la señora y á su acompañante, emprendió á garrotazos con los dos, dejándolos tan mal parados, que ella quedó toda estropeada y él con la cabeza rota, renegando de haber dejado sus negocios y haber dado un rodeo mayúsculo por ser galante con el sexo bello.

»Parece que el agresor era el marido de la señora.

»Los tribunales entienden en el asunto.»

EPÍLOGO

¿Sabes, lectora bella, lo que los tribunales entendieron en el asunto?

Pues entendieron que don Anastasio y Teresa firmaron el divorcio.

Hace ya dos años que están divorciados.

Y todo ¿por qué?

Por aquella pícara aceituna que tomó Teresita de manos de Anastasio en el primer capítulo del libro.

Por aquella taza de café tan largo de tomar.

Por aquellas bromitas y aquel poco juicio.

¿Servirá de ejemplo, lectora?

Yo me alegraría mucho.

Réstame decirte que Anastasio y Luisa tienen un niño muy guapo, y que don Rafael cuenta á todo el mundo el fausto suceso.

Que don Felipe se ha hecho muy amigo de

este matrimonio, y en cuanto entra por la puerta, ya se está riendo.

Que la viuda aquella sueña todas las noches con Anastasio, en su cortijo de Sevilla.

Que Manolito sigue tan travieso, y doña Zoa tan servicial y tan guapa.

Don Andrés es el que se ha quedado tuerto de un ojo y bizco del otro.

¿No es verdad que siempre lo paga el que menos culpa tiene?

FIN

DEL AMOR...

Y OTROS EXCESOS

DEDICATORIA

A diez y siete mujeres.

Vosotras tendréis la culpa de todo lo malo que haya en este libro, así como de lo bueno.

Vosotras me habéis hecho observar una porción de cosas, que sin vuestra picardía proverbial no hubieran sido conocidas por mí.

Os he querido más ó menos, mucho tiempo ó poco, según y conforme. Me habéis dado los disgustos á docenas y las desazones á millares. Me habéis hecho sufrir horriblemente con vuestros caprichos y vuestra mala ortografía. Tengo en este momento veintitres años, un mes, y veintidos días, y catorce horas y siete minutos, y tengo arrugas en la cara y se me va cayendo el pelo. Os doy un millón de gracias por todo, y en prueba de gratitud que os guardo, y que no os pienso devolver, os dedico estas páginas para vuestro conocimiento y efectos consiguientes.

23 de Julio de 1867.



LA PRIMERA OCURRENCIA

Suponiendo que yo quiera hacer un libro, y que necesito un objeto capital que sea la base de mi libro, ¿no debe llevar un prólogo el libro?

Vamos á ver ante todo qué asunto puedo elegir.

El amor, no me parece del todo malo.

¿Verdad que vale la pena de emborronar doscientas ó trescientas cuartillas?

Y son pocas á fe. Pero ¡qué diablos! la dificultad de las cosas consiste en decidirse á empezarlas.

Figurémonos que en un tomo no dijera todo lo que pienso.

Haría otro.

Y otro después.

Y otro en seguida.

Precisamente esto es muy fácil. Sólo se necesitan tres cosas: pluma, tinta y papel.

¿Ustedes creerían que para hacer un libro se necesitaba algo más que eso?

Pues no hay tal cosa. El talento, la imaginación, el estilo, hasta la ortografía, son cosas de

que hoy no hace caso ningún autor ávido de fama.

Hay una receta infalible para hacer libros, como la hay para hacer croquetas.

Dice así:

«Tomarás media docenita de autores franceces, ó ingleses, ó alemanes, que hayan tratado la materia de que tú quieres ocuparte; copiarás de ellos lo que mejor te parezca, procurando hacerlo de modo que el lector no te entienda bien para que le parezca mejor; añadirás de tu cosecha cuatro frasecillas que huelan á moralidad á media legua, aunque tú seas un solemne tunante; cogerás de cuando en cuando una palabra que te guste y le darás vueltas y más vueltas sacando de ella equívocos, chistes, *calembours* y demás cosas al uso; citarás á cada paso una sentencia de Moisés, otra de Cervantes, otra de Fenelón, otra de Blondín y otra del Chiclanero; dirás cuatro verdades, de esas que todo el mundo sabe de memoria; y con esto y decir á un amigo de buenas tragaderas que te escriba un prólogo altisonante, *es probado.*»

Ya saben ustedes el *sistema.*

Yo debo seguirlo, so pena de ser traidor á las costumbres de mi época.

Voy, pues, á buscar un amigo que escriba el prólogo de mi libro.

SEIS MIL DOSCIENTOS AMIGOS

Vamos á ver: ¿tendré yo un amigo?

Creo que sí; conozco en Madrid unas seis mil personas, digo, á lo menos lo parecen, y si hay alguna que no lo es, no estoy obligado á averiguarlo.

De estas seis mil personas, casi la mitad son mujeres.

Estas no sirven para hacer un prólogo, y voy á probarlo.

Mil y quinientas no saben escribir.

Cien, no se comprometen á escribir á nadie; hacen bien.

Otras cien, han escrito demasiado, y están cansadas.

Otras cien, no saben lo que es amor, y disparatarían al ocuparse del asunto.

Otras cien, lo saben de buena tinta, y dirían cosas que no conviene que sean publicadas.

Quedan todavía otras cien.

Estas son todas escritoras, pero veinticinco

escriben muy mal, otras veinticinco escriben peor, y otras veinticinco no saben lo que se dicen.

Restan aún veinticinco escritoras con faldas, pero estoy seguro de que todo hombre que ve un artículo firmado por una mujer, sufre lo mismo que si viera á un hombre dándole de mamar á una criatura

Está visto que las mujeres no me convienen.

Veamos los hombres.—¡A ellos!

Yo debo tener muchos amigos... entre mis tres mil conocidos... ¿cuántos habrá que me quieran como yo á ellos?

Si busco el prologuista entre mis colegas de ésta que hemos dado en llamar república de las letras, me va á *partir,* como se dice vulgarmente. Hará por lucirse en sus diez páginas, y me destruirá mis trescientas; le obligaré á mentir diciendo que mi libro es precioso, según la costumbre establecida, y para librarse del pecado irá diciendo por ahí cuando yo no le oiga, que el libro es malo, que el prólogo es bueno y que me ha servido por compromiso; porque esto es también lo que se usa.

No señor, nada de literatos; buscaré hombres.

¿Cómo averiguaría yo quién es mi amigo de corazón? ¿Cómo probaría yo la amistad?

Voy á decir que no tengo dinero. Voy á escribir una circular pidiendo á mis amigos... poca cosa; mil reales.

Escribo la circular y tiro de la campanilla.

—A ver, Pedro! Lleve usted esta carta al conde de X, mi querido amigo.

. . . .

Vuelve Pedro y dice que el conde *me verá*. Lo siento, porque esto quiere decir que no hay tu tía, y he perdido el dinero y el amigo.

—¡Pedro! lleve usted esa carta á mi amigo Felipe.

Felipe me probará su amistad. Es un muchacho á quien he dado de almorzar muchas veces, y dinero muchísimas. Le recomendé á un director general y le colocaron no sé adonde con diez mil reales...

Ya vuelve Pedro.—¿Qué ha dicho ese caballero?

—No recibe.

—¿Eh? ¡Qué importancia! ¿Está usted seguro?...

—¿No he de estar seguro, si me lo ha dicho él mismo?

—Basta. Lleve usted la carta á León.

¡León sí que me quiere! Nos conocemos hace seis años, le he cedido dos novias por no reñir con él, y le he hecho una reputación de autor dramático ocupándome de él todos los días en cuatro periódicos.

A los diez minutos vuelve Pedro sudando la gota gorda.

—Señorito, dice don León que no tiene un cuarto.

—¡No puede ser! ¿Pues y el éxito de su último drama *La agonía del portero*?

—No sé, señorito, él dice que no tiene un cuarto.

—Lleve usted la carta al Sr. Midoré.

Midoré es un banquero amigo mío que me ha dicho muchas veces:—Siempre que á usted le falte dinero, acuérdese usted de mí.

Vuelve Pedro, y dice:

—Me ha dicho ese señor que por ahora no puede complacer á usted, porque se le ha muerto una tía...

—¿Es decir que cuando se muere una tía no se pueden prestar dos mil reales? ¡Oh! ¡Quién tuviera mil tías y un permiso para matar mujeres! Ea, Pedro, venga la carta; hemos concluído.

Está visto que si quiero probar á mis amigos, averiguaré que no tengo ninguno.

Vaya el prólogo; quien lo haga ha de decir lo que á mí me convenga... por consiguiente lo mismo puedo hacerlo yo.

Pues qué, ¿*yo* no es el mejor amigo de *mí* mismo? ¿No soy yo el inseparable, el mejor, el más íntimo de mis amigos?

Haré yo mismo el prólogo. La modestia desapareció de España hace ya tiempo.

Seamos francos.

PRÓLOGO

—

Grave, árdua, espinosa y hasta cierto punto difícil tarea es la que emprendemos al ocuparnos de este libro, porque nada hay más difícil, espinoso, árduo y grave que ocuparse de un libro nuevo, tarea que hoy emprendemos.

El amor que según San Agustín nos hace desear, buscar y encontrar, y que según Camprodón es una pasión vehemente, es el asunto capital de esta bella obra. Asunto simpático, interesante y origen de todas las peripecias porque el hombre pasa en este tortuoso y escabroso y penoso y angustioso camino de la vida.

Decía el caballero Peloti, sabio piamontés, profesor de hotentote en varias universidades de España, que el amor es una pasión innata en el corazón del hombre, *(pasione innata nel cuore del uomo)* verdad profundísima para cuyo estudio es necesario largo tiempo; y partiendo nosotros de suposición tan sabia como juiciosa, hemos creido conveniente coadyuvar al éxito de una empresa cuyo objeto principal es encami-

nar á la juventud animosa, á cultivar esa flor cuyo tiesto es el corazón humano, y cuyo aroma embalsama los dilatados espacios en que se mece la fantasía del joven inexperto.

Este libro es lo más á propósito para conocer á la mitad del mundo; á la mujer, á esa ángel con tirabuzones cuyas miradas infunden la fe en el alma del célibe sensible, y cuyas sonrisas son tan caras para el sensible marido, que vienen á salirle á cuarenta reales una con otra.

En este libro hay una propensión encantadora á la burla; y siendo la burla el alimento principal de los inocentes españoles, claro está que este libro es un artículo de primera necesidad, indispensable á las familias.

Nada diremos del autor, cuyas obras conocemos demasiado; deberes de amistad nos incitan á hablar del autor en términos cariñosos, pero deberes de delicadeza nos impiden elogiarle, y solo diremos como de pasada que su libro es muy bueno, lo cual acaso sea mucho decir, pero cosa es ésta muy admitida entre nosotros.

Copiar aquí frases de la obra que el lector va á conocer inmediatamente, fuera prolijo y molesto. Nos limitamos á decir al público: lee, paga... y calla. Que tal es la filosofía de todos los libros que han aparecido en el mundo, y tal es el deseo de todos los filósofos del orbe, desde Platón el divino hasta Arderíus el magnífico.

¿Vale?

DEL AMOR... Y OTROS EXCESOS

EL CATECISMO

—Decidme, niña, ¿sois amante?

—Sí, señor, por obra y gracia de mis pocos años.

—¿Qué cosa es ser amante?

—Es querer mucho á un sujeto que lleva patillas y bigote; que escribe coplas en los periódicos, que tiene los ojos negros y el chaleco blanco, y se llama *hombre*.

—¿Cuántas clases de hombres hay?

—Tres: el pollo, el gallo y el oso.

—¿Son tres hombres?

—No, señor.

—¿Pues qué son?

—Son tres osos distintos y una sola calamidad verdadera.

—¿Tiene otro nombre esa calamidad?

—Sí; también se llama marido.

—¿Cómo es el marido?

—Es un señor infinito, grande, muy amigo de nuestros amigos, é interminable.

—¿Por qué le queréis, pues?

—Porque siempre tapa algo.

—Decidme las obras de misericordia.

—Bienaventurados los hombres, porque ellos hacen lo que les da la gana.

Bienaventuradas las mujeres, porque hacen lo que les da la gana á los hombres

Bienaventurados los que creen de buena fe, porque ellos se tienen la culpa.

Bienaventurados los mansos, porque será que les conviene.

Bienaventurados los tontos, porque abundan.

Bienaventurados los que buscan una mujer, porque ellos se casarán.

Bienaventurados los solteros, porque ellos serán perseguidos.

Bienaventurados los casados, por eso.

Bienaventurados los pobres, porque no conocerán mujer.

—Perfectamente. Ahora concluyamos con las preguntas dificultosas. ¿Cuándo serán juzgadas las mujeres encantadoras?

—El día del juicio de los hombres débiles.

—¿Y cuándo llegará ese día?

—¡Nadie lo sabe!

DEFINICIONES

¿Te figuras, lector piadoso, que voy á imitar á todos los autores?

¿Crees que voy á citar aquí todas las definiciones que han dado todos los sabios del mundo, y de Madrid, para que nos enteráramos de lo que es el amor?

No.

Eso sería seguir el camino trillado. Eso sería llenar la mitad del libro con frases ajenas.

No estoy por tal sistema. Estoy por hacer las cosas mal, pero solo.

Alfonso Karr, ese jardinero ilustrado, ha sembrado su libro de las *Mujeres* de flores inventadas por los hombres.

Severo Catalina ha hecho un libro titulado *La Mujer*, tomando de aquí y de allá pensamientos, sentencias, máximas y cosas á este tenor, que ha ido recordando ó recortando de diferentes libros.

¿Voy á ser yo la segunda edición de Karr, ó de Catalina?

¡Líbreme Dios!

Hay además otra circunstancia que me impide hacer una colección de frases de sabios.

Los sabios son pocos: sus nombres son conocidos hasta el fastidio. En leyendo una máxima en una colección de ellas, puede estar seguro el lector de que al pie encontrará los nombres de *Aristótetes, Platón, Virgilio, Shakespeare, Calderón, Corneille, Lope de Vega, San Agustín, Ninon de Lenclos* y *Madama de Sevigné*, y *Madama de Stael*, y *Madama de Maintenon*, y dos ó tres docenas más de madamas.

Estos nombres han sonado ya mucho en folletos, en folletines, en libros y en todo papel impreso.

¿El lector conoce á los autores? Pues nada le contaré yo, si le cuento lo que los autores me han contado á mí.

¿El lector no los conoce? En tal caso tengo que empezar por enseñarle á pronunciar la mitad de los apellidos. Y si doy con un lector irascible, y le digo que de las letras que tiene *Shakespeare* ha de pronunciar dos, ha de balbucear tres, se ha de comer dos y media, y por último ha de tomar corrida para decir *Séspir* de modo que no lo entienda ningún español, ni ningún inglés (hecha inclusión de los suyos), de seguro me envía noramala.

Por último, yo abrigo la opinión de que muchos hombres célebres no han tenido tiempo para conocer á las mujeres, que son los verdaderos filósofos del amor.

Y por otra parte, no hay gente que diga más tonterías que los sabios, ni hay personas que digan mejores cosas que los tontos.

¿Qué apostamos á que confundo á cualquiera con una frase?

Y el lector puede también confundir á cualquiera con una frase.

Hé aquí el medio.

Llega usted á un circulo de escritores y dice:

—Señores, vengo encantado; he estado repasando las obras de Milton...

—¡Aaaah! dicen en seguida todos.

Usted continúa:

—Verán ustedes qué pensamiento:—El amor es el sol del alma.

—¡Ooooohh! exclaman todos admirados.

Deja usted pasar seis meses, para que la frase se olvide, ó se dirige á otro círculo de gente tan ilustrada como la del círculo primero.

Y esta vez entra usted riéndose á carcajadas.

—Señores, ¡qué rato he pasado! ¿No conocen ustedes á Calaguala, ese poeta extrajudicial?

—Sí, sí, exclaman todos dispuestos á burlarse del poeta silbado.

—Miren ustedes qué especie de máxima nos

ha regalado en su último artículo. El amor es el sol del alma.

Todo el mundo suelta la carcajada.

—¡El poeta Calaguala! dice uno.

—¡Que me sirvan á Calaguala! dice otro.

Y así sucesivamente.

Ahora bien, la frase no es ni de Milton, ni de Calaguala. Pero llevando al pie uno ú otro nombre, ó vale mucho ó no vale nada.

Renuncio, pues, á las ideas de los sabios; me atengo á los seres vulgares; á los que han amado y me han contado sus amores; á los que saben las cosas por experiencia.

Y ahora, no me queda más que hacer sino ir regalando á ustedes mi colección *sui géneris*.

—

El amor es el tambor mayor de todas las pasiones.

—Un teniente de carabineros.—

El amor es una cosa que se siente al principio, pero de la cual no se puede prescindir luego.

—Una señora mayor.—

Para saber lo que es el amor, no hay más que casarse y quedarse cesante á los dos días de la boda.

—Uno que fué empleado.—(1).

---

(1) Ha fallecido.

Los que no aman es porque no sienten amor.

—Un sabio aleman.—

El amor es un artículo de primera necesidad; una bujía que brilla veinte años y al apagarse le deja á uno tan fresco...

—López, fabricante de velas.—

El amor ocupa el corazón como un estudiante una casa de huéspedes; cuando le dan calabazas se marcha sin pagar á la patrona.

—Una joven desengañada.—

El amor es la intersección de la índica refractaria, investida del ridículo recipiente de los cerúleos ígneos.

—De cualquier poetisa moderna.—

El amor es una comida que da mucho dolor de estómago.

—De un recaudador de contribuciones.—

El amor tiene sus más y sus menos: cuando es sin-cero, no vale gran cosa.

—Un profesor de matemáticas.—

El amor es una pasión que no se debía sentir de noche.

—Un sereno.—



NUEVAS DEFINICIONES

I

Las anteriores definiciones pudieran haberme dado alguna luz acerca de la pasión alma del mundo; pero no me habían dejado completamente satisfecho, y deseaba á toda costa completar mis conocimientos en la ciencia amatoria.

¿Qué es el amor? ¿Cuál es la verdadera definición?

Esto decía yo una noche después de haber hablado á una mujer muy hermosa.

Me había entusiasmado aquella mujer.

Sentía dentro de mí algo parecido á lo que deben sufrir los hidrófobos.

¡Qué inquietud! ¡Qué zozobra! ¡Qué hormigueos!

¿Será esto el amor? me preguntaba yo. ¿Qué es el amor? Y vuelta á lo mismo.

Pues señor, dije por fin, no hay más que preguntarlo para saberlo. Todos los hombres se han enamorado alguna vez. Todos sabrán lo que es amor. Vamos á ver qué demonios es eso.

Y me lancé á la calle.

II

Al primer amigo que encuentre... le paro, iba yo pensando.

Y vea usted qué casualidad; á los cinco minutos me encontré á un amigo que se llama Pepe, que es tuerto, y que tiene veintidos millones.

—¡Eh, Pepe!—le grité.

—¡Hola, chico!

—Hazme el favor de decirme una cosa.

—Tú dirás.

—¿Qué es el amor?

Pepe sonrió y me dijo:

—¡Psth! El amor es... gastarse veinte mil duros con una modista ó con una bailarina, empapuzar á la mamá con golosinas y pasar un verano en Biarritz.

—¡Gracias!

Y me marché, dejándole con la boca abierta.

III

—¡Cáspita! iba yo pensando..... gastarse veinte mil duros... pues no debe ser amor lo que yo siento, porque no llevo encima más que tres pesetas.

Me encontré á Eduardo; otro amigo *íntimo.*

Eduardo es poeta; sensible como una señorita, y cariñoso como un perro ratonero.

—¡Hola, Eduardo!

—¿Hola?—me dijo.—Vénte conmigo al Prado.

—No puedo, tengo mucho que hacer.

—Adios, pues.

Espera un momento. ¿Quieres decirme qué es el amor?

—Pero, hombre, ¿á qué viene eso?

—No te importe; ¿me respondes, ó no?

—Sí; es la reunión de dos almas en una; es el ideal, el cielo en la tierra, el suspiro del céfiro, el arroyo que murmura, el sol que se pone...

—¡Ea, que te alivies!

IV

A los pocos pasos me encontré con un tal don Timoteo, algo pariente mío, y algo más feo que pariente.

Permítame usted....

—¡Oh! ¿Es usted, queridísimo?

—Gracias, gracias; vamos al caso. ¿Me quiere usted decir qué es el amor?

—¡Qué pregunta tan original! ¿Está usted malo?

—No señor, estoy muy bueno. ¿Qué es el amor?

—Hombre... el amor es... tener una esposa como mi Baltasara, que sepa cuidarle á uno y á los niños, y sepa remendar un gabán y aderezar

bien las perdices. Eso es el amor y lo demás es un cuento.

—Muchas gracias, que usted se divierta.

V

Me dirigí á un cochero que estaba durmiendo en el pescante.

—¡Eh, cochero!

No respondió.

—¡Eh, cochero!

Tampoco respondió.

—¡Bárbaro!

—¿Quién llama?—dijo abriendo los ojos.

—A ver...

—¿Dónde vamos?

—A ninguna parte. Dos pesetas de propina si me respondes á una pregunta.

—Diga usted.

—¿Qué es el amor?

—Mire señuritu que á lus burrachus les llevan á la cárcel.

—¡Bárbaro! Cinco pesetas si me respondes.

—¿Peru es de veras?

—Sí; ¿qué es el amor?

—¡Vaya en gracia! El amor es... la duncella del cuartu terceru...

—Basta, estoy enterado.

Y me alejé decidido á preguntar á todo el mundo.

VI

—¿Qué es el amor, señores sabios?

—«El egoísmo de dos».—«Dos seres que unidos forman un ángel».—«La dicha del hombre.» —«El infierno en la vida».—«La tela de la vida bordada por la imaginación».—«El suplicio de Tántalo».—«La gloria».—«El sol del genio».—«La única verdad».—«Una convulsión».—Esto,» «lo otro».

Muchas gracias.

VII

—¿Qué es el amor, señoras mujeres?

Una niña.—Es un tormento que hace llorar, pero que se sufre por hacer las paces.

Una joven.—Es lo que me profesa Arturo.

Una jamona.—¡Lo que yo tuve!

Una vieja.—¡Lo que ya no tengo!

Una coqueta.—¡Yo no sé lo que es!

Una hermosa.—Mi esclavo.

Una fea.—Mi enemigo.

Coro de mujeres.—¡Una cosa muy necesaria!

VIII

—¿Qué es el amor, señor comerciante?

—Un género que vale muy poco.

—¿Qué es el amor, señor pobre?

—Lo que me hace olvidar que no como.

—¿Qué es el amor, señor filósofo?

—Una ilusión.

—¿Qué es el amor, señor viudo?

—Una tontería.

IX

Me fuí á mi casa rendido, trastornado, confundido, mareado, tonto, loco, borracho... y sin saber á qué atenerme.

Ví que cada cual lo tomaba á su modo, y que cada uno lo definía conforme á su conveniencia.

Me convencí de que el mundo es una jaula de locos.

De que el amor es una cosa que está en el corazón de todo el mundo.

De que...

Pero á todo esto—decía yo—¿qué es el amor?

Me tendí en la cama.

El recuerdo de aquella mujer me perseguía como un deudor á un acreedor.

X

La veía tan bonita, tan vivaracha...

Sentia hacia ella una atracción irresistible.

Me dormí. (Esto lo he sabido después.)

De pronto pegué un salto, como si me hubiera mordido un perro.

Estaba soñando.

Pero soñando de la manera más deliciosa...

Veía aquella mujer más encantadora que nunca, y aquella mujer se acercaba á mí, se acercaba... se acercaba.....

Me puso la mano sobre el corazón.

Sentí algo parecido al vértigo.

La mujer encantadora me dijo al oído:

—El amor... SOY YO.

LAS MUÑECAS DEL HOMBRE

¡Amantes! ¡Gente sin Dios, ni patria ni ley! ¡Oid, oid, oid!

Así me dirigía yo á esos desdichados que ensalzan el valor de los seres amados, hasta lo incomprensible.

El amor hace que la mujer valga á los ojos del hombre un trescientos por ciento más que otro ser cualquiera.

Es decir, que una mujer, amada por un hombre hoy, tiene en el acto de recibir el flechazo, un aumento de valor cuya explicación daría lugar á volúmenes enteros.

Es esta una cosa parecida á lo que sucede cuando se recibe en la Bolsa una noticia gorda.

¡La República!

Conmoción general. Bajan los fondos. (Es un ejemplo.)

¡Esa mujer me gusta!

Conmoción particular. Aumento de gastos.

Y ahí tiene usted como el amor que cuando

está en alza, degenera en matrimonio, es cosa muy rara.

Castro y Serrano dice, y tiene razón, que se puede amar de balde, pero que para casarse se necesita dinero.

El hombre puede convencerse de esta gran verdad haciendo una observación que yo he hecho no há muchos días.

Por ella he averiguado (y me ha bastado comparar), que vale más un vestido que toda una persona, y que el valor de un brazalete está por encima del sistema nervioso.

Entré en una tienda de juguetes con el objeto de comprar una muñeca para una niña.

El comerciante presentó á mis ojos una colección de muñecas, cuya belleza me sorprendió.

Unas, rubias como la Margarita de Goethe,

Otras, morenas, seductoras, con sus lunarcitos postizos, y sus pegotes de colorete en las mejillas... como las mujeres de verdad.

Había algunas, que movían los ojos.

Otras, que movían los pies y las manos.

Otras, que...

¡Qué sé yo! Aquéllo era un mundo en pequeño. Mujeres hay por él que no tiene tantos atractivos como aquellas figuritas que yo ví, y sin embargo, encuentran eso que las madres llaman *proporciones*.

Entre todas las lindas muñecas había una.... cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi corazón.

Tan bonita, con rostro tan pudoroso... y sobre todo, tan callada!

Una mujer que ni se enfadaba, ni preguntaba, ni pedía! ¡El bello ideal!

—Cuánto vale; le pregunté al comerciante.

—Treinta reales,—me respondió.

Estoy seguro que á una mujer le hubiera parecido cara, y la hubiera regateado.

Los hombres somos más justos, y yo pensé en seguida que aquél era un precio módico.

Cogí la muñeca, que estaba en cueros, y no se ruborizó, y fuí á llevármela.

Pero se me ocurrió...

—¡Esta muñeca necesita un vestido!

—Sí, señor, dijo el comerciante: aquí tenemos equipos completos para muñecas: trajes, cintas, adornos... y empezó á sacar las cajas donde se hallaban encerrados los equipos en miniatura.

Había en las cajas aquellas una completa imitación de esas tiendas de modas cuya descripción no necesito hacer, porque todo marido las conoce perfectamente y todo el que lo sea, las conocerá un día.

—¿Y cuánto vale una caja de estas? pregunté.

—¿De lujo, ó sencilla?

—Sencilla, á ver si doy ejemplo á la familia con esta muñeca.

—Pues bien, una caja de trajes sencillos le costará á usted lo menos, lo menos... cuarenta y cinco reales.

¡Qué lección! ¡Oh, amantes!

El equipo de la muñeca valía una mitad más que la muñeca misma!

Lo mismo, enteramente lo mismo sucede en el mundo.

Por eso el hombre prefiere siempe la mujer en estado de desnudez.

¡Es claro!



LAS ARMAS

Señora mía:

Usted ha creído que mi candidez es tal, que puedo creer, porque usted me lo diga, todo cuanto usted quiera decirme acerca del amor.

Usted, señora, tiene un alma angelical, posee usted una erudición agradable y está casada con un administrador de loterías; circunstancias todas que la colocan á usted á gran altura á mis ojos.

Pero de eso á que yo crea que el amor de la mujer es siempre inofensivo, como usted me asegura en su carta, hay una diferencia muy grande.

Yo he amado, señora, y creo que estaba en mi derecho al hacerlo. Yo he tenido ocasión de observar á las mujeres hasta en sus actos más insignificantes, y siempre las he visto apoyadas en algo, escudadas con algo, y en, por, sin, contra, sobre ó bajo de algo que les servía para desesperarme.

El amor es un combate naval; ó *ella* ó *él* se van á fondo. Este es el problema, señora mía.

La mujer tiene menos fuerza material que el hombre; pero en cambio tiene más maña y la maña es una especie de fuerza moral, que supera á la material de que acabo de hablar.

¡Oh, las armas de la mujer son terribles!

¿Sabe usted con qué logró cierta mujer convencerme, confundirme, marearme y hacerme humillar la frente, cosa solamente propia de los casados?

Con un abanico.

No vuelva usted, pues, á intentar que yo declare el amor de la mujer inofensivo y cándido.

Y en tanto que usted se conforma á respetar mi opinión, me voy á permitir regalarle unos cuantos renglones hechos bajo la impresión de aquel abanico fatal, de cuyo nombre no quisiera acordarme.

Tenga usted la bondad de volver la hoja.

EL ABANICO

Apostemos...

Apostemos algo que valga poco. La buena fe de un hombre, la felicidad de una mujer, la lealtad de un amigo, la razón de un rival, el talento de un cómico... ¡Cualquier cosa! Apostemos á que se pueden escribir mil páginas acerca de un abanico.

No seré yo tan pesado...

Es decir, no seré tan ligero (porque al fin todo lo que puede decirse de un abanico es *aire*).

Pero, no obstante, observemos.

Observar es estudiar sin querer, y un observador es un filósofo sin saberlo él mismo.

Un abanico es, por ejemplo, una columna de aire, replegada para salir en tiempo oportuno.

En las manos de un hombre, no significa nada, pero en las manos de una mujer.... ¡ah! ¡si uno pudiera hablar claro!

Usted, ciudadano lector, tiene una novia.

Supongamos que tiene usted una novia; no hay constitución, ni ley, ni derecho de gentes que se lo prohiban.

Habla usted un día con ella, ella se enoja con usted; el color de la ira, ese color encendido y chillón, aparece en el rostro de la mujer amada, como si el corazón gritara:

—¡Que me quemo!

Se abrió el abanico: *¡Aire!*

Ya tiene usted á su novia hecha un Dios Eolo.

Vea usted por dónde el abanico ha venido á ser un instrumento útil á la *sociedad* (reunión ó tertulia), á la indignación y á la novia.

Aquel abanico está gritándole á usted.

—¡Fuego!

Otro caso.

Usted llega cansado á casa de la mujer amada, al nido de la paloma, á la concha de la perla que usted pescó una noche Dios sabe dónde (y usted también lo sabe).

Hace un calor sofocante.

Usted pediría agua, ó se quedaría en mangas de camisa, ó... pero no, hay otra cosa mejor que todo eso, y es el abanico de la mujer amada (con perdón de usted), que viene á acariciarle á usted las barbas, y á darle vida, mientras que unos ojos negros y rasgados le están diciendo á usted en su idioma especial:

—¿Vienes cansado, Arturo? ¿Por qué andas

tan de prisa? ¡Sosiégate, descansa, toma aire, bien mío! Serénate, ¡hace tanto rato que te esperaba!

Aquel abanico que acompaña las frases como la *batuta* de un director de orquesta, valdría cuatro ó cinco reales cuando fué comprado.

Y ahora, ¿cuánto vale?

¡Ah! ¡y qué abanicos he conocido yo, lector amigo!

Unos, sencillos, modestos, rústicos, digámoslo así, que no valían más que doce cuartos, pero que en las manos de una modista pudieron ser tasados en ocho duros.

Otros, que se agitan en las manos de la hija de tal ó cual empleado de Hacienda y que alternaban con la aguja en las tardes de primavera, para que la niña pudiera dejar por un momento la tarea y mirar por detrás de los visillos del balcón al subteniente de cazadores que estaba pegado á la esquina como un mozo de cordel.

Otros, que nacieron destinados á no abrirse jamás. Abanicos dudosos que en las manos de una mujer con *mácula,* enseñaban dos ó tres varillas tan solo, mientras la vista de la interesada se fijaba en estas varillas mismas, fingiendo no reparar en las *varas* que le ponía un *diestro* en amores de palco á butaca.

Otros, que, como el amor puro ó la conciencia política, vinieron á ser simplemente artículos de lujo.

Otros, que oyeron grandes secretos, que presenciaron grandes pasiones, entre el ruído de un baile, ó en el silencio del gabinete de una esposa que sabe que su marido tardará en volver á casa.

Otros, que...

¿Pero á qué enumerarlos?

¡He conocido tantos y los he visto ocupados en tan diferentes empleos!

Los hay de todas clases, de todos los géneros, desde los que encienden el fuego de las pasiones, hasta los que encienden el fuego de las chimeneas.

Y todos, todos y cada uno, colocados entre los dedos de la mujer, se convierte en arma mortífera *que va recta al corazón* como la espada de cierta comedia.

Regla general. En cuanto un hombre comience á apasionarse de una mujer, y esta mujer lo comprenda, y además de comprenderlo tenga un abanico y comience á abrirlo y cerrarlo y á bajar los ojos... el hombre exclamará de la manera más dolorosa posible.

—¡Estoy fresco!

Y desde aquel instante, puede pensar en el nombre que les ha de poner á sus chiquitines.

HISTORIA BREVE Y COMPENDIOSA

PRÓLOGO.

Roman, pintor paisajista, amaba ciegamente á Pilar, una muchacha hechicera, y además de hechicera, sensible.

Pilar era la inspiración del artista.

Éste pasaba feliz la vida al lado de aquella *paloma de los valles,* como él la llamaba en ciertos versos que tuvo la desfachatez de escribirle.

PRIMERA PARTE.

Un día... ¡aciago día!

Se presentó en escena un señor gordo, encarnado, y lo que es peor, muy rico.

Aquel pequeño fenómeno venía á ser la serpiente del paraíso en donde Román era por entonces el primer hombre.

Pilar... ¡se olvidó de *Adán!*

El señor gordo se la llevó consigo.

Román, desesperado, quiso matarse, pero no se mató.

Pilar se casó con el señor gordo.

PARTE SEGUNDA.—CAPÍTULO ÚLTIMO.

El marido de Pilar quiso hacer á ésta un regalo el día de su santo.

Su mujer deseaba un abanico de *haute nouveauté.*

....

....

Entran en una tienda, miran y remiran abanicos en número infinito... *¡Este!* dice por fin Pilar, y toma uno.

Pero ¿cuál no sería su sorpresa al verse retratada por la mano de Román en el país del abanico, acariciando al marido mónstruo, y con el corazón descubierto y en forma de moneda de cinco duros?

¡Ah! ¡Qué país!—murmura la joven.

Momento supremo. Pilar palidece...

Ya han adivinado ustedes el fin de la historia?

Ya dicen ustedes:—¡Se desmayó! ¡Conoció su falta! ¡Volvió á amar á Román! ¡Lloró su desvío!...

Pues no es eso.

Pilar tomó el abanico... y se hizo aire.

ARITMÉTICA DEL AMOR

I

Todo amante llega, más tarde ó más temprano, al terrible caso de creer, cuando su novia se lo dice, que tres y dos no son cinco.

Cuando el amante es marido, ya ha aprendido algo más; ya sabe, cuando repasa las cuentas de gastos de su esposa, que dos y tres son lo menos cuarenta y siete.

II

Las reglas del amor son cuatro: sumar, restar, multiplicar y dividir.

Un novio no tiene regla fija. Un marido entiende de *sumas* admirablemente.

Por ejemplo:

Un vestido para el baile de la generala....................	6.000 rs.
Un aderezo para el té de la condesa....	9.000 rs.
Una caja de guantes........	1.000 rs.
SUMA TOTAL........	16.000 rs.

Ahora viene la resta.

Sueldo del marido...........	8.000 rs.
Alfileres de la señora........	16.400 rs.
RESTA..............	8.400 rs.

Estas operaciones se llaman en la aritmética matrimonial *trampas*.

Por lo demás, son operaciones corrientes.

III

La *multiplicación* es una operación facilísima, cuyo resultado inmediato es un chiquitín muy mono y un primer diente que ha costado 600 reales y doce mil desazones.

El orden de factores no altera el producto.

Por ejemplo: la señora de Tal ha dado á luz un niño que no se parece á su papá.

Corolario. Existen números *primos*.

IV

La regla de *partir* es la más grave de todas.

Un amante ó un esposo están partidos en cuanto no tienen suficiente carácter.

Se llama amante *entero,* el que no tiene *medios.*

Se llama esposo *quebrado* el que pierde en una jugada de Bolsa lo que trajo la señora de dote.

V

Para partir un entero por un quebrado, se coge una tranca, se espera á que el entero pase adelante, y *se le divide.*

VI

¿No es en el lado izquierdo donde todos tenemos el corazón?

Pues en ese caso, el corazón de una coqueta es un cero á la izquierda.

Apéndice. Ciertas mujeres se parecen al cero. En cuanto se ponen al lado de *uno,* vale uno diez veces más que antes.

VII

Todo amante celoso debe *sustraerse,* y todo marido viejo debe *multiplicarse.*

La mujer más cabal tiene sus *más* y sus *menos.*

Casi todas han adoptado como axioma la observación siguiente:

Los amores *sin-ceros,* no valen gran cosa.

REGLAS GENERALES

Debe adoptarse por esposa la mujer que no tenga *cuenta.*

Un amante debe ser siempre *el número uno.*

Un matrimonio infeliz es un error de cálculo.

El amor es la suma de dos almas iguales.

REDUCCIÓN

Amar un año y casarse después es cambiar un duro en plata por veinte reales en cuartos.

LAS MEMORIAS DE UN COJO

—

Cuando el cólera se estaba atracando á su gusto, no perdonando ni á Rey ni á Roque, y riéndose de la ciencia y de los boticarios, ví morir á un hombre.

El espectáculo no tenía nada de divertido; y la muerte producida por el cólera es una muerte demasiado estúpida, para que el poeta más poeta de cuantos hacen versos pueda cantarla ni tararearlas siquiera.

Ya me alejaba del cuarto, afectado y triste, cuando el muerto (que tal lo creía yo) dió un respingo y se volvió de lado, sin duda por no morir cara á la pared.

Volví á acercarme á él.

Entonces metió la mano por debajo de la almohada, sacó un libro, me lo dió, vizcó los ojos y espiró.

Cualquiera en mi caso se hubiera figurado que dentro del libro había dinero.

Yo no me lo figuré, porque en aquella ocasión el dinero no me hacía falta.

Salí del cuarto, abrí el libro y me encontré con unas memorias escritas de mala letra.

Eran las memorias del hombre que acababa de morir. El hombre que acababa de morir había tenido la suerte de ser amado por muchas mujeres.

—¿Sería muy guapo? dirá el lector ahora.

—No, señor, le responderé yo en seguida. El hombre aquel, al morir, embelleció. Con esto creo que digo bastante.

Él mismo decía al principio de su libro.

«Me han querido mucho las mujeres porque soy cojo.»

No se admire el lector de esta frase. Sin necesidad de leer las memorias de aquel sujeto, sabía yo de antemano que la mujer ama lo estrafalario.

Las memorias del cojitranco me acabaron de convencer.

No me es posible trasladarlas todas al papel porque ocuparían mucho espacio.

Además hay en ellas frases incorrectas, palabras duras, y alguna barbaridad de cuando en cuando. El hombre aquél no era escritor. (Verdad es que si lo hubiera sido puede ser que hubiera barbarizado más).

Elijo, pues, unas cuantas frases de aquel libro, y estúdielas con cuidado el que pretenda convencer á la bella mitad del género humano.

———

La mujer prefiere siempre un cojo que sepa hacer versos, á un hombre completo que la quiera en prosa.

Es mucho más fácil encontrar una mujer que no haya tenido ningún amante, que encontrar una que haya tenido uno sólo.

Cuanto más pícaro es un hombre, más probabilidades tiene de que una mujer le quiera. La mujer no reflexiona, y se prenda más pronto de la viveza ratonil de un pícaro, que de la gravedad y sencillez de un hombre de bien.

El amor es como el chocolate: cuanto más claro, peor.

Una actriz, de las que tienen fama de honradas, enseña las piernas, los brazos y la espalda á todo el que paga cuatro reales de entrada; y fuera del teatro, se ruboriza de enseñar el pie á un millonario. No lo entiendo.

La mujer, cuando se entrega á un hombre, dice que él la ha seducido, y cuando un hombre la seduce, dice que se ha entregado á él.

———

Si las mujeres no se deciden francamente por los hombres feos, es porque temen estar en berlina.

———

Los feos entre las mujeres, se llaman *graciosos*.

———

Para que se vea hasta dónde llega la modestia de la mujer, bastará hacer una observación.

La que no tiene ningún lunar en su vida, se los pintan.

EL AMOR Y LA ORTOGRAFÍA

El Amor y la ortografía son dos enemigos mortales.

Desde la que pesca en ruín barca hasta la que pesca en brillante salón, las mujeres españolas tienen todas una cualidad característica. Cuanto mejor sienten, escriben peor.

Apelo al testimonio de todos los enamorados de España.

¿Quién será el que no tenga en un rinconcito del cajón de su escritorio, un paquetito de cartas atadas con un cordón, é ilustradas con el retrato de la autora?

Estoy seguro de que todos mis lectores del género masculino tienen ó han tenido alguna vez ese recuerdo.

Pues bien, yo voy á atreverme á publicar alguna carta de ese paquete.

Si en él no hay ninguna que se parezca á alguna de las que voy á copiar, autorizo al lector para que me deje por embustero.

Todas las mujeres sienten bien y escriben mal, pero cada una tiene su estilo propio.

Supongamos que se trata de una dama cuya ortografía es perfecta, y que desea conceder una pequeña audiencia á un embajador cerca de su corazón.

«Luis: á pesar de exponerme á que usted me »juzgue desfavorablemente accedo á su deseo »mañana á las cuatro y media y adios silencio »Elvira hoy 7.»

La carta está bien escrita, pero no tiene ni puntos ni comas.—*(Estilo seco.)*

Supongamos que se trata de una mujer de treinta años, que ama por la trigésima vez, lo cual casi equivale á pasión por año.

«Eduardo mío: No sé cómo explicarte el dis»gusto que tengo con la carta de ayer. Soy tan »desgraciada, que no me sorprende el tener pe»nas; pero mi desgracia es mayor cuando tú me »haces pensar en lo desgraciada que sería si no »me quisieras. Mi vida ha sido siempre tan »triste, he sido tan desgraciada durante mi vi»da, que sin duda me aguarda la nueva desgra»cia de que me abandones; ven por Dios para »que yo pueda calmar tu ira injusta; ven y no »hagas llorar más á tu desgraciada

LUISA.»

En esta carta, como en todas las de esta mujer, hay siempre lágrimas, recuerdos de desgracias pasadas, lamentos de desgracias presentes y presentimientos de desgracias venideras.— —*(Estilo húmedo.)*

Vamos á ver ahora una de las cartas de Casimira, muchacha apasionadísima, suscriptora de Fernández y González, amiga de Santistéban, parienta lejana de algún señor que habrá sido alguna vez gobernador ó comandante general de alguna población de segundo orden, etc., etc.

«Amado Alfredo mío de mi corazón y de mi »vida, ayer no fuí á paseo pues vino una ami»guita á quien no veía hace tiempo pues la quie»ro mucho y lo sentí pues ya sabes el placer que »tengo en estar á tu lado pues no me hallo sin tí. »Perdóname, Alfredo mío, pues no fué mia la »culpa, si no de mamá pues ya sabes que una »no puede hacer lo que quiere pues está una su»jeta, adios pues y te quiere mucho mucho mu»cho

CASIMIRA.»

Esta carta, en la que hay siempre un *pues* ó dos tachados, es el modelo de diez ó doce mil que escriben otras tantas mujeres en España. El *pues* está tan sobrado en el escritorio de las mujeres de este país, que una carta de novia, sin esa palabra, no sirve.—*(Estilo corriente.)*

Carta de una madrileña, modista y ofendida.

«Cabayero: no creí que fuera ustez tan indi-
»ferente pa la muje que le ha guerido como solo
»guiere una muje al hombre á quien á guien
»guiere y se lo sacrifica tó. Si algo con Serva
»mi corazón par ustez es una indiferiencia gran-
»de y el sentimiento de haberle guerido mucho
»en otro tiempo, entregará usté à la chica mis
»cartas, y adios para Siem pre y olvide ustez á
»su indiferente

PILAR SOPETE.»

Estas cartas llevan la primera semana una inicial por firma. Establecida la confianza, media firma. Iniciado el trueno, y roto el compromisò, firma entera.

Se distinguen por los borrones y la tinta muy blanca, por la abundancia de mayúsculas y por la naturalidad de la frase. Los insultos y los piropos están dichos con buena intención, y el papel suele ser de barbas.—*(Estilo llano.)*

Ahora, pasemos á leer la carta de una joven entregada á la poesía y al agua de Barcelona.

«Te escribo, amado mío, á esta hora en que
»la naturaleza duerme y el silencio parece decir-
»me que consagremos ahora Un recuerdo al ser
»amado. Mamá acaba de acostarse y he podido
»quitarle el tintero; no sabes tú amado de mi

»alma cuán *felís* fuí el otro día cuando *fimos* á »dar un paseo por el balle con las de Zapata y tú »que me llevabas del brazo y me repetías que»meamabas y yo te lo hacía repetir á cada mo»mento. La verde alfombra que pisábamos y los »verdes árboles y aquella sombra incomparable »hacían tal efecto en mi corazón que el balle me »parecía un paraiso y no hubiera salido jamás »de aquellos verdes con, tornos. Yo estoy pro»yectando otra gira para el jueves que viene y »espero que me acompañarás y me repetirás lo »que tanto quiero que me repitas y estaremos »en aquella verde pradera cuyo murmullo ten»go todavía en el alma adios amado mío te ama »cada vez más

LEONOR.»

«P. D. Tus versos son *lindísmos* y ya me «los sé de memoria. Adiós piensa en Mí.»

Mujer novelesca, corazón no comprendido, alma apolillada.—(*Sistema verdoso.*)

Las anteriores cartas están todas comprendidas en el género prolongado, es decir, son todas largas aunque mal escritas.

Hay otras cuyo laconismo no deja de ser peor.

Ejemplos:

«Eres incapaz; no sé como eres, yo no puedo »estar así, me quieres ó no, yo no sé porque

»pero tú eres Así y en fin ya lo sabes.»—*(Estilo griego.)*

«Román, Román; ven pronto Román mío, »desde que estás en Roma padezco mucho, y »Román, no sé qué va á ser de mí. Adiós Román »de mi alma.»—*(Estilo romano.)*

«Infame, mis lágrimas caerán gota á gota so»bre tu corazón, no tienes gota de sangre en las »venas. Vas á hacerme apurar la gota del cáliz.» —*(Gótico.)*

«Querido esposo mío, tenemos un nuevo hijo, »el cielo nos ha enviado anteayer el segundo »fruto....»—*(Renacimiento.)*

«Luis, estamos perdidos. Vicente me ha co»gido tus cartas; no sabes tú lo que es Vicente »para estas cosas; huye de Vicente, porque »quiere matarte, por Dios, huye de Vicente.»—*(Vicentino.)*

La colección es muy larga, y copiarla toda fuera pesadez censurable.

Un escritor contemporáneo, ha dicho que todas las mujeres tienen el mismo carácter..... de letra.

Todos decimos al ver el sobre de ciertas cartas:

—¡Hola! ¡letra de *mujer!* Prueba de que la letra de mujer no se parece á nada.

Y por último, yo aseguro que si una mujer me escribe alguna vez con buena ortografía, me llevaré un solemne chasco y me parecerá cosa tan rara como bañarse en tina, ó ir á los toros con sombrero de copa.



LA ENMIENDA

Como corolario del capítulo anterior, daré á ustedes una prueba de lo incurable que es en la mujer española ese vicio de escribir deplorablemente.

Una mujer cuyo corazón fué propiedad mía una temporada, finalizaba una de sus cartas de este modo:

—Adiós, *ingato.*

No pude tolerar tal palabra, y la escribí:

Me has llamado *ingato*, y eso no está bien. Si alguna vez vuelves á insultarme, insúltame por completo, porque hoy se te ha olvidado una *r*.

Al día siguiente recibí una carta de aquella mujer, que acababa con estas palabras:

—¡Adios, *ingarto!*

EL AMOR PLATÓNICO

Así le llaman...

¿A quién le llaman así? Príncipiemos por conocer al sujeto de quien vamos á hablar. ¿Quién es el amor platónico?

Por más que le he buscado por todas partes, no he podido encontrarle nunca.

Le he buscado en los ojos de un hombre enamorado.

Aquí ha estado algún tiempo—me han dicho; —pero se ha marchado ya, porque ya no hacía nada útil.

Le he buscado en los ojos de una mujer sensible.

—No está—me han respondido;—le hemos echado porque no nos servía.

Le he buscado en los labios de un pollo.

—Puede usted esperarle; puede ser que venga, pero no es seguro; porque una vez que vino, se asustó de que habláramos fuerte.

Le he buscado en el corazón de una mujer de mundo.

—Aquí no vive. Ni le conocemos siquiera.

Por último, le he buscado en el aire.—¡Eh! suspirito, tenga usted la bondad...¡el amor platónico!

—No sé decirle á usted, va y viene, pero á veces desaparece y no sabemos de él.

Y yo me he desesperado y he dicho:—¿Dónde estará?

Cansado de buscarle en vano en los ojos, en los corazones, en las palabras y en los suspiros, me he decidido á preguntar á la gente.

Y he empezado diciéndole á una niña:

—¿Sabes algo del amor platónico?

—Sí, yo le he tenido de huésped en mi alma; pero ya le....

—¿Por qué?

—Porque me voy á casar.

Me he dirigido á un joven:

—¿Me da usted razón del amor platónico?

—Sí, señor. Es un amor que empieza por ponerle á uno muy triste y por obligarle á mirar á una mujer; luego le dice á uno:—¡Qué hermosa es! ¿verdad? ¡Qué grato sería amarla á distancia como se ama á las palmeras! Adorarla, divinizarla, quererla sin llegar á ella, sin tocarla siquiera...

Y uno dice: ¡es verdad!

Pero al poco tiempo uno se cansa de amar de lejos y de hablar con suspiros, y de hacer versos, y de soñar despierto; quiere uno más, y

entonces el amor platónico se enfada, y se va.

—Muchas gracias. ¿No sabe usted dónde podría yo encontrarle ahora?

—Acaso en aquella mujer de ojos lánguidos...

Me dirijo á la mujer de ojos lánguidos:

—Señora, ¿está ahí el amor platónico?

—¡Oh, no, señor! Soy viuda.

Me retiro y me dirijo á un poeta:

—¿El amor platónico?

—¿Qué?

—¿Qué dónde está?

—¡Bah! ¡Quién sabe! En la rosa, en el crepúsculo, en la noche de luna ¡quién sabe!

Me dirijo á la rosa, al crepúsculo, á la noche de luna, á la quintilla, al madrigal ..

Nadie responde, nadie me da razón.

Por último, me toca en el hombro un coronel de lanceros, hombre corrido y amigo íntimo de todos los amores.

—No se canse usted, me dice. Al amor platónico no es fácil encontrarle, porque recorre todos los corazones y no se detiene en ninguno. Es el precusor de la pasión, el padre del deseo y el seductor misterioso de la vil materia. Todos le albergamos un día, pero en seguida le echamos para ceder el puesto á cosas más positivas.

Desde que he oído esto, he renunciado á buscar mi bello ideal. Él vendrá cuando quiera y se marchará cuando se le antoje.

EL PRIMER AMOR

¡Qué bonito es el primer amor y cuántos encantos tiene!

Hé aquí un capítulo, lector amante, que se puede llamar el capítulo de los recuerdos.

Le vamos á hacer entre tú y yo.

Bastará que recuerdes lo que te pasó cuando tenías catorce ó quince años.

No hay un mortal que no haya amado alguna vez, y como alguna vez se ha de empezar, resulta que todos hemos tenido nuestro amor primero.

¡Y qué amor, Dios eterno!

Sale uno del colegio; le ponen la primera levita y el primer sombrero de copa; se compra uno un cigarro de tres cuartos, y sale por las calles de su pueblo diciendo: ¡qué felicidad! ¡Ya soy hombre!

¡Oh, corazón estúpido, y por cuán diversos caminos te lanzas á la desgracia!

¿Tú crees que con ser hombre lo has conseguido todo, verdad?

¡Pues estás fresco!

Más te valiera llevar siempre la chaqueta de hilo y el sombrerito de paja que te ponía la mamá los domingos por la tarde para que fueras á jugar al toro ó á ver *Los polvos de la madra Celestina.*

Pero á tí te parecía que eso ya no te sentaba bien, y preferiste meterte á hombre sin pedir permiso á nadie.

Decía, lector amante, que tú y yo, y el vecino de enfrente, salimos del colegio y entramos en el mundo.

Cada vez que un amigo de nuestra familia nos decía:

—¡Adios, *pollo!*

se nos hacía agua la boca y nos creíamos de bueno fe que ser pollo era ser algo.

¿Qué es un pollo?

Una especie de ser metido en un levisac y asomado á unos cuellos tiesos, que tiene permiso de la sociedad para gastar pasiones en número moderado.

La primera pasión es como el primer cigarro, ó como los primeros guantes. La toma uno con tal furor, que hasta se pone malo.

¿Quién no ha tenido una amiga de la niñez, á quien sus padres han vestido *de largo* al mismo tiempo que uno se cubrió la parte oriental de su individuo con los faldones de una levita?

Pues esa puede ser muy bien la primera pasión.

¿Quién no ha sido presentado al entrar en el mundo de los pollos, en alguna reunión *medio pelo* donde solía ir una chica muy mona, hija de un juez de primera instancia ó cosa por el estilo?

Pues esa puede ser muy bien la primera pasión.

¿Quién no ha sido llevado por primera vez á un baile y ha dado patadas en el suelo en compañía de una prima carnal que también iba por primera vez á ponerse colorada como un tomate en fuerza de dar vueltas?

Pues también la prima puede ser la primera pasión.

Ello es que de la noche á la mañana comienza uno á no dormir y á perder las ganas de comer, y á leer *El judío errante* y *El diablo mundo* de Espronceda, y á pasear una calle diez ó doce veces al día, y á escribir una carta después de haber hecho muchos borradores, la cual carta se pone muy sucia y muy sobada á causa de estar muchos días en el bolsillo.

Generalmente sucede esto cuando uno es estudiante. Como está entregado al amor, no estudia, y como no estudia, pierde el curso, y el padre ó el tutor ó el encargado se ponen como unas fieras. Pero el amante arrostra por todo y no piensa más que en entregar su carta ¡que es floja, por cierto!

Es una carta que suele empezar con estas palabras:

«*Señorita: desde el momento que la ví á usted por la vez primera, mi corazón....* etc.»

Por fin logra uno entregarla. ¡Qué fortuna! La pollita contesta cuatro garrapatos encantadores, y dice que ya ha podido uno conocer que le era simpático, y cosas así; en una palabra, comienza el tiroteo, y se arma la gresca, y ya es feliz el apasionado señorito.

¡Tener la primera novia! Emoción nueva, sueño realizado, felicidad, casi, casi.

Pero bien pronto se quiere más, desea tocar más de cerca los resultados; la chica dice «es menester buscar un medio de que vengas á casa;» y busca uno el amigo que le presente á la familia.

En tanto que realiza este justo deseo, el amante se siente inspirado una noche, y aunque en su vida ha hecho un verso, ni cree él, ni nadie, que los pueda hacer, el amor sin versos es un amor á medias, y el enamorado que no hace coplas es un fenómeno. No hay miedo, ello saldrá, y el amante escribe, y al día siguiente la chica se encuentra con esta composición en cualquier periódico callejero:

A L... [1]

Niña gala de este suelo
que llevas la dicha en pos,
claro destello de Dios
como la estrella del cielo,
llevas de hermosa la palma
y ante tu rostro me inclino
que ese tu rostro divino
me ha traspasado el alma.
Yo vivía triste y serio
y teniendo el alma herida
me parecía la vida
un inmenso cementerio;
pero hoy ya los mis enojos
calmados están por cierto
pues vuelven la vida al muerto
tus puros brillantes ojos,
y en tu ansiada pasión
mi pecho amante se abrasa
y te da con fe no escasa
el alma y el corazón.

Antonio Simón.

La chica, que ve estos versos y adivina en seguida que están disparados contra ella, se pone tan contenta, y empieza á decir en casa que el pollo tiene mucho talento, y que es uno de los chicos de más capacidad de la población, y en fin, logra que la mamá se ponga en guardia.

(1) Estas composiciones se dirigen siempre á una inicial. Es la costumbre.

Por fin, una noche es presentado el pollo en la casa, y la chica y él están tan contentos, y la mamá dice para sí:

—Verás tú, niña, verás tú lo que te voy yo á dar cuando nos vayamos á la cama.

El pollo comienza á frecuentar la casa. Él y la chica empiezan á ponerse muy flacos, y á consumir resmas de papel de una manera escandalosa. Los juramentos, los propósitos y los versitos con consonantes en *ós* y en *elo*, aumentan cada día.

Por último la mamá ó el papá de la muchacha le dicen al pollo por qué va tanto á la casa, y que «en qué quedamos.»

Es regla general que siempre que le preguntan á uno por primera vez tales cosas, responde que se quiere casar. Y es también regla general que todos los padres que oyen esto, se echan á reir; y hacen muy bien.

Principian los obstáculos y la desesperación. Se enfada uno consigo mismo porque no tiene más que quince años y porque quisiera tener más. La chica escribe á obscuras y con lápiz que sus padres la tratan mal, y uno quiere matar á los padres, y no los mata. Después se quiere uno suicidar, y no se resuelve á ello; después pierde uno el curso en la Universidad; después empieza á tener celos de todo el mundo, y como no se atreve á meterse con los hombres, da contra la chica, que ya no quiere ni salir de casa,

porque el amante no se enfade, y por último, ó se llevan á la chica del pueblo, ó se lo llevan á uno á estudiar á Madrid, ó va uno teniendo más años, y dice, después de haber amado á cuatro ó cinco mujeres:

—¡Caramba! este amor que siento ahora es más puro, y sin embargo no es tan fuerte como el primero!

Y se acuerda de la primera novia y suspira.

Porque ella fué la que le enseñó á amar.

Porque ella le hizo conocer los celos.

Porque ella le dijo el primer *te quiero* que oyó en el mundo.

Porque ella le quería real y efectivamente.

Y á pesar de eso, el primer amor era una cosa muy ridícula.

Ahora, lector amante, estoy seguro de que piensas así.

Y estoy seguro de que dices conmigo:

Bueno y bonito, y barato, era el primer amor; pero los sucesivos han sido más positivos.

El segundo fué más firme.....

El tercero más atrevido...

El cuarto más dulce.....

El quinto más.

Y el..... no, no continuemos.

LOS CELOS

No conozco nada más ridículo que un hombre celoso.

Al mismo tiempo que hago esta declaración, debo hacer otra.

El hombre, en general, es celoso.

Y creo que ya no necesito hacer comentarios ni extenderme en consideraciones acerca de los celos.

Estoy seguro de que todo hombre, al sufrir esa enfermedad, se ha dicho:

—No tengo razón; soy un bárbaro.

Y sin embargo, no habrá dormido, ni habrá comido, ni habrá hecho más que desesperarse.

¿Por qué?

Porque es condición precisa del hombre figurarse constantemente que se la pegan.

No hablo aquí de los celos fundados, porque éstos, dicho se está, que teniendo su razón de ser, motivados están de sobra.

Me refiero á esa imaginación crónica que padece un hombre enamorado de una mujer, cre-

yendo que esa mujer quiere á todos los hombres menos á él.

Logra un sujeto cualquiera que una mujer le diga que le ama; si es verdad ó no, Dios y ella lo saben; pero ella dice que sí, y el sujeto se queda tan satisfecho.

Desde aquel momento, la pobre mujer no ha de mirar á nadie, ni ha de saludar á nadie, ni ha de moverse delante de nadie.

Supongamos que un día se le acerca un amigo y le dice:

—¡A los piés de usted, Luisa!

Ya está el novio asustado y le sube calor á la cara.

—¿Cómo va? dice el amigo, y alarga la mano á la muchacha.

La muchacha le da la mano. El novio suda.

—¡Qué bonita está usted! añade el amigo.

Al novio le tiembla la barba.

Sigue la conversación; el amigo, que conoce á la muchacha desde mucho antes que el novio, comienza, verbigracia, á recordarle tiempos pasados.

El novio está ya pensando en lo que pasaría entonces.

Se va el amigo.

Aquí empieza Cristo á padecer.

El novio pregunta, con una seriedad extraordinaria:

—¿Quién es ese *hombre?*

—Es un amigo.

—Conque un amigo ¿eh? ¡Pues el amigo te apretaba la mano más de lo necesario!

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo has podido ver eso?

—¿Crees tú que á *uno* se le escapan esas cosas? Lo mismo que el decirte que estabas bonita ¿á qué viene eso?

—Pero, hombre, ¿también vas á tener celos ahora? Si ese es un amigo antiguo de mi casa, un hombre que me ha visto nacer.

Al oír ésto, el novio se quiere morir. ¡Un hombre que la ha visto nacer! ¡Es decir, que la habrá visto en cueros!

—¡Adiós! dice.

Y se marcha á casa y se da con la cabeza contra la pared.

Noche toledana. El amigo que vió nacer á la novia le apretaba la mano...

¡Malo!

Le dijo que estaba bonita...

¡Peor!

Le preguntó si iría al teatro la noche siguiente.....

¡Esto es grave!

Ella dijo que pensaba ir.....

¡Esto es mucho más grave!

A la noche siguiente, el novio va al teatro decidido á no hablar una palabra con *ella* y á espiar desde una butaca sus menores movimientos.

Pero al final del primer acto, el amigo que la vió nacer se presenta en el palco donde está *ella.*

El novio suda. A pesar de que está incomodado, quebranta su propósito y sube a palco. Saluda muy afectuoso á todas las personas que hay en el palco, *excepto á ella.* Al darle la mano, no se la aprieta. Además mira con cierta insolencia al hombre que ve nacer á las novias impunemente.

Por fin el amigo se aleja, y se acerca á la muchacha.

Ésta ha comprendido ya que el novio está á punto de dar un estallido, que va á interrumpir la representación, y quiere calmarle con una palabra.

Él dice en voz baja, pero terrible:

—¡Luisa, hemos concluído!

—Pero hombre, ¿no has visto que he estado tan indiferente con el pobre señor?

—¡El pobre señor! ¡El pobre señor! ¡Ahora quieres disimular, es claro! ¡Pero te conozco, te conozco!

La chica opta por no responder y se pone á mirar con los gemelos á cualquier parte.

—¡¿A quién miras?!

La chica no responde.

—¡Que no quiero que mires!

La chica cierra los ojos.

—¡Eso es! ¡Hazme burla, no me falta más que eso!

Por último, el novio se va, y ¿quién lo querrá creer? ¡se va llorando!

Sí, señor, yo he visto llorar á hombres con patillas y picados de viruelas, por desahogarse, porque estaban celosos!

¡Ah! qué situación la del hombre enamorado!

¡Ah! qué escenas tan cómicas!

Y todo ¿por qué? porque él se empeña en figurarse que la mujer amada se la pega.

¡Y es un error, créalo el hombre, es un error muy grande!

La mujer no se la pega á uno sino cuando uno no se lo figura.



DOS DEFINICIONES

No sé si en lo que acabo de decir de los celos habrá una definición disimulada.

Yo creo que no.

Y por si acaso á éste, ó al otro, ó al de más allá de mis lectores le sirve, voy á arrancar una página de un libro de poesías que no há mucho tiempo tuve la mala ocurrencia de publicar.

Es una definición como otra cualquiera.

Creo que dice así:

Son los celos el martirio
de la fe de los amores;
el dolor de los dolores,
la ceguedad, el delirio!
Duda extraña que respira
un corazón venturoso
que al mirarse tan dichoso
le parece el bien mentira.

Si el lector está conforme con esta explicación, yo me alegraré mucho.

Y si no, yo no tendré la culpa.

Le diré que también puede ser definido de este otro modo:

Son como los caseros; quieren que *vivamos*, para no dejarnos *vivir*.

LECCIÓN DE GEOMETRIA

La línea recta es la más corta para ir desde casa á ver á la mujer.

Y sin embargo, para ciertos maridos es la más larga, por corta que sea.

Se llama *tangente* la línea por donde se escapa siempre una mujer de talento.

Se llama *secante* el papel que se usa en vez de polvos, en las cartas.

El marido es una especie de *ángulo,* siquiera porque acaba en punta.

Un marido *recto,* es el que no tolera nada.

Tiene sus grados, y á pesar de eso, vale menos que un teniente, que no tiene más que dos.

El marido *agudo* es un hombre gracioso y decidor y pagado de sí mismo. Su señora, no obstante, sostiene que no es tan agudo como parece.

El marido *obtuso*..... ya lo conocen ustedes.

También tiene otro nombre.

Se llama círculo, el mundo en que una mujer suele vivir y agitarse.

La cuadratura del círculo puede resolverla cualquier mujer, quedándose en cuadro.

Hay quién afirma que quien se queda en cuadro es el marido.

LOS SUICIDAS POR AMOR

Recuerdo en este momento tres historias que voy á tener el honor de ofrecer á ustedes para muestra.

¿Para muestra de qué? preguntará algún curioso.

Para muestra de la candidez humana.

—

Éste era un muchacho más honrado de lo que suele ser un muchacho, y más bueno de lo que debe ser un amante.

Amaba á una chica muy guapa que se llamaba...

Casi no me atrevo á decir á usted que se llamaba Zoa.

¿Qué hay que esperar de una mujer que se atreve á llamarse Zoa?

Fernando, que así se llamaba el joven inesperto, conoció á Zoa en una casa de baños.

La vió, y la amó, como dicen los novelistas.

Ella le dió esperanzas; él las tomó, en lo cual hizo muy mal, y el resultado de estos *dares* y *tomares* fué enamorarse Fernando como un loco y ella como una mujer cuerda.

Pasaba el tiempo. Fernando había pedido la mano de Zoa, los padres habían respondido que lo pensarían, y la muchacha no lo había pensado aún.

Á medida que los días pasaban, Fernando se iba engolfando de tal manera en el amor de la muchacha, que ya empezaba á tener dolor de estómago.

Este síntoma es terrible.

Es un síntoma que no acaba más que de dos maneras.

Ó con el matrimonio, ó con la muerte.

Zoa tenía un carácter angelical..... hasta cierto punto.

Su único defecto consistia en creer que á la mujer no le sientan mal ciertas cosas.

Por ejemplo: Zoa no tenía por cosa grave el hablar con un primo suyo, capitán de cazadores.

Á Fernando, por el contrario, le parecía ésta una cosa grave.

Un día, Fernando le dijo á Zoa:

—¿No comprendes que las gentes que te vean hablar con *él*, se reirán de mí?

Y Zoa contestó:

—¡Pero si no hablo con *él* nada de particular! ¡Es un primo, un amigo de la infancia!...

Los amigos de la infancia son terribles. Todo lo que hacen les está bien.

Fernando se aguantó, pero comenzó á pensar en que su amada no se apresuraba á complacerle.

Por cierto que á las pocas horas de haber hablado con ella del primo, llegó un amigo y le dijo:

—¡Hola, Fernandito! ¡Ahí he visto á tu futura con el primito de siempre!

Á Fernando le pasó una nube de fuego por los ojos.

Volvió á casa de Zoa y le dijo:

—No quiero, ni puedo consentir en que vuelvas á presentarte en público con tu primo.

Y Zoa contestó:

—¿Ya empiezas á *mandar*?

Y Fernándo, *colérico*, contestó:

—¡Sí!

Á lo cual dijo Zoa:

—Mal porvenir me aguarda.

Fernando sintió que se le helaba la sangre en el corazón. (Ésta también es palabra novelesca.)

—Si le temes al porvenir, dijo, no le aceptes.

Y entonces Zoa, muy incomodada, exclamó:

—¡Pues ya que tú me lo propones, sea! ¡Así como así..... eres insufrible!

Fernando salió de allí llorando.

Llegó á su casa y se pegó un tiro.

Voy á recordar otra historia.

Casáronse en Madrid un joven de veinticinco años y una mujer de treinta.

Él tenía una arrogante figura. Ella era una mujer *regular*.

Él se había enamorado ciegamente de ella oyéndola cantar en varias *soirées*, viéndola elegantísima en un palco del teatro Real y admirándola en todas partes por su talento y su fama de mujer *agradable*.

Dos años llevaban de matrimonio, cuando hallándose ambos una noche en el Prado, hubo de notar él que iba detrás de ellos un cierto sujeto, cuya proximidad no dejaba de ser alarmante.

Como el marido no había pensado jamás en que su mujer fuese *seguida*, le dijo riendo.

—¿Sabes que llevamos escolta?

Y ella, (¡torpe!) dijo, mirando atrás:

—¡Ca!

Este *¡ca!* era una declaración.

Aquella misma noche debía salir de Madrid el marido.

Al llegar á casa volvió la vista y notó que el sujeto *próximo* estaba en la acera de enfrente.

—Entra, dijo á la señora el marido.

Y la señora entró en casa sin preguntar por qué.

Entonces el marido fué á dirigirse al sujeto...

Pero tuvo un instante de lucidez, y pensó:

—¿Qué voy yo á hacer?

En seguida entró en casa.

Al subir por la escalera tuvo otro momento de lucidez, y pensó:

—¡Qué estúpido se vuelve un hombre cuando es marido! ¡Ya iba yo á sospechar de mi mujercita!

Arregló la maleta, abrazó á su *mujercita*, y se marchó á Toledo, donde tenía que despachar asuntos de importancia.

En cuanto llegó á Toledo escribió á su mujer.

A los dos días recibió carta de ella.

La abrió (la carta) y se encontró con *esto*:

«*Luis, eres un imprudente: la otra noche me se-*
«*guiste, yendo yo con mi marido, y estuvimos á*
«*punto de ser descubiertos. Mi marido ha salido*
«*para Toledo hace dos días. Ven.*»

Y seguía la firma.

El marido comprendió inmediatamente que su mujer había trocado el sobre de la carta.... Abrió la ventana de par en par y se arrojó á la calle.

Murió en el acto.

Epílogo. La mujer se llamaba.... ¡Consolación!

—

La tercera historia no es menos lastimosa.

Es la historia de España.

España era un escribano amigo mío, el hombre más jovial de la tierra.

¡Siempre estaba contento! Daba gozo ver á aquel hombre gordo; colorado, alegre, decidor, ocurrente como ninguno y burlón como cualquier habitante de su apellido.

Venía todas las noches al café Suizo á última hora, y era el jefe de una reunión de gente alegre, cuya ocupación nocturna consistía en hablar mucho y mal de todo bicho viviente.

Una noche dejó de venir.

—¿Y España? preguntábamos todos; ¿qué le habrá pasado?

—¿Estará malo?

Á la noche siguiente tampoco vino.

Nos hacía falta, le queríamos mucho, y ya íbamos á ir á su casa á preguntar por él, cuando un suelto de *La Correspondencia* nos dejó como petrificados.

España se había suicidado.

Repuestos del primer susto quisimos creer que ó la noticia sería falsa, ó el España suicidado sería otro; uno de nuestros amigos llegó entonces y confirmó la noticia.

¡El hombre alegre, el hombre, se había arrojado al estanque del Retiro!

Y había dejado escrita la siguiente carta:

«Muero porque no puedo sufrir el desengaño «que me ha dado una mujer á quien amaba cie-«gamente desde hace dos años, y que ha huído al «extranjero con otro hombre.»

Ahora bien, lector amigo, por si acaso estás de acuerdo con alguno de los tres señores cuyo trágico fin te he contado, y por si me dices que tú en su caso hubieras hecho lo mismo, voy á convencerte de que no tienes razón.

Hace ocho meses que se suicidó Fernando.

Diez y medio que se arrojó por la ventana el marido de Consolación.

Un año que perdimos á España.

Zoa pasea á caballo por la fuente de la Castellana con un capitán de cazadores.

Consolación se ha quitado el luto, y está mucho más gorda.

La señora de España ha vuelto á Madrid y está abonada al teatro de la Zarzuela.



EN EL TEATRO

Se está representando el *Suplicio de una mujer.*

El público oye con religioso silencio la obra.

Algunos caballeros calvos que llevaban anteojos miran á todos lados para ver si alguien se escandaliza.

La representación va adelantando.

Llega la situación magna.

La esposa le descubre al marido todo lo que pasa.

Rumores.

Pequeño asombro por parte de cierta fracción del público. Sonrisa disimulada por parte de algunos jóvenes.

Cae el telón. Aplausos.

Comienza el entreacto. El público hace comentarios.

Un viudo: Señora, ¿ha visto usted cosa más inmoral?

La señora de un militar que está en Ultramar: ¡Oh! ¡esto es *atroz!*

Un joven, amante de la señora cuyo marido está en Ultramar: ¡Ah! ¡qué cosa tan inmoral!

Una polla: ¿Por qué?

Un pollo: Señorita, no vuelva usted á ver esta comedia (*aparte*), ¡y toma esta carta!

La polla: (tomando la carta): Venga.

Un marido que está separado de su mujer: ¡Pues á mí me parece insípida la comedia!

Un joven; Señores, se va á empezar el acto.

Todos: ¡Á ver, á ver!

(*Religioso silencio.*)

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Desde tiempo inmemorial ha sido el lenguaje de las flores idioma predilecto de los enamorados.

Ellos dicen todo lo que quieren con un ramillete arreglado de ésta ó la otra manera, y no hay frase ni pensamiento que se les resista.

Son como los bailarines, que hablan con los pies cuando les da la gana.

Corre por ahí un librillo en donde están expresados los significados de todas las flores conocidas, con una precisión y una claridad tales, que no hay más que pedir.

Pero preciso es confesar que ese es un libro de verano.

Porque si bien es cierto que también en invierno hay flores, ni están tan abundantes como parece, ni las hay tan variadas como en los meses de verano.

¿Qué hará el enamorado cuando llegue el otoño y no tenga flores en su huerto?

Este vacío es el que me propongo llenar.

Poseo un diccionario debido á la paciencia de un sabio melocotonero aragonés. cuyas memorias, publicadas en París, harían rico á cualquier edictor.

Por dicho diccionario se sabe:

Que la cereza significa *debilidad*.

El albérchigo. *escasez*.

La manzana, *familia*.

El higo, *¡te adoro!*

La granada, *riqueza*.

La chufa, *frialdad*.

El melón, *amor platónico*.

La patata, *poco dinero* (1).

La avichuela, *serenata*.

El arroz, *obstáculo*.

La remolacha, *rubor*.

El pimiento, *irritación*.

La berengena, *memoria*.

El tomate, *resentimiento*.

La alcachofa, *amargura*.

El alpiste, *desconsuelo*.

La lechuga, *amor hasta la tumba*.

—

Conocidas todas estas equivalencias, un hombre que no puede hablar con su adorado tor-

(1) Aquí empieza ya *El lenguaje de la hortaliza*, apéndice al de las frutas.

mento, influye con la criada para que ésta ponga en la mesa arroz, melón, patatas, berengenas y manzanas; que todo cabe en una comida. La mujer amada, advertida á tiempo, se sienta á la mesa, y lee en los platos lo siguiente:

Estoy cansado de los obstáculos de tu amor, y como no tienes un cuarto, me retiro. Memorias á la familia.

CONJUGACIÓN

Yo amo.

Frase que quiere decir: Yo estoy ciego, sordo, medio lelo y hecho una lástima; yo me atrevo á todo y soy capaz de arrojarme por un balcón si Doña Fulana de Tal me lo manda; yo he perdido hasta la costumbre de comer cocido por ocuparme en mirar *lánguidamente* á un ser rechoncho, coloradito, muy bien arregladito y muy gracioso, que me va á llevar por las orejas á la vicaría.

Yo amaba.

Frase que quiere decir: Yo estaba hecho un idiota y me curé radicalmente; yo iba á ser víctima de una suegra incivil, y de un suegro muy preguntón, y de unas primas muy parlanchinas, y de una cuñada que cenaba tres veces. Yo iba á perecer, y me salvé en una tabla.

Yo amaré.

Frase que significa: ¡Qué temporadita me espera cuando empiece á poner los ojos en una niña recién vestida de largo, que me escribirá

por el correo interior, y me hará ir á todos los teatros, y me obligará á gastar un dineral en bandolina!

Yo amaría.

Frase que equivale á ésta otra: ¡Ay! ¡Si yo encontrara una mujer que hablara poco, que no leyera novelas, que no tuviera ningún primo, que se contentara con vestir *decentita*, que no saliera sola de casa, que no le gustaran los perros, y que no tuviera madre, y que no se quisiera casar conmigo!

Ama tú.

Frase parecida á la siguiente: Anda, prójimo, anda á darte un atracón de felicidad, á ver si estallas!

Amemos.

Es decir: ¡*Sálvese el que pueda*!

FIN

DON JUAN EL DEL OJO PITO

NOVELA

(CAPÍTULOS INÉDITOS)

MI TRIBUTO

(*A GUISA DE PRÓLOGO*)

¡Quién iba á decirme á mí, cuando vivía en Vigo, allá por el año de 1867, que andando el tiempo había de estampar mi nombre al frente de un libro de Eusebio Blasco! De Eusebio Blasco, por quién he sentido siempre un respetuoso cariño y una profunda admiración.

Hallándome yo en mi pueblo, publicábase en Madrid aquel periódico inolvidable que se tituló *Gil Blas*, en el que los muchachos de entonces aprendimos á burlarnos de muchos chirimbolos tradicionales. Blasco escribía artículos deliciosos, llenos de desenfado y de ingénio, que yo saboreaba con deleite, porque Blasco era el ideal de mis aspiraciones literarias. Llegar á escribir como Blasco constituía uno de mis más grandes deseos. Sus versos me encantaban; su prosa fácil, ligera, amenísima, llenaba mi espíritu de inefable entusiasmo.

Un día sobreponiéndome al temor, natural en todo chico provinciano y gallego por añadidura, hube de remitirle unas redondillas, pidiéndole hospitalidad

para ellas en las columnas de *Gil Blas*. Blasco, después de las necesarias correcciones, publicó los versos y me escribió una carta alentándome á que continuara mi labor. Aquella carta la leyeron en Vigo casi todos los habitantes del casco de la población y aldeas vecinas.

¡Una carta de Blasco! ¡Qué honra para mí! Una carta del autor del *Joven Telémaco*, en la que me llamaba poeta fácil é intencionado y me animaba «á proseguir por ancha vía que había recorrido trunfante D. Juan Martínez Villergas»...

Pocos meses después la suerte me trajo á Madrid, destinado al ministerio de la Gobernación donde desempeñaba Blasco la secretaría particular del ministro. El jefe del personal tuvo á bien destinarme á la expresada secretaría y me ví en presencia de mi escritor favorito, de mi protector cariñoso, del hombre á quien admiraba con toda la vehemencia de mis veinte años.

—¿Es usted el Taboada que me escribía desde Vigo?—me preguntó amablemente.

—Si señor, aunque me esté mal el decirlo—le contesté.

—Pues ¡nada! no venga usted á la oficina. En esta casa va usted á olvidar hasta los preceptos ortográficos—dijo sonriendo.

Si, si, cualquier día renunciaba yo al placer de servir á las órdenes de Blasco. Dile gracias por su buena intención, estreché la mano que me tendía y fuí desde aquel punto y hora el oficial de la clase de cuartos más activo del ministerio de la Gobernación.

Durante el tiempo que estuve á las órdenes del insigne escritor, pude notar que era el hombre más fran-

co, más cariñoso y más sencillo del mundo. Allí donde había jefes que se hacían dar usía á todas horas y llevaban marcadas en los calzoncillos la V. y la S. del tratamiento, la conducta de Blasco valiendo más que todos juntos resultaba doblemente simpática. Jamás tuvo para sus subordinados más que frases de afecto, nunca le ví dictar órdenes severas con las cejas fruncidas y el belfo contraído como hacía cierto oficial de la clase de primeros, enemigo personal de las *haches* —pues hasta se la negaba al verbo *Haber*—el cual sujeto decía llamando á su presencia á los escribientes:

—Señores, ó por mejor decir, subalternos: Desde mi despacho oigo risotadas que están reñidas con la seriedad que debe reinar en los centros administrativos; y como la seriedad es la base, digámoslo así, de la Administración pública, prevengo á ustedes que se abstengan de toda manifestación ruidosa, si que también *despectiva*. No tengo más que decir.

Mientras éste y otros jefes superiores velaban por los fueros de la llamada Administración pública, poniéndose en ridículo, Blasco despachaba la correspondencia de D. Nicolás María Rivero, con rapidez maravillosa, sin darle á nada importancia, y escribía versos, comedias, artículos, novelas y cuanto había que escribir.

Entre carta y carta rendía culto á las musas, sus buenas amigas, y tan pronto le veíamos redactar un documento político para el embajador inglés, como escribir unos versos cómicos al subsecretario D. Federico Balart, pidiéndole que no suprimiese las luces de los despachos.

Recuerdo alguna de las quintillas hechas una noche

á vuela pluma por aquel prodigio de facilidad y de gracia, y dirigidas á D. Federico:

. . . .

Ayer mismo sucedió:
á un pobre señor que entró
á verme sin luz ni empacho,
en un rincón del despacho
le quitaron el reló.
Y á fe que no es de extrañar,
porque si á la luz solar
se roban escribanías...
¿Con estas economías
dónde vamos á parar?

***

Yo no soy quién—esta locución es de un exministro liberal y de un sereno del comercio — para hablar de la labor brillantísima de Eusebio Blasco, á quien ha admirado España entera durante muchos años, pocos sin embargo para nuestro cariño, y de quien se han hecho lenguas eminentes críticos extranjeros.

La nota más saliente de aquel maravilloso escritor, nunca bastante llorado por nosotros, ha sido la amenidad. Todo el que comenzaba á leer una obra de Blasco, tenía necesariamente que continuarla. Por eso nos ha producido una gran contrariedad y una enorme pesadumbre la lectura de los cuatro capítulos de su novela *Don Juan el del Ojo pito*, que ha dejado sin concluir. Tras de aquellas ingeniosas y naturalísimas escenas, donde rebosa la gracia y el donaire, queda el ánimo en disposición de continuar experimen-

tando emociones nuevas... La muerte ha venido á interrumpir el encanto de la narración, y entonces es cuando comprendemos toda la magnitud de la pérdida que han sufrido las letras españolas, y todo el dolor de los que amaban á Blasco y rendían culto á sus bondades y su dulce amistad.

Yo, el más modesto de todos sus amigos, pero uno de los más fervientes, le tributo en estas líneas incorrectas y deslabazadas el testimonio de mi admiración y de mi perdurable recuerdo.

Luis Taboada.

I

Bajo un paraguas.

Al lector pío, alazán ó bayo, le tendrá sin cuidado que lloviera ó no el día siete de Marzo de 1894. ¡*Y, sin embargo, llovía!*

El autor tiene que recordarlo para justificar la tardanza con que volvía á su casa Don Alvaro Corro, á quien esperaba con impaciencia su mujer, doña Clara, porque se le estaba pegando el arroz, y eran las siete y media de la noche.

Pero como D. Alvaro se había ido á la oficina por la mañana sin paraguas, y no era hombre de tomar coches, estaba á tal hora en un portal de la calle de Alcalá embozado en su capa, dando patadas en el suelo, y mirando hacia abajo por si entre las mil mujeres de todas clases y condiciones que pasaban por la calle con las faldas arremangadas la vista curiosa del hombre honrado, pero un si es no es libidinoso, descubría algo que le alegrase los sentidos; que eso nunca estorba.

Su señora esposa, entretanto, iba y venía del comedor á la puerta de la cocina á preguntar si el arroz podía salvarse, y la cocinera le daba muy malas noticias.

Y como el tiempo pasaba y el agua arreciaba y D. Alvaro tenía hambre, ya iba á resolverse á llamar al primer cochero que pasara, cuando quiso su buena fortuna que de la misma casa en cuyo portal se había refugiado saliera, abriendo un gran paraguas, su amigo el médico Peláez, especialista de las enfermedades de la naríz, y hombre caritativo, aunque gallego.

—¿Qué haces aquí, querido Alvaro? preguntó á su amigo —Hola, Manuel, aquí estoy esperaná que aclare. ¿Qué camino llevas?

—Voy á la calle de San Juan á visitar á un senador vitalicio, que tiene la nariz obstruída.

—Pues me voy contigo y me dejarás en mi casa y la tuya, Huertas 29.

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto.

Como el médico era más pequeño que él, y era el que llevaba el paraguas, D. Alvaro tuvo que ir agachado y andando á pasos largos como el que va á cazar tígres; y hablando, hablando, hicieron el camino los dos excelentes sujetos.

—Mucho me alegro de haberte encontrado. ¿Cómo van tus negocios?

—Ya sabes que yo no tengo negocios. Continúo en el Ministerio, como siempre. Me paré en en veinticuatro mil reales. Mi vida sería la más

feliz del mundo si tuviera lo bastante para vivir; pero no me alcanza, mi querido Manuel, no me alcanza.

—Está todo muy caro.

—*Aquélla* se empeña en que no casaremos á la niña si no vamos á todas partes, y, naturalmente, esto ocasiona gastos que luego producen disgustos; y como yo soy débil, y por darle gusto á la niña haría moneda falsa, te digo que me veo negro para salir adelante.

—Tu niña estará ya hecha una buena moza.

—Está hecha un primor, y además es tan inteligente, que te encartaría. Como nunca vienes á vernos...

—Sí que iré; pero ahora tengo un trabajo espantoso. Desde que se han convencido—y trabajo me ha costado—de que aquí no entiende de narices nadie más que yo, no sabes la clientela que he adquirido; pero iré, iré por ver á Carmela... la he conocido tan chiquita...

—Es un talento colosal. Toca el piano, que te digo sin vanidad de padre, que te hace llorar cuando le da la gana. Me ha salido poetisa, y hace unos versos encasillados...

—Endecasílabos, querrás decir.

—Eso; ya sabes que yo, como tengo tan delicada la cabeza, á veces equivoco los nombres; bueno, pues te hace unos versos encabísalos que ya se los piden para los periódicos. De charadas, no te digo nada, porque en cuanto le dices

una sílaba, te la saca. Pues se puso á pintar sin maestro ni nada, y chico, ha hecho un San Roque para la iglesia de Galapagar, que por cierto ayer lo hemos enviado por ferrocaril, ¡una cosa terrible! El perro está hablando. Y no creas que por eso deja los menesteres de su casa; porque ella planchar, ella guisar, ella flores de trapo, ella todo. Hoy mismo tengo un arroz á la valenciana, que me ha anunciado esta mañana, que si quieres comerlo verás cosa buena.

—Muchas gracias, querido Álvaro. Pues á una muchacha así no han de faltarle novios.

—Naturalmente; pero encerrados en casa como unos cartuchos...

—Cartujos, cartujos, Alvarito.

—Eso, cartujos: encerrados en casa no la colocaremos; y eso cuesta mucho. Vamos con frecuencia al teatro, á reuniones, porque todo el mundo la busca; y toca, y canta, y declama; alguna vez, para corresponder, tenemos que dar una comidita á personas de buen tono... en fin, obligaciones sociales que no se pueden evitar; y con seis mil pesetas con descuento no hay bastante, te digo que no hay bastante.

—Verdad que no.

—Así tengo yo la cabeza. que no puede conjugar el sueño.

—¡Conciliar!

—Bueno, lo que sea.

—Pero dime, ahora con la gravedad de tu tío Juan....

Don Alvaro se detuvo, y una mujer que venía en dirección contraria á ellos les dió con su paraguas una acometida en el del doctor, que, á poco más, lo pasa por ojo.

—¿Qué dices de gravedad del tio Juan?

—¡Ah! ¿Tú no sabes nada? Yo lo he leído esta mañana en un periódico: no sé si en *El Imparcial*, ó en el mío.

—¿Cómo en el tuyo?

—Sí, yo publico hace un año *El Correo nasal*; una Revista dedicada á mi especialidad... en fin, ello es que en un papel impreso he leído esta mañana que D. Juan Pesetas había sido víctima de no sé qué accidente y estaba muy malo. ¿No reside en Villarrubia de los Ojos?

—Sí.

—¿No es el ricachón célebre en toda la Mancha?

—Sí, sí, ese es.

—Pues á él se refieren, sin duda.

Don Álvaro temblaba bajo las ballenas. Su emoción era muy grande.—¿De veras? exclamó. Es que eso sería para mí muy importante... ¡Corre, hombre, corre!

—Ya estamos llegando.

—Pues adiós, querido Manuel, yo corro á mi casa á decirle á *aquélla* la novedad... Apenas tiene importancia para nosotros lo que me estás contando. ¡Adiós, adiós!

—Adiós, querido Álvaro; ya iré á veros así que esté un poco más desahogado; porque ahora es la época de los forúnculos nasales, y no tengo tiempo de nada...

Y dándose un apretón de manos, se despidieron los dos amigos.

Don Álvaro subió de dos en dos los escalones de la casa, y dió un fuerte campanillazo, que inspiró á sù señora este grito:

—¡Catalina! ¡El arroz enseguida!

II

Mientras comen, vamos á otra parte donde hacemos falta, para que el lector se vaya enterando poco á poco de los detalles que necesita saber antes de entrar de lleno en el interesante asunto de esta conmovedora historia.

Tenemos que ir hasta el fin de la calle de Serrano y *personarnos* en un suntuoso hotel, donde todo respira lujo y bienestar.

> Lámparas de oro; espejos venecianos,
> aureos sofás de blando terciopelo,
> sillas de nácar y marfil indianos,
> las colgaduras del color del cielo...

Sin duda que Espronceda inspiró la instalación del *opulento* banquero Gavilán, que así le llamaban los periódicos y los revisteros de salones

de los mismos. No diré que dominara en tal casa el buen gusto; que el buen gusto suele no ser propio de casas tales. Siempre fueron dados los ricos al relumbrón y á las cosas vistosas y á la profusión de muebles colgaduras y accesorios del domicilio, muy relucientes y muy caros. Lo mismo les da un tapiz de Goya que unas cortinas de felpilla, y con tal de que se vea mucho oro y mucha plata, se dan por satisfechos y creen que á los demás nosha de gustartodo eso.

El hotel de Gavilán era de los que más parecen bazares de cosas muy nuevas y de mucho precio. Hogar de millonario, que en el momento histórico en que comenzamos nuestro relato estaba al caer de ser Conde pontificio, título de nobleza que le iba á costar veinticinco mil pesetas. Estaba en duda de qué título elegir y ya sabía que á Su Santidad le era lo mismo nombrarle Conde de Gavilán ó Marqués de la Vía Estrecha. Este último título le parecía *más propio,* según decía su señora; porque habiendo llevado el bienestar á varios pueblos de la provincia de Cuenca en tres ferrocarriles de vía estrecha, natural es que para la eterna gloria recordase en título la estrechez de sus vías. No estaba aún decidido; porque aunque á él le sonaba bien título tal, decía que tenía cierto deje de eso que llaman ahora estetismo, que pudiera dar lugar á malas interpretaciones. La gente es muy mala.

Don Alfonso Gavilán de Fernández de Badalona se llamaba, y así decían sus tarjetas; ya esto sonaba á nobleza, por más que había su trampeja en ello. Los dos *des* se los puso él en uso de su derecho; Fernández era el apellido de la madre, y hasta aquí vamos bien; lo *de Badalona* era añadidura, que completaba el rosario de apellidos; porque D. Alfonso era de Badalona, nacido en aquella ciudad industrial y de gente honrada que, sin comerlo ni beberlo, le dió al nombre de su hijo aspecto de grandeza.

Don Alfonso no había podido perder el *asento* de su país, de modo que á pesar de su hotel y de su gran cruz del Cristo de Portugal y de sus coches y caballos, hablaba casi como cuando era obrero de la fábrica del *Anis Gloria*. Esto era lo de menos, porque hablando así llegó á diputado, y estaba en peligro de ser senador, y tenía once casas y había hecho los ferrocarriles aquellos angostos, y tenía á su mesa á lo mejor de Madrid, como todo el que da bien de comer. Era en fin, una personalidad, y á su señora, que era bastante fea, la llamaban en las revistas mundanas *la virtuosa* señora de Gavilán, que es adjetivo á propio de las tales.

Pues aquella misma noche en que se le pegó el arroz á Doña Clara y encontró el paraguas protector D. Álvaro Corro, nuestro señor Gavilán de Fernández de Badalona tenía gran comida en su casa, y sus convidados eran de lo más

florido de la sociedad madrileña: El nuncio de Su Santidad, monseñor di Rompi (que era el que andaba en lo del marquesado); el ministro de Marina; el director del *Centinela de las clases farmacéuticas*, primo hermano del anfitrión; el duque y la duquesa de Lumpiaque; el poeta Molino, que debía leer por primera vez su *Oda* á la secularización *de los cementerios*, y dos ó tres diputados cuneros por pueblos que no están en el mapa.

¡Oh, dramas de la vida! Eran las ocho menos cuarto; iban á llegar los invitados; el salón estaba hecho un ascua de oro; los criados, de calzón corto y medias encarnadas, encendían las luces del comedor; la señora de Gavilán estaba ya vestida y descotada hasta la rabadilla, y la orquesta de bandurrias, oculta en el jardín, templaba los instrumentos con que habían de amenizar la comida, cuando llegó D. Alfonso, tan deprisa, que á poco se cae al bajar del *landeau*, y subió la tapizada escalera saltando de dos en dos los escalones. Fué derecho á su despacho, y arrojó sobre la mesa, sacándolos con mano febril de todos los bolsillos, papeles, cartas, sobres, apuntes, todo el papeleo del día; y tocó el timbre, y le dijo al criado que se presentó enseguida:

—Á la señora, que venga.

—Por Dios, Alfonso, ¿sabes la hora que es?— dijo al entrar su descotada esposa. Vístete co-

rriendo, que antes de diez minutos vendrá ya alguno de los convidados...

—*Sierra* la puerta *Senaida*—dijo el opulento, de píe delante de su mesa y de todos sus papelotes.

—Pero hombre—observó su Senaida—¡mira que es muy tarde! Si tienes algo que decirme ya me lo dirás luego; anda, en tu cuarto tienes preparado el frac y todo...

—Sientate, Senaida, *ca* tenemos *qu' hablar*, y así se queden sin comida todos esos que te esperas, yo tengo que desirte las cosas que pasan, porque yo no sé si tandré que pegarme un pistolaso antes que cumamos!

La señora de Fernández de Badalona se puso pálida como la propia muerte, que los poetas dicen que es pálida (¡*Pálida mors*!) Así se puso Zenaída Corro de Fernández de Badalona. Cayó, como cuerpo muerto en el sillón mirando fijamente á su D. Alfonso, y exclamando:

—¡Dios mío! ¡Qué pasa! ¡No nos estropees la comida! ¿Qué es ello?

—Pus es que hoy he perdido dos millones y pico á la baja; que la Sosiedad de las Canteras de Pososeco ha hecho quiebra; que tengo que pagar mañana letras por valor de tres millones y pico y que esto es una perdisión, y que estoy arruinado, ¿comprendes Senaida mía? ¡Arruinado!

La señora dió un suspiro tan fuerte que le saltó una ballena del corsé; el corsé estalló y sa-

lieron á pública luz cosas que debieran estar ocultas...—¡Dios mío! ¿Qué me dices?

—Sí, Senaida, sí; aquí no hay más tio páseme al río que morir ó desirle á la Sosiedad de Madrid que el banquero Fernándes de Badalona está por las puertas!

En esto entró un criado y dijo:

—Ya hay en el salón uno de los señores convidados.

—Voy enseguida—dijo la infeliz esposa.—¿Lo ves Alfonso? Ya comienzan á venir, hay que disimular por esta noche; sabe Dios lo que pensarían...

—¡Y hay que haser buena cara, cuando estoy para reventarme!

—Tú que tienes tanto talento financiero, saldrás de seguro de este conflicto; cálmate hijo mio; luego, á última hora, cuando se vayan nuestros amigos, me contarás detalles, no puede ser que así, en veinticuatro horas, nos quedemos en la miseria...

—¡Ma lo temo mucho! Anfin, voy á vestirme y á pasar el calvario de dar conversasión á los que vienen á comer á casa. ¡Qué ajenos estarán de lo que le pasa á mi bolsa!

—¡Arruinados! ¿Por qué no tomas tus precauciones? ¿Temes que te embarguen el hotel? Dí la verdad.

—Lo temo todo, y aquí no hay más que una solusión.

El criado volvió á aparecer en la puerta, diciendo:

—Ha llegado el señor ministro de Marina.

—¡Alfonso, por Dios!

—Voy desiguida. No hay más que una solusión, y es llamar á tu primo Álvaro Corro, á ver si quiere, mediante una cantidad que le daré, figurar como dueño de todas mis fincas, ponerlo todo á su nombre, y salvar lo que se pueda.

—Mi primo y su mujer apenas nos ven; ¡como no los convidamos á nada, y ellos están metidos en su rincón...

—Pues que vaya nuestro hijo Martín á verles y les convide á todo lo que quieran...

Nueva aparición del criado:

—Ha llegado el señor duque de Casa-Verde.

Don Alfonso se decidió, por fin, á ir á vestirse.

—Anda Senaída, resíbelos tú mientras yo me pongo el frac. Á última hora juntos los tres, es desir, Martín, tú y yo resolveremos; ahora hay que haser la comedia.

—Voy corriendo al salón.

Y se dirigió á la puerta y su marido se fué por otra que había junto á la mesa, pero antes de separarse, D. Alfonso le dijo:

—Senaida.

—¿Qué quieres, hijo mio?

—Arréglate un poco el corsé, te lo *agradeseré.*

—Ah sí, es verdad, no tengas cuidado!

III

La Percales.

—No te vayas, hombre! No te vayas!

Así le decía la Percales á Martín, á la misma hora en que el de Badalona y su esposa hablaban de él; y esto sucedía en un cuartito muy elegante de la calle de Serrano, no lejos del hotel del millonario triste.

Martín, el hijo de D. Alfonso y de Doña Senaida estaba sentado encima de una mesa, remando en el aire con las piernas. La Percales, tendida en una *chaíse-longue*, medio vestida con una bata blanca adornada de encajes azul pálido y calzada con unos zapatitos de raso negro sobre media del mismo color, tenía la cabeza apoyada en ambas manos cruzadas por detrás del moño, y en esta descansada y perezosa postura, repetía mirando á Martín, que perneaba y jugaba á la vez con una naranja, arrojándola en alto, y recogiéndola con las dos manos:

—¿No te vayas, hombre, no te vayas!

—Si tú crees que me divierte irme ahora á comer á casa, rodeado de todos esos *lateros* que convida mi padre....

—Pues quédate.

—No, porque luego hay un belén; mi madre lo toma en serio, se arma bronca, no me habla en ocho días y en esos ocho días no hay *guita.* ¡Pues si no fuera por eso! A mi me revienta todo eso!

—Mira, tengo unas sopitas con yerbabuena, á la andaluza, que te vas á chupar los dedos:

—No seas mala.

—Tengo unos salmonetes frescos, y un pollo santo, porque la Pepa los confiesa antes de matarlos, y unas torrijas que ha hecho la propia Pepa que ya sabes que es particular para eso. El café te lo haré yo misma. Anda pichón, quédate, que me aburro atrozmente de estar sola.

—Que no puedo, Paca; ¡que me va á costar un disgusto y unas *boceras* de dinero que no te harán gracia!

—Bueno, hombre bueno, vete, pero vuelve pronto.

—Eso sí que te lo aseguro. En cuanto que empiece el poeta á leer sus infundios, me escurro sin decir adiós á nadie y aquí me tienes hasta mañana.

—¿Es de veras?

—Por éstas. Y Martín besó las cruces que hizo con las manos.

—¿Su Alteza nos hace el favor de pasar la noche con su amiguita de su alma?

—Mi Alteza lo jura.

—Vaya pues márchate, chiquillo, que ya es hora.

Martín miró el reloj.—Aún faltan diez minutos, dijo, y los convidados de mi padre ya tienen costumbre de verme entrar tarde. ¿Qué me estabas diciendo cuando me dispuse á marcharme?

—Ah, sí! Te decía que tienes que ponerme una carta muy bien escrita, pero muy retebien, para un tío segundo que tengo en Villarrubia de los Ojos.

—Vaya un pueblo! ¿Dónde está eso?

—En la Mancha.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Tú, nada, la que escribe soy yo; pero como yo no tengo costumbre... en fin, verás. D. Juan que es tío segundo mío por parte de madre, me ha querido siempre mucho, porque su hermano que era mi padre, y él, se querían mucho, y mi padre que antes de sus desgracias, cuando yo me escapé con el franchute aquel...

—No me recuerdes cosas que me revientan.

—Bueno, hombre, bueno; pues mi padre hasta que se murió estuvo en muy buena armonía con él, y no le dijo lo que yo era.

—Tú eres una retunanta muy grande... que vuelves loco al verbo!

—No te muevas de ahí, déjame acabar! Pues mi tío no sabe si yo soy santa ó soy diabla y no me ha visto desde que era chiquita y le he hecho creer que estoy viviendo de trabajar en un taller de modista, en fin, que yo me he arreglado para que crea todo eso. El resultado es que me quiere más que á nadie de la familia. Y como yo soy muy sufrida y muy buena y no quiero estar molestándote siempre, y necesito ahora dos mil pesetas.

—Pero, oye, chiquilla, ¿tú comes dinero?

—¡Ó lo bebo!

—Bueno, sigue y date prisa.

—Pues ya te lo he dicho. Lo que quiero es una carta en que le diga que estoy muy mala, que me van á echar de la casa, que me veo en compromisos muy grandes... ¡Tú debes de saber explicar muy bien todo eso!

—Lo he hecho más veces con mi padre..

—Me lo figuro, y por eso confío en tu talentazo, resalao!

—Vaya, me voy para no ponerme tierno.

—Ea, *ahueca*, y hasta luego.

—Hasta luego.

—Y á ver si esta noche me escribes una carta que haga llorar al gran D. Juan Pesetas.

Martín, que ya estaba en la puerta, se volvió rápidamente.

—¡Cómo D. Juan Pesetas!

—Como que se llama así!

—¿Tu tío?

—¡Mi tío!

—Pero entonces... Vaya, ¿á qué ahora resultamos parientes?

La Percales riendo, dijo:

—¡Habrá que acudir á Roma!

—Pero ¿cómo no me lo has dicho nunca? ¿Cómo no lo sabía yo? Mi tío-abuelo, que sepamos, no tiene más sobrinas que mi madre, la mujer de Corro, y una que, según tengo entendido, vive en Manzanares.

—Vivía.

—¿Qué?

—¡Como que soy yo!

—¡Pero si esa sobrina se llamaba Felisa!

—¡Claro! Pero como yo me eché á viajar de *incórnito* por la vida, tuve la precaución de llamarme Paca para mis nuevas relaciones...

—¿De modo que venimos á ser primos segundos?

—¡A ver!

—¡Cuánto me alegro! ¡Uf! Ya estarán comiendo; enseguida vengo y te pondré la carta y hablaremos de eso, que es muy interesante!

—¡Adiós, chiquillo! ¡Qué te espero!

IV

La familia Corro.

Dejamos á D. Álvaro Corro tirando de la campanilla, y á su señora, doña Pantaria, pidiendo el arroz á toda prisa.

Ya estaba la mesa puesta, y la madre y la niña esperando al jefe de la familia, que entró precipitadamente, excitado á la vez por el hambre y por la noticia que acababa de darle su amigo.

Clara, su esposa, le salió al encuentro diciendo:

—Pero, hombre, ¡qué calma tienes!

Y Carmela añadió:

—¡No vale la pena de hacer un arroz con todo el esmero mío, para esto!

—Á la mesa, á la mesa—exclamó D. Alvaro—que os tengo que contar una cosa muy interesante.

Se sentaron á la mesa, y la criada sirvió el arroz.

Á la primera cucharada dijo Carmencita:

—¿Que tal, papá?

—¡Sacaalientos!

—Suculento, querrás decir; ¡por Dios, qué palabras inventas!

—Es igual. Oidme, que lo que os voy á decir vale la pena de escucharlo. D. Juan Pesetas está muy grave.

La madre y la hija dejaron caer los tenedores sobre los platos.

—La noticia os ha hecho efecto, ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—Comprendéis su transparencia, ¿verdad?

—¡Su trascendencia, papá!

—¡Es igual, no me enmiendes más la plana! ¿Comprendéis lo que quiere decir esa gravedad?

—Como que hay que tomar el tren enseguida, dijo Clara, porque si se muere allí, sólo con sus criadas viejas...

—¡Á ver! Aquéllo será un campo de bramante.

—¡De Agramante, papá!

—¡Que no me fastidies, que yo hablo como me da la gana ¡Figuraos lo que pasa si un hombre tan viejo y tan rico se muere sin que estemos allí ninguno de nosotros!

—Ó si llega antes que nosotros cualquiera de los parientes ricos.

—El pillo ese de Fernández de Badalona, por ejemplo.

. . . .

. . . .

INDICE

Páginas.

Al lector.............................. 3 á 6
Una señora comprometida........... 9 á 148
Del amor... y otros excesos........... 153 á 234
Don Juan el del Ojo pito............. 237 á 261

